

Frente amplismo uruguayo en Argentina

Trayectorias, redes
y desplazamientos
transnacionales

SILVINA MERENSON

Presentación

Constanza Moreira



Pomaire



EDITORIAL GORLA

SILVINA MERENSON

Realizó estudios de grado en historia (UNLP) y posgrado en antropología social (IDES/IDAES, UNSAM). Se doctoró en ciencias sociales por el IDES y la Universidad Nacional de Gral. Sarmiento. Es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesora adjunta de la Escuela IDAES de la Universidad Nacional de San Martín, en donde codirige el Centro de Estudios en Antropología. Es autora, entre otros libros, de *Los peludos. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay* (2016, Gorla).

FRENTEAMPLISMO URUGUAYO
EN ARGENTINA
Trayectorias, redes y desplazamientos
transnacionales

Colección
TRAZOS Y PERSPECTIVAS

FRENTEAMPLISMO URUGUAYO
EN ARGENTINA
Trayectorias, redes y desplazamientos
transnacionales

Silvina Merenson


Pomairé


EDITORIAL GORLA

Colección

TRAZOS Y PERSPECTIVAS

Director de la colección: **Silvina Merenson – Adolfo Garcé**

Diseño de tapa: **Juan Manuel Mileo**

Diagramación: **Lucas Collosa**

Merenson, Silvina

El frenteamplismo uruguayo en Argentina : trayectorias, redes
y desplazamientos transnacionales / Silvina Merenson. - 1a ed
revisada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Gorla, 2020.

236 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-1444-61-8

1. Etnografía. I. Título.

CDD 304.882

Primera edición © 2021 EDITORIAL GORLA

Primera edición © 2021 EDITORIAL POMAIRE

Raúl Scalabrini Ortiz 48

Ciudad Autónoma de Buenos Aires (1414)

República Argentina

Teléfono: +5411 4170 2943

Email: editorialgorla@hotmail.com

Web: www.gorlaeditorial.com.ar

Esta publicación no puede ser reproducida en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Derechos reservados

ISBN 978-987-1444-61-8

AGRADECIMIENTOS

Escribir agradecimientos en un libro es una tarea maravillosa: instantáneamente, muchas horas de lectura y escritura “solitarias” se pueblan de instituciones y personas que las acompañaron de diversos e invaluable modos.

Desde 2005, cuando obtuve mi primera beca doctoral, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) ha sido fundamental para el desarrollo de mis investigaciones en el Uruguay. También pude escribir este libro gracias a dos periodos de investigación en el exterior: uno en los Estados Unidos, en el *Graduate Center de City University of New York*. Allí conté con la imponderable orientación de Robert Smith, con quien pude compartir las primeras ideas y lecturas que derivaron en este libro. El otro en Brasil, en el *Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social da Universidade Federal do Rio Grande do Sul*. En Porto Alegre, debatí los primeros borradores con las colegas Claudia Fonseca, Denise Jardim, Fernanda Rifiotis y Patrice Schuch. Sus comentarios, así como los intercambios sostenidos con los y las estudiantes del seminario “Ciudadanía en cuestión: genealogías y adjetivaciones contemporáneas”, que dicté en el marco de este Programa, fueron cruciales para elaborar algunos de mis argumentos. En esa misma línea incluyo las conversaciones que desde hace tiempo sostengo con Federico Besserer, Alejandro Grimson, Elizabeth Jelin y Pablo Semán.

Amigas, amigos y colegas de “acá” y “allá” han contribuido con afecto, aliento y lecturas. Sergio Caggiano, Isabela Cosse, Ana Laura de Giorgi, Carlos Demasi, Luciana Denardi, Ximena Espeche, Adolfo Garcé, Sandra Gayol, Gabriel Lagos, Soledad Lastra, Menara Guizardi, Aldo Marchesi, Alex Martins Moraes, Fernanda Mora, Sebastián Pereyra, Lorena Poblete, Isabel Trivelli y Pilar Uriarte participaron generosamente de este camino. Gracias también a Constanza Moreira, por traer con su presentación nuevas y estimulantes claves de lectura, y a Daniel Pisciotano, por aportar en los comentarios finales sus experiencias e interpretaciones conmovedoras del texto.

A Pomaire-Gorla, particularmente a Martín Carvajal, por seguir batallando la edición de libros. En momentos difíciles como este, su apuesta es un acto valiosamente insumiso.

La gratitud hacia mi familia es infinita, son innumerables los gestos con que cotidianamente sostienen lo que somos. También el amor y los cuidados de Gustavo, que puede tantas cosas.

A las compañeras y los compañeros frenteamplistas que conocí a lo largo de estos años, cuyos nombres resguardo, debo muchísimo más que la existencia de estas páginas: su dedicación y fascinación por el hacer de la política resultan inspiraciones profundamente humanas que acompañan sin reparos mi andar.

Habiendo mencionado a tantas personas, resta decir que los errores que puedan hallarse en este libro corren por mi cuenta.

PRESENTACIÓN

Constanza Moreira¹

El 27 de octubre de 2019, uruguayos y argentinos enfrentaban circunstancias electorales cruciales: se celebraban las elecciones que culminarían con el fin al macrismo en Argentina y ponían en serio riesgo la continuidad del ciclo frenteamplista en Uruguay. Para muchos uruguayos radicados en Argentina esta fecha tenía un doble contenido político y vivencial. Y una buena parte decidió sufragar en ambos países, desplegando las estrategias de desplazamiento que son extensamente descriptas en este libro.

Los uruguayos radicados en Argentina debían dividirse entre sus dos patrias. ¿Qué elección privilegiarían? Silvina Merenson se aboca en este libro a la bifocalidad y simultaneidad de la militancia transnacional. Y describe la doble militancia que enfrentó durante décadas, la confluencia temporal en espacios políticos distintos, desafiantes, interpelantes de la identidad ciudadana: el de la política argentina y el de la política uruguaya.

Un mes después de aquella elección de octubre, la disputa entre la fórmula Martínez-Villar y la fórmula Lacalle-Argimón en la segunda vuelta uruguaya, volvió a tenerlos como prota-

¹ Doctora en Ciencia Política. Profesora Titular de la Universidad de la República. Fue Senadora por el Frente Amplio en el período 2010-2020.

gonistas privilegiados del “empate” que ha caracterizado la política uruguaya en estos tiempos. Aunque la militancia cuerpo a cuerpo desplegada por el FA explica buena parte del achicamiento de la diferencia que lo separaba de sus contendores (el resto del sistema político), el peso del voto “del exterior” fue considerable, y se tuvo en cuenta en varios análisis como determinante del resultado. Pero, además, el “voto en el exterior” es fundamentalmente el voto de Argentina y, sin duda, el voto que viene de Buenos Aires.

Es ésta la razón fundamental por la que todas las iniciativas presentadas para permitir a los uruguayos radicados en el exterior votar en sus lugares de residencia hayan fracasado. Con la excepción del Frente Amplio, todos los partidos se han negado sistemáticamente desde la vuelta a la democracia a aprobar una legislación habilitante. Y esto, por una razón muy simple (pero negada e invisibilizada en todo el debate político): el peso de la militancia frenteamplista extraterritorial, y muy particularmente el de la militancia frenteamplista en Argentina. El “voto argentino” es considerado crucial en la política doméstica, en circunstancias en que veinte o treinta mil votos (como sucedió en noviembre pasado) deciden el destino del país. Así, y a despecho de otras interpretaciones, si el voto en el exterior no ha prosperado no ha sido por su lugar secundario en la agenda política uruguaya, sino por la tremenda importancia que tiene.

Cuando Silvina Merenson me invitó a presentar este libro, no dudé en hacerlo. A muchos de nosotros nos une un lazo afectivo y político muy profundo con Argentina. De hecho, nuestro vínculo con Argentina está atravesado por los exilios: buena parte de nuestros amigos o familia cercana que viven allá pertenecen al exilio político, al exilio económico, o a esa migración post-democracia facilitada por la continuidad geográfica y cultural que caracteriza a nuestros países.

Luego de leerlo, renové la convicción que me había animado a aceptar la propuesta. Es un texto rigurosamente académico, la condición de “observadora participante” de la autora nutre al libro de relatos que completan un mapa de información que, para quienes vivimos el proceso de primera mano, siempre es incompleto, parcial, subjetivo. Su análisis del proceso argentino es, al mismo tiempo, riguroso, atento, inteligente, intuitivo. Encontré verdaderos hallazgos en el texto, até cabos, entendí algunas cosas, y todo ello me impulsó a una “relectura” de lo que han sido estos años de convivencia con la militancia frenteamplista argentina. A la autora, mi agradecimiento por ello.

Concebido en buena medida como narrativa etnográfica, las voces de sus protagonistas se despliegan a lo largo de sus páginas ilustrando este especial proceso de constitución de una red “en acción” de militancia que permaneció en el tiempo, durante décadas, aunque estuviera centrado en una ausencia (el voto en el exterior, la imposibilidad de volver). También refleja el activismo de izquierda en tres ciclos diferenciados de América Latina: la transición a la democracia, el auge neoliberal de los noventa y el “giro a la izquierda” en la primera década del siglo XXI. Las formas que asumió la militancia transnacional, sus definiciones, sus estrategias, sus debates y controversias, se ilustran a lo largo de estos tres ciclos.

Del *Volveremos* a *Dos Orillas*, los nombres de las publicaciones realizadas por el Frente Amplio de Uruguay en Argentina (FAUA) sintetizan los cambios en las expectativas y finalidades de esa militancia política.

Después de la dictadura, “Volveremos” era la consigna. El propio Líber Seregni en su discurso enfatizó el “los necesitamos”, y ya el slogan del FA en su primera elección en 1971 daba cuenta de esa diáspora: “Uruguayo, no te vayas, ha nacido una esperanza”. Volver se concibió como un derecho, y la lucha por la democracia reconquistada como un imperativo político.

Especialmente notable resulta, para quienes compartimos la militancia en ambas orillas, el enorme peso que los uruguayos radicados en Argentina han dado siempre al tema de los derechos humanos, la búsqueda de la verdad y el restablecimiento de la justicia. Mientras en las postrimerías de su victoria electoral el Frente Amplio buscaba una solución “contemporizadora” del conflicto por verdad y justicia, en Argentina la demanda seguía intacta, anclada en la vivencia de los exilios y violencias del pasado, y en la propia experiencia local. Esto también era producto de la circunstancia argentina (que avanzó notablemente en el tema derechos humanos en estas décadas, diferenciándose de cualquier otro país de América Latina). Y ello evidencia como las agendas “transfronterizas” son informadas y conformadas por las agendas locales.

El segundo período, el de los años noventa, quizá el más difícil para la militancia transnacional, parece haber reforzado aún más su integración a las agendas locales: “militar donde te toque estar” fue la consigna. La continuidad de las crisis en ambos países, y la similitud de las agendas del Consenso de Washington con sus reformas (de las que Argentina fue un caso ejemplar y Uruguay un caso “moderado”), también facilitó la integración entre varios movimientos políticos en ambos países. Merenson subraya que, en esos años, descartada la decisión de retornar al Uruguay, y asimilada la realidad de “dos orillas”, el FAUA dio cuenta que su conformación ya no era un ensayo político de la transición, sino que, ellos mismos, eran una fuerza política en transición. Y sin duda esa transición acompañó el proceso que se dio en Uruguay desde la escisión del PGP (Partido por el Gobierno del Pueblo) y el triunfo electoral en Montevideo en 1989 hasta la renuncia de Liber Seregni y el ascenso del liderazgo de Tabaré Vázquez que preanunciaron un nuevo ciclo de la izquierda uruguaya. La década de los noventa también permitió las alianzas a nivel continental entre

las izquierdas, siendo un ensayo de resistencia y construcción política que sentaron las bases del “giro a la izquierda” que se produjo en la década siguiente.

Cuando se inauguran los gobiernos de Kirchner, Lula y Tabaré, la militancia frenteamplista en Argentina se volcó con brío hacia lo que seguramente vivieron, esta vez, como triunfos “propios” (especial destaque se da en el libro al “voto Buequebus” en 2004), luego de tantas derrotas. Pero allí aparecen nuevas contradicciones para las que la militancia frenteamplista –templada en la lucha contra el autoritarismo y el neoliberalismo– no estaba preparada. Los conflictos transnacionales (especialmente el de las papeleras) y las múltiples formas de abordaje que los frenteamplistas hacían del fenómeno del “kirchnerismo”, ocasionaron posicionamientos políticos diversos y extensísimos debates.

A despecho de estas contradicciones, es cierto que para muchos frenteamplistas el resurgimiento de la militancia con el kirchnerismo estimuló y renovó la expectativa de una acción política en el territorio y, sin duda, también revitalizó las perspectivas de una “Patria Grande” compartida. Paralelamente, las políticas hacia la población migrante en los gobiernos “K” y del FA, así como las estrategias de revinculación llevadas adelante en Uruguay, le dieron a la militancia nuevas agendas “estatales” de construcción institucional que supusieron nuevos desafíos. La estrategia electoral para asegurar esa agenda se volvió, sin duda, mucho más importante.

Lejos ya de la “nostalgia del pasado”, las bases de aquella “melancolía de izquierda” que fue motor de la fundación del FAUA, no paralizó a la militancia en un duelo interminable. Por el contrario, señala la autora, “aquel pasado tamizado por el exilio y el desarraigo impulsó a la acción política transnacional y hoy constituye el núcleo de su historicidad”.

Así, la respuesta a la pregunta ¿qué es militar para un país que no es dónde estás viviendo?, se abre una pluralidad de significados referenciados históricamente a los que no debe ser ajena ninguna comunidad política. En el caso uruguayo, lo que en un primer momento fue desesperación, necesidad de denuncia y de articulación política para enfrentar la violencia autoritaria, y luego nostalgia, desarraigo, deseo de volver... tuvo que transformarse necesariamente en esto otro: la lucha frenteamplista por la conquista de gobiernos progresistas... de un lado y del otro del río. En esto, el frenteamplismo en Argentina ha dado una lección excepcional de “cosmopolitismo” y construcción de la Patria Grande. Es la resistencia, resiliencia y permanencia del proceso del frenteamplismo en Argentina lo que motiva la escritura de este texto.

A modo de descripción, y en palabras de la autora, no son ni “juntadores de votos”, ni “melancólicos”: “son militantes políticos transnacionales que nutren y expanden redes, propician espacios de reflexión, encarnan procesos de transformación y, desde ya, disputan poder en –y a– dos orillas cuyos márgenes no responden a los mapas escolares”.

Es clara su conclusión sobre la forma en que el activismo transnacional puede reforzar la democracia (y no socavarla, como sostienen algunos autores), y parte de las reflexiones finales del libro se orientan en este sentido. Vale la pena recordar cuánto le debe el propio movimiento sindical uruguayo a la cultura de solidaridad y organización traída por los viejos anarquistas españoles e italianos. Y cuánto le debe al movimiento sindical la construcción de la cultura política frenteamplista. Los migrantes pueden ser actores que contribuyan al fortalecimiento democrático en los países. La cultura política uruguayo, con sus viejas tradiciones democráticas, igualitaristas, laicas y cooperativistas, puede contribuir al desarrollo democrático

en condiciones de enraizamiento “virtuoso” con los países de destino.

La autora pone especial cuidado en la descripción etnográfica de estos militantes: la “rigurosidad y el compromiso con que los compañeros vivían la ‘hora electoral’”, su capacidad de movilización, su compromiso y su épica; la idea de cumplir con un “deber cívico”, su responsabilidad y, especialmente, el orgullo de algunos compañeros y compañeras (los “políticos”) con un modo específico de concebir la práctica política y la ética frenteamplista: “somos el último refugio moral, la última línea de defensa”, se encuentran entre algunas de sus anotaciones más salientes.

Me parece especialmente fecundo y relevante el análisis de la *bifocalidad* de la militancia frenteamplista en Argentina, y su inserción en la vida política de ese país. Para muchos uruguayos, el contraste entre su sistema político y el argentino no podía haber sido más marcado. ¿Cómo se vincularon los uruguayos con el peronismo, con el radicalismo, con un sistema político atravesado por el caudillismo, con una historia política plagada de golpes de Estado? ¿Cómo se vincularon con el fenómeno político del peronismo, incomprensible para una cultura partidaria como la uruguaya, marcada por el clivaje izquierda-derecha? Es claro que la lealtad hacia el FA no desencadenó una militancia unívoca en Argentina que se canalizara a través de un partido, sino que tomó rumbos diversos. Las contradicciones entre peronismo-antiperonismo que marcaron a la izquierda argentina, sin duda también marcaron a la izquierda uruguaya.

Si para muchos militantes, la militancia “en el lugar” representó, luego de varios exilios, una manera de construir práctica política en el lugar, el lugar mismo donde hacerlo, no estaba tan claro. Para muchos frenteamplistas, la perplejidad de ver opciones políticas que para ellos se ubicarían “dentro del FA” y

se encontraban dispersas en el panorama político argentino, ya era revelador de su propia cultura política (la “unidad de todas las izquierdas”). Silvina Merenson cita las palabras de un militante a comienzos de la década de 1990: “Yo estoy seguro de que mucha gente con la que converso y que pertenece a uno u otro partido, en el Uruguay sería frenteamplista”.

La integración se dio, de hecho, por la vía de compartir infraestructuras y recursos. Para todos los frenteamplistas que hemos desarrollado actividad política en la vecina orilla, es moneda común realizar encuentros y jornadas en locales partidarios o sindicales argentinos, y dividir con ellos debates, controversias y preocupaciones comunes. Especial mención merece la CTA, pero no menos el kirchnerismo, en estos últimos años. Y en sus orígenes, las unidades básicas peronistas, los comités de la UCR, los locales sindicales y del PCA, el PSA y el PI, que proporcionaron infraestructura, vehiculizaron apoyos y se solidarizaron con el frenteamplismo en el exilio.

Este libro deja muchas reflexiones sobre la militancia transnacional, y lo que ella dice respecto de la extraterritorialización de los estados, los sistemas y los partidos políticos. En épocas en que se dislocan los procesos productivos y buena parte de las definiciones de los marcos de acción de la política doméstica son definidos extraterritorialmente, es necesario poner en foco a las personas, los ciudadanos, las redes y la política local. Así, el frenteamplismo uruguayo en Argentina, con sus continuidades y sus persistencias, se constituye en un buen ejemplo de lo que la autora llama las (re)configuraciones ciudadanas y comunitarias en nuestras sociedades.

Ello nos remite a una discusión más larga y profunda sobre el alcance del concepto de ciudadanía. Si ya en el siglo IV AC, los griegos cuestionaban la asociación entre territorio y transmisión patrilínea de la ciudadanía, bien podemos encarar esa agenda nosotros. Merenson dice que hay que cuestionar la

asociación acrítica entre territorio, autoridad y derechos. Debemos recordar que el capital tiene mil dispositivos para “extraterritorializarse” y las personas se encuentran tremendamente limitadas.

Esta es una tarea no sólo de la razón teórica, sino fundamentalmente de la razón práctica: hacer acopio de las experiencias de este activismo político transnacional, y reconocer las razones de su permanencia, de sus reconfiguraciones, de sus resiliencias. En tiempos de contrademocracia y antipolítica, la densificación de la vida democrática debe exigir nuestros mayores esfuerzos intelectuales y políticos. Este libro, es una muestra de ello. Enhorabuena.

INTRODUCCIÓN

Un sábado de abril de 2012, pasado el mediodía y como desde los años noventa, el frenteamplismo uruguayo residente en Argentina se dio cita en el barrio de Monserrat. En el local de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) se encontraban unas cincuenta personas, en su mayoría varones mayores de 60 años. Según me explicaron, la reunión, que contó con la presencia de dos integrantes de la Comisión de Asuntos y Relaciones Internacionales del Frente Amplio (CARIFA) llegados desde Montevideo, había sido convocada para tratar dos temas muy importantes: “uno de largo plazo”, referido a la organización y el reconocimiento institucional del Frente Amplio (FA) en Argentina, y otro “de coyuntura”, vinculado a lo que serían las elecciones de autoridades previstas para el próximo 27 de mayo, aquellas que disputaron Mónica Xavier, Juan Castillo, Ernesto Agazzi y Enrique Rubio.

Hasta casi las 10 de la noche, las y los delegados –que representaban a los 28 comités de base que por entonces funcionaban en Buenos Aires, algunas ciudades del conurbano bonaerense y provincias del país– abordaron un extenso temario: debatieron las competencias que tendría la Coordinadora o Departamental local –ese era, justamente, un punto en discusión–, su composición y representatividad. También definieron las características que asumirían las elecciones del mes de mayo, de las que participaron más de dos mil frenteamplistas residentes en Argentina: qué comités estarían habilitados para

votar, quiénes podrían hacerlo, cómo se desarrollaría la campaña, el escrutinio y la logística para el traslado de las urnas hacia Montevideo.

La atmósfera solemne y el respeto por la circulación de la palabra que caracteriza a estas reuniones dejaban, también, lugar al humor y al sarcasmo. Así, cuando uno de los integrantes de la CARIFA señaló que era necesario definir el lugar en el que se haría el acto con los cuatro candidatos que llegarían a Buenos Aires el 5 de mayo, se escuchó: “lástima que la cancha de Vélez ya está ocupada”; cuando se mencionó que las urnas serían enviadas desde Montevideo, alguien ironizó: “para algunos comités, con que manden una caja de zapatos, alcanza”. Más allá de las chicanas que ponían picante al paso de las horas, cada intervención era una muestra de compromiso político que no escondía el orgullo respecto de trayectorias militantes que muchos de los y las presentes podían contar en décadas, al igual que los años de residencia en Argentina. La importancia que asignaban al frenteamplismo local se hacía evidente en sus palabras destinadas a marcar su singularidad: “otros pueden mandar dólares o euros, pero... ¡Nosotros, compañeros, hicimos ganar las elecciones! ¡Los votos están acá!”, afirmó un delegado cuando se discutía si al Frente Amplio en Argentina debía aplicársele los mismos criterios de representatividad que al organizado en otros países. “Ahora, compañeros, a meterle a la campaña, tenemos que demostrar a Montevideo que Argentina sigue siendo un bastión frenteamplista que le va a complicar la vida a blancos y colorados”, fue la frase de otro militante, aquella que se llevó uno de los aplausos más emotivos de la jornada.

Luego de casi ocho horas de intensos debates y algunos acuerdos, el cansancio era notable. Una moción de orden propuso continuar la reunión el día siguiente, es decir, el domingo. La negativa fue casi unánime y, para mi ingenua sorpresa, la

razón no era que se trataba de un día de descanso, más bien radicaba en que no se podía perder “ni un día más de plaza”, esto es una jornada más de campaña política en los espacios públicos. “Pero... ¿cómo? ¿Acá van a hacer campaña en la calle? En la calle, ¿cómo allá?”, atiné a preguntar en voz baja a quien estaba a mi lado, un militante que escuchó y respondió a mi pregunta con la extrañeza inversa con que yo la había formulado: “¡más vale! Vos vas, pones la bandera del Frente, y siempre hay compatriotas que se arriman”. En tanto trataba de entender cómo era y en qué consistía militar en una fuerza política de un país en/desde otro país, se sumó a la conversación otro compañero que, tendiéndome un mate, dejó planteada la pregunta que años después sobrevolaría este libro: “Y, muchacha, ¿saca algo de acá?”.

El vínculo entre el FA y los compatriotas emigrados fue parte estructurante de su momento-mito fundacional. Desde su creación, la coalición entendió y enmarcó la movilidad poblacional como un dato de la realidad política que, en sí mismo, permitía identificar a sus adversarios y convocar a la “unidad democrática, progresista y antiimperialista” en que basó su programa. En su histórico discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971, Líber Seregni afirmaba: “Los uruguayos emigran (...) Esa sangría emigratoria es responsabilidad directa de la oligarquía y del gobierno. Es una violencia sobre el país, una violencia tan terrible como las muertes en la calle, que también hemos soportado (...) La emigración es el peor juicio sobre un régimen económico y social, es el peor juicio sobre un gobierno”. No resultará extraño entonces el proceso seguido por el FA poco después.

Tras el golpe de Estado de 1973 y el exilio masivo de su militancia, el FA se reorganizó en el exterior. El historiador Miguel Aguirre Bayley (2007) reconstruyó y documentó este proceso por el cual la coalición desarrolló una temprana y densa expe-

riencia transnacional. Además del Comité Coordinador, su máxima instancia resolutoria, el Frente llegó a contar con más de 50 comités de base en 29 países de Europa, América, Oceanía y África. Hasta mediados de la década de 1980 su objetivo fue mantener la unidad y fortalecer ideológicamente a su militancia fuera del país, estimulando diálogos con los distintos actores políticos, sociales y culturales que pudiesen colaborar en el aislamiento internacional de la dictadura; una causa que, desde ya, excedió al exilio frenteamplista (Markarian, 2006; Coraza, 2014). El Frente en el exterior acompañó las campañas internacionales de denuncias contra las violaciones a los Derechos Humanos y se ocupó de preparar el retorno de la fuerza política al Uruguay, garantizando su solvencia financiera. Este programa común encontró distintos marcos de interpretación y acción moldeados por los países de destino de la militancia frenteamplista relocalizada (Coraza, 2002). Aquí nos ocuparemos del Frente Amplio de Uruguay en Argentina (FAUA), que cobró forma y vida institucional en los primeros años de la década de 1980.

Tres acontecimientos obraron sobre la organización institucional de la militancia frenteamplista en el exilio argentino: el resultado del plebiscito de 1980 y las elecciones internas de 1982 en Uruguay, y la Guerra de Malvinas, también en 1982. Entre estos mojones, que fueron leídos como muestras del principio del fin de las dictaduras en ambos países, sucedió la creación del FAUA, que reunió a la militancia del Partido Comunista (PCU) y el Partido Socialista (PSU), pero también a la del Partido Demócrata Cristiano (PDC), el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), el Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) y el Movimiento 26 de Marzo (M26), aun cuando los cuatro últimos en ese momento no integraban formalmente la coalición en el Uruguay. Su organización fue realmente vertiginosa: en 1983, cuando Raúl Alfonsín

asumía la presidencia argentina, el FAUA reproducía la estructura que se había dado el FA desde su fundación en el Uruguay, nucleaba a más de 30 comités de base activos en el país y editaba su propia prensa. En 1987, su reconocimiento institucional por parte de la coalición antecedió a la reorganización de algunas de sus departamentales en territorio nacional, como por ejemplo Salto o Maldonado (FA BCON, 1986; BCDI, 1987). Desde entonces, con todas sus transformaciones e incorporaciones, la historia del FAUA y la de sus militantes acompañan la vida política de ambos países.

Por su densidad y creatividad, por su continuidad en el tiempo, por las redes tejidas con diversas organizaciones y fuerzas políticas argentinas, y por la gestión de los desplazamientos electorales que hoy conocemos por la metonimia “voto Buzquebus”, sería sencillo decir que la experiencia del FAUA es excepcional o, al menos, sumamente particular. Sin embargo, este libro no busca dar cuenta de la excepción, el derrotero del FAUA oficia como cordel de aquello que protagoniza y, al mismo tiempo, lo excede. Es, si se quiere, el hilo conductor que permite narrar vínculos y prácticas políticas transnacionales: las agendas cooperativas de las transiciones, las estrategias para enfrentar los ciclos neoliberales de los años noventa y los desafíos que llegaron con los denominados “gobiernos progresistas”. Este libro, entonces, propone una historia fragmentaria, por momentos contradictoria, de un frenteamplismo reterritorializado, integrado por quienes se piensan a sí mismos como sus activos constructores desde hace más de tres décadas. Sus protagonistas, entonces, no son meros “juntadores de votos” ante cada nueva zafra electoral, tampoco sujetos puramente melancólicos que encuentran en la participación política un modo de aferrarse al Uruguay que habitan, pero en el que no residen. Por el contrario, este libro cuenta las historias de militantes políticos transnacionales que nutren y expanden redes,

propician espacios de reflexión, encarnan procesos de transformación y, desde ya, disputan poder en –y a– dos orillas cuyos márgenes no responden a los mapas escolares.

Prácticas políticas transnacionales: debates desde el Sur

Aunque me propuse escribir un libro lo menos entreverado posible, es decir, busqué limitar al máximo las categorías teóricas y citas bibliográficas que puedan recargar o dificultar el curso de su lectura, las preguntas y problemas que lo guían se enmarcan en debates de suma actualidad en la agenda de las ciencias sociales: concretamente en aquellos debates desplegados en el campo de los Estudios Transnacionales. Asumiendo el riesgo esquemático y muy lejos de agotar toda la literatura existente, a continuación sintetizo –desde una perspectiva crítica y situada– algunas de sus contribuciones analíticas. La lectura de este acápite, sin embargo, no es imprescindible para entender la propuesta general del libro.

La vida transnacional se caracteriza por una doble orientación, es decir, por un “sentido de bifocalidad” (Vertovec, 1999) y “simultaneidad” (Levitt - Glick Schiller, 2004). Esto supone el cultivo de múltiples relaciones familiares, económicas, sociales, religiosas, organizacionales y políticas a través de las fronteras territoriales. Se trata de vínculos y relaciones que comprenden a una parte y no al todo de los colectivos migrantes. Por ello, quienes combinan y negocian identificaciones y pertenencias a campos sociales de dos o más localidades, situadas en dos o más países, se denominan “transmigrantes” (Glick Schiller *et al.*, 1992). Cuando nos referimos a “prácticas políticas transnacionales” aludimos, entonces, a diversas formas de participación política transfronteriza en el país de origen y en el destino. Esto incluye, a modo de ejemplo, la militancia en fuerzas políticas,

la actuación electoral y la intervención en los debates en los medios de comunicación (Østergaard-Nielsen, 2003a)

Hasta el momento, gran parte de la literatura que ha problematizado las prácticas políticas transnacionales, entre la que prevalecen las perspectivas sociológicas y politológicas, se ha concentrado en las trayectorias migratorias de quienes se desplazan del Sur al Norte global, particularmente en los flujos migratorios desde distintos países latinoamericanos y africanos a los Estados Unidos y Europa. Aun cuando las preocupaciones que guían estas indagaciones son sumamente diversas, pues abarcan múltiples niveles, procesos, estructuras y actores, están orientadas por algunas preguntas comunes: ¿qué desafíos suponen las prácticas políticas transnacionales a las teorías políticas tradicionales y las democracias liberales? ¿Qué las motiva, impulsa y caracteriza? Tal como se observará a continuación, la jerarquización de las sociedades y sistemas políticos para los países de origen (Sur) y los países de destino (Norte) parecen decir más sobre las valoraciones –y ciertos etnocentrismos– con que las investigaciones se han aproximado a las prácticas políticas transnacionales que sobre éstas en sí mismas. No se trata de algo menor: su reiteración analítica, más que contribuir a reducir las asimetrías y desigualdades –en este caso cívicas y políticas– crudamente evidenciadas por los desplazamientos migratorios en el orden actual del capitalismo global, tiende a reforzarlas.

En cuanto al primero de los interrogantes, hay quienes observan que el activismo político transnacional erosiona las relaciones democráticas (Huntington, 1997), por lo que plantearon cuestiones sumamente polémicas sobre el orden cívico y la cohesión de las “sociedades anfitrionas”, y quienes señalan que la continuidad de las afiliaciones políticas en los países de origen podría limitar la participación en los países de destino (Glick Schiller y Fouron, 1999). Otras investigaciones, por el

contrario, sostienen que la participación en la vida política del país de origen no sólo no es incompatible con las filiaciones políticas en el país de destino, sino que son éstas las que orientan el activismo político “en origen” (Faist, 2000). En esta última lectura, la militancia transnacional resulta explicada como una contribución unidireccional a los procesos de desarrollo y democratización en los países de origen, producto de los aprendizajes y libertades que brinda la migración hacia “democracias ricas” o “consolidadas” y por la disponibilidad de mayores recursos económicos obtenidos en ellas (Wladinger, 2013). En los países del Norte, mediados por la legitimidad del lenguaje de la ciudadanía (Sassen, 2010), los migrantes que pueden convertirse y ser valorados como “agentes emergentes de desarrollo en su país de origen” (Weinar, 2010: 74) aprenderían a demandar, a modo de ejemplo, “una mejora de la gobernanza o un mayor respeto por los derechos humanos, étnicos y religiosos”, o la implementación de medidas que pongan “freno a la corrupción y la burocracia” (Østergaard-Nielsen, 2003a: 22). En este sentido, distintos trabajos han señalado que las agendas del activismo político transnacional con frecuencia resultan más intransigentes que las movilizadas dentro de las fronteras territoriales de sus países de origen (Conversi, 2012; Lyons, 2007; Sheffer, 2013). Según Wilcock (2018), esto es así porque los principios de activación y movilización de estas agendas, orientadas por la apertura de determinadas estructuras de oportunidad político-discursivas, vinculan las posiciones asumidas en el país de residencia con procesos políticos que las exceden. Estas posiciones, habiendo sido objeto de “difusión cultural” (Levitt, 1998), “habilitan la pertenencia a dos culturas políticas que deben mostrarse diferentes y, al mismo tiempo, permeables” (Wilcock, 2018: 13).

La posibilidad de calibrar y balancear la doble pertenencia política señalada por Wilcock resulta indisociable de la inscripción

en robustas y múltiples redes, tanto en el país de origen como en el de destino. Esta condición, que Lacroix (2014) define como “híper-integración”, se despliega particularmente en tiempos de campañas electorales extraterritoriales. Cuando se trata de movilizar “remesas políticas” (Goldring, 2004), las redes transnacionales hacen la diferencia. Recientemente, Østergaard-Nielsen y Ciornei (2018) analizaron la movilización transnacional del voto emigrante en las elecciones de España, Francia, Italia y Rumania. Su trabajo indica que, aun cuando se presupone que en la era digital las campañas transnacionales resultan muy factibles, ya que “no es más difícil iniciar sesión en la página de *Facebook* del Partido Socialista Francés (PS) estando en Nueva York que en París” (2018: 6), son decisivos los eventos proselitistas y el contacto directo de la ciudadanía con las y los candidatos. En el caso de los sistemas sin representación especial del electorado extraterritorial, señalan las autoras, los partidos políticos acceden a desarrollar campañas en el extranjero cuando los beneficios superan los costos. Es decir, cuando el caudal de votos proyectado compensa las complicaciones logísticas, la volatilidad y la tendencia a la baja participación del electorado emigrante (Østergaard-Nielsen y Ciornei, 2018: 22).

En cuanto al segundo interrogante, referido a las motivaciones y condicionamientos de la militancia transnacional, algunas investigaciones afirman que las referencias para la participación en la vida política del país de origen deben buscarse en el país de residencia (Bauböck, 2003, entre otros). Para algunos autores, aquello que impulsa a la vida política transnacional es parte de una “etnicidad reactiva”, una respuesta a los distintos mecanismos de estigmatización y discriminación sufridos en las sociedades de residencia (Portes y Rumbaut, 1990). En virtud de ello, la lucha por los derechos cívicos y políticos, entre los cuales el derecho al voto extraterritorial resulta el más destacado, se explica como el resultado de un “proceso de descui-

dadanización”, como pérdida de la pertenencia a la comunidad política (Calderón Chelius, 2010). Esta demanda, apalancada por el envío de remesas económicas, apuntaría, más que al deseo de “participación política real” en el país de origen, al sentido simbólico otorgado por los emigrantes al reconocimiento formal de la pertenencia a la comunidad política en su país de origen (Itzigsohn y Saucedo, 2002, entre otros). Cuestiones como el tiempo de residencia, el estatus legal alcanzado, la incorporación al mercado de trabajo y el acceso a los servicios públicos en el país de destino operarían como bases o plataformas de estas demandas encausadas desde el Norte global (Portes *et al.*, 2006).

En lo que respecta al Cono Sur, a diferencia de lo que sostienen Castles y Miller (2003), “la creciente politización de la migración” no es un fenómeno nuevo ligado al 9/11, sino que se encuentra fuertemente enraizada en los procesos políticos, económicos y sociales seguidos en la región desde fines del siglo XIX. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en el Norte global, no abundan los abordajes etnográficos que exploren en perspectiva histórica las especificidades de las prácticas político-partidarias transfronterizas o transnacionales en/entre nuestros países del Cono Sur. Que no abunden, claro está, no significa que no haya investigaciones que se aproximen a esta intención.

Como parte de un estudio más amplio, Grimson analizó las redes políticas transfronterizas como un “parámetro estructurante de las relaciones sociales” entre las ciudades vecinas de Paso de los Libres y Uruguayana desde comienzos del siglo pasado (2003:165). Entre otras cuestiones, identificó la existencia, desde 1955, de un “peronismo transfronterizo”, “más forjado en las relaciones personales que en la acción formal de instituciones y partidos” (Grimson, 2003: 190), que sostuvo exilios, fugas y solidaridades entre ambas ciudades. Por su par-

te, Halpern (2009) reconstruyó “la militancia política de los paraguayos en Argentina” entre las décadas de 1970 y 1990. Su trabajo, que incluye las estrategias para participar de los procesos electorales y luchas por el derecho al “voto en el exterior”, finalmente obtenido en 2011, aporta una clave de lectura sugerente por el contraste que presenta, tal como veremos, con el caso que abordamos aquí. Me refiero a la etnicización de la “militancia inmigrante” no como “expresión de la diversidad, sino, primeramente, [como] justificación de la desigualdad” (Halpern, 2009: 382). Algunos aspectos de estas marcaciones y clasificaciones sociales que abarcan a otras migraciones limítrofes y regionales forman parte del análisis propuesto por Rodrigo (2017 y 2018), tanto para la militancia de migrantes bolivianas incorporadas al movimiento piquetero en la periferia de la ciudad de La Plata, como para la política consular de este país y su articulación con la reciente existencia extraterritorial del Movimiento al Socialismo. Esto último, también está presente en el trabajo de Canelo *et al.* (2012) en Buenos Aires y de Schavelzon (2012) en San Pablo, que reflejan, respectivamente, la jornada electoral que en 2009 condujo a la reelección de Evo Morales, marcando también la primera experiencia de voto emitido en el exterior para Bolivia.

En síntesis, la pregunta por los modos en que se tejen las relaciones institucionales y los vínculos personales que habilitan la vida política transnacional requiere avances empíricos, históricamente situados. Las respuestas posibles, como vimos hasta aquí, no deberían contemplar sólo la movilidad poblacional, también deberían incluir las redes –basadas en acuerdos y alianzas– por las que circulan las ideas, valores y materialidades que, entre otras cuestiones, fueron transformando los modos y espacios en los que construyen identificaciones y hacen política las personas migrantes.

La experiencia transnacional que explora este libro no parece encuadrarse en una “etnicidad reactiva”, es decir, no está determinada por las dificultades de incorporación o integración de la militancia a la sociedad argentina ni por marcaciones estigmatizantes de subalternidad, más bien todo lo contrario: se presenta como el resultado de inserciones múltiples, incluso de las múltiples tensiones y dilemas que surgen de tal incorporación (Smith, 2007). Tampoco sería correcto entender la dinámica deliberativa que desde hace más de tres décadas sigue la militancia frenteamplista en Argentina como el resultado de un aprendizaje local del juego democrático y, mucho menos, podríamos decir que informa un “proceso de descuidadización” asociado a la pérdida de pertenencia a la comunidad política. Por el contrario, la existencia del FAUA es indicativa de un amplio repertorio de estrategias y agenciamientos que, en diversas circunstancias, más que recurrir a los argumentos que sostienen las demandas en torno a la concesión de derechos cívicos extraterritoriales, se basó en la radicalización de posiciones ideológico-partidarias; aquellas que, como “bastión” o “memoria viva”, darían cuenta del eclipse de un frenteamplismo fundacional.

Como ya fue mencionado, este libro narra la experiencia transnacional del FAUA –y la de su militancia– en perspectiva histórica. Para ello, siguiendo la propuesta de Boccagni, Lafleur y Levitt (2015), identificaremos a los actores (migrantes y no migrantes) y las redes locales que lo hicieron y hacen posible; nos detendremos en los debates y controversias que lo atravesaron a la hora de formular propuestas políticas y estrategias electorales, en los canales de comunicación empleados y en la infraestructura material en que se sostiene desde hace décadas. Como observa Daniel Miller (1998), el análisis de la dimensión material es una vía de acceso privilegiada a los procesos culturales, ya que las cualidades más

mundanas de los soportes materiales –que en este caso van desde los espacios físicos en los que reunirse a la pintura necesaria para hacer un mural– permiten captar las sutiles conexiones existentes entre la vida social, las normas y los valores. Este libro propone, entonces, una aproximación etnográfica a la historia del FAUA, particularmente atenta a las redes y materialidades sobre las que, en buena medida, se construyen las lógicas y representaciones políticas.

Recorridos de la investigación

Mi socialización en la “familia frenteamplista” comenzó mucho antes que la investigación que dio origen a este libro. Desde 2004, la observación participante y el registro etnográfico en diversas reuniones y actos del Frente fueron parte de la investigación que desarrollé en Bella Unión (Merenson, 2016a). Allí conocí algunos de los códigos y dinámicas deliberativas que caracterizan a la coalición fuera de Montevideo y compartí la primera victoria del Frente Amplio en una elección presidencial. Me encontraba en un comité de base del barrio Las Láminas cuando, por una pequeña radio a pilas, escuchamos que había triunfado la fórmula Vázquez-Nin Novoa. Mis primeras imágenes del FA, entonces, no son las de las grandes reuniones o los masivos actos que presencié años después en la capital uruguaya, sino pequeños encuentros en modestos comités que, en Calpica o Las Láminas, enfrentaban problemas semejantes a los que luego escucharía en Buenos Aires o Avellaneda. En cualquiera de ellos, “Montevideo” resultaba una referencia ineludible que mutaba y alternaba los históricos diferendos territoriales del país (campo/ciudad) en la oposición centro/periferia para aludir a la dirigencia o las máximas instancias resolutivas de la coalición. Tal como veremos a lo largo

de este libro, “Montevideo” señala un interior constitutivo y, en varias circunstancias, antagónico, con agencia propia, reflejada en expresiones tales como: “Montevideo decidió”, “Montevideo pide”, “Montevideo dice”.

Años después, en septiembre de 2009, asistí a un estadio Luna Park colmado de uruguayos que escucharon al candidato presidencial José Mujica convocarlos a hacer “una patriada”, a cruzar el río, a ir a votar. Semanas después, junto a cientos de ellos, abordé “el Buquebus” rumbo a Montevideo para regresar a Buenos Aires en medio de un gentío que, mayoritariamente, festejaba entre cánticos y aplausos la victoria electoral que palpitaban para la segunda vuelta, prometiendo y prometiéndose regresar. Si bien el registro de aquella travesía resultó el inicio de la investigación en que se basa este libro, aun desconocía que los viajes electorales eran el punto de llegada de desplazamientos mucho mayores que, además de exceder a sus protagonistas, se inscribían en una historia que se remonta a las elecciones de 1984. Aunque desde ya no fueron los únicos desplazamientos, pues el frenteamplismo radicado en Argentina también se organizó para sumar votos en elecciones departamentales y consultas populares, este libro da cuenta de los viajes que tuvieron lugar en ocasión de las elecciones nacionales hasta 2014, aquellas que mayor trascendencia cobraban para su militancia al momento del trabajo de campo.

Ya en Buenos Aires comencé a contactar a uruguayas y uruguayos llegados al país en diversos periodos históricos. Grabé las primeras entrevistas que llevaron a otras y comencé a trasladarme por distintos barrios porteños y ciudades del conurbano bonaerense. Aun cuando en su nombre el FAUA alude una escala nacional, en tanto existieron o existen comités de base en ciudades de distintas provincias argentinas, lo cierto es que la mayor parte de su vida política transcurrió y transcurre entre la capital argentina y el conurbano bonaerense. Por ello, cuando a

lo largo del libro me refiera a la a la “militancia frenteamplista local” o a la “militancia local” estaré aludiendo a estas territorialidades. A partir de aquellos primeros contactos, entrevisté a quienes sostenían vínculos y prácticas políticas transnacionales asociadas al FAUA; visité centros de residentes, peñas, restaurantes y audiciones radiales de la comunidad, asistí también a recitales y a actos protocolares en la vieja sede de la Embajada y el Consulado General en el barrio de Recoleta. Para 2013 había realizado la mayor parte de las entrevistas y las historias de vida que me permitieron reconstruir las trayectorias políticas y migratorias de quienes eran o habían sido parte de la militancia frenteamplista local. Conocí por entonces la inmensa heterogeneidad y el sistema clasificatorio que ordena sus historias; aquel que, entre otras cuestiones, pulsa las interacciones y los criterios de autoridad al interior del FAUA. Como veremos, “exiliados políticos”, “exiliados económicos” y “compañeritos” son las tres categorías nativas que lo componen, combinando la edad, las identificaciones y las coyunturas en que tuvo lugar la migración hacia la Argentina. Las entrevistas buscaron cubrir las tres categorías nativas. Aunque, como ya fue mencionado, la asimetría sexual entre el frenteamplismo local es notable, busqué realizar las entrevistas –o conversar informalmente– tanto con varones como con mujeres inscritos e inscritas en cada una de ellas.

Acceder a las entrevistas no supuso muchas dificultades, especialmente entre los “exiliados políticos” que componen la “generación fundadora” o la “vieja guardia” del FAUA. Más bien, todo lo contrario: la sensación de estar ante una experiencia que se acabaría con ellas y ellos, colocó a mi investigación en el terreno de una “antropología de la pérdida” tan urgente como necesaria. A sus ojos, el FAUA parecía asemejarse al “kula” malinowskiano: había que registrar y contar su historia antes que fuese tarde. En tanto, entre “los económicos”, grupo

cuantitativamente menor, lo dificultoso era encontrar el momento y el tiempo –entre el trabajo, la familia, la militancia y demás– para “sentarse a conversar”. Algo semejante sucedía con “los compañeritos”, siempre enrolados y enroladas en “mil movidas”. Aunque en ambos casos fue posible, la oportunidad de verles “en acción” en distintas circunstancias y contextos resultó crucial, particularmente en el caso de “los compañeritos”, ya que su “juventud” se presenta a los ojos del resto como portadora de nuevas formas de pensar pero, fundamentalmente, de *hacer* política.

A comienzos de 2012 comencé a participar de las reuniones semanales del Consejo Consultivo de Buenos Aires (CCBA) y fui observadora del 5to Encuentro Mundial realizado en Montevideo, en diciembre de 2013. Ambas instancias se enmarcaban en el programa estatal de vinculación “Departamento 20”, vigente desde 2005. Aunque no se trataba de una instancia partidaria, la incorporación al CCBA me permitió tomar contacto con la militancia frenteamplista de un modo menos fragmentado, es decir, mucho más sistemático, regular y cotidiano que el que proporcionaban las entrevistas individuales. Tiempo después, a instancias de una invitación concreta, me incorporé a uno de los comités de base que por entonces funcionaba en pleno centro porteño y cuya composición respondía mayoritariamente a uno de los sectores de más peso en Buenos Aires: el Movimiento de Participación Popular (MPP). Desde este comité registré las elecciones internas de 2012 y toda la campaña electoral de 2014: allí, a mis cuarenta y poco, pasé a ser una “compañerita”. Como suele suceder cuando hacemos antropología de la política, la inmersión en un comité específico me identificó ante otros como una de sus militantes y mostró completamente inadecuada la incorporación simultánea a otros. Integrar un comité que, como la mayoría de los locales, tenía una marcada identifi-

cación sectorial, supuso asumir un compromiso respecto de “tráficos de información” que era incompatible con la libre circulación, más aún en tiempos de campaña, cuando se disputan enérgicamente recursos, agendas y contactos. Aun habiendo tomado esta precaución, estas disputas me alcanzaron o, mejor dicho, alcanzaron mi nacionalidad.

En el curso de las elecciones internas de 2012, la delegada de uno de los sectores minoritarios en Buenos Aires denunció ante el comando electoral la presencia de “una argentina” en un comité, concretamente en la mesa en la que se confeccionaban las adhesiones a la coalición antes de pasar a la mesa de votación. El riesgo de ver impugnadas las urnas creó una enorme tensión, pues la militancia había trabajado duro, por varios meses, para llegar a la excelente votación que estaba registrando: faltando más de cinco horas para el cierre, habían votado allí más de cien personas. La mayoría de las y los compañeros estaban preocupados, pero uno de ellos, Nelson, estaba furioso... y yo también. Por suerte o “por oficio”, había leído con atención la normativa establecida por el FA para aquel proceso electoral. Guiada por el peso de una enorme responsabilidad ante el trabajo de las y los compañeros, increpé a la denunciante que, como el resto, sabía de la investigación que estaba desarrollando. En tres oraciones nerviosas pero firmes describí la observación participante y cité todas las razones que, según la normativa, me permitían estar en el comité sin ningún perjuicio para el acto eleccionario: no había ningún motivo que justifique un pedido de impugnación. Un llamado a “Montevideo” saldó muy rápido el asunto: “en la mesa”, dijeron al otro lado de la línea y del río, “puede estar una argentina, una china o un inglés... pero que un inglés mejor no, porque no los queremos”.

Unas semanas después, en la reunión en la que hicimos el balance de aquel proceso electoral, las y los compañeros se referían fascinados a la “interna” entre los sectores y explicaban que

mi participación había sido “una excusa para tirarse el lance”, pues era sabido que el sector denunciante perdería “por afano”, particularmente en “nuestro comité”. Entre risas, Oscar recordaba cómo había “recitado” la normativa y me felicitaba por “saber tanto”, y Nelson se refería a mí como “la misma Patria Grande”. Saber que aquel evento no había pasado a mayores ni había erosionado el afecto de mis compañeros y compañeras me conmovió y devolvió la tranquilidad. Como suele suceder cuando el campo se conmociona, el evento también me permitió reparar en algunas aristas que hasta entonces no había considerado con detenimiento. En principio, los sentidos y ambigüedades que, en determinadas circunstancias, despierta la cooperación tramada en las redes políticas locales que sostiene la militancia frenteamplista. Durante aquella jornada electoral, la “presencia argentina” era evidente a cada paso y se materializaba mucho más allá de mí. Sin ir muy lejos, toda la controversia había sucedido en el local central de un partido político argentino con que el FAUA articula desde comienzos de la década de 1980, entre paredes con afiches que postulaban “Cristina 2011. La fuerza de un pueblo”. En segundo término, el inmediato llamado a “Montevideo”, es decir, la consulta con las instancias resolutorias de la coalición, hizo evidente que no siempre eran objeto de críticas o recriminaciones; “Montevideo” también era fundamental cuando se trataba de calibrar desacuerdos, mediar conflictos y encausar acciones. Por otra parte, mi reacción ante la compañera denunciante me permitió experimentar la magnitud del sentido de pertenencia y responsabilidad que puede implicar la participación cotidiana en un comité de base. En tanto, la fascinación posterior por “la interna”, especialmente entre los varones, daba cuenta de la adrenalina generada ante situaciones o problemas inesperados, y cómo ello era parte de un placer bastante masculino del hacer entre los compañeros, incorporado a otras acciones como “robarse”

banderas en los actos, retirarse de reuniones a los gritos o, incluso, amagar algún “pecheo”. Como sintetizó Alex en aquella reunión de balance: “sin quilombo, es aburrido”.

Ya en 2014, de cara a las elecciones presidenciales, mi atención etnográfica se depositó en los contactos, acuerdos y mediaciones, así como en la infraestructura que sostenía el desplazamiento electoral en curso, es decir, la movilización – colectiva, voluntaria y cíclica– de personas, ideas, capitales y recursos que hoy conocemos como “voto Buquebus”. En esta última etapa de la investigación comencé a emplear el grabador para registrar exclusivamente los actos de campaña realizados en Buenos Aires y otras ciudades del conurbano bonaerense, o para completar/chequear datos específicos.

Si bien este libro recupera en muchos pasajes los relatos de los y las compañeras, otorga especial trascendencia a la narración etnográfica; conjuga discursos y prácticas para acceder a los matices y distancias existentes entre lo que los actores dicen y hacen, o lo que dicen que hacen. En ello radica uno de los grandes aportes de la producción de conocimiento etnográfico (Guber, 2001), pues es en dichas conjunciones –de prácticas y palabras– se reconstruye lo que denominamos el “punto de vista nativo”: la visión de los propios mundos de los actores. Realizar esta tarea, afirma Geertz (2003), supone tramar en la propia descripción etnográfica las discusiones teóricas y marcos conceptuales, a fin de arrojar una “interpretación de interpretaciones” de doble partida: nativa y analítica. Dicho en otras palabras, el registro descriptivo, por algunos momentos “denso” en su sentido geertzeano, no es tomado aquí como “dato de color” o “climax de la acción”: es y contiene o, al menos lo intenta, un posicionamiento teórico.

Parte de dicho posicionamiento puede encontrarse, tal como se habrá observado hasta aquí, en el empleo de la categoría “compañero/a” para aludir a mis interlocutores e interlocu-

toras en el trabajo de campo. Al respecto, Fernández Álvarez y Carenzo aportaron un agudo análisis sobre los usos de esta “categoría relacional derivada del modo por el cual se construyen vínculos con las/os otras/os en el contexto de la práctica cotidiana” (2012: 27). Su propuesta, que invita a reflexionar sobre “el modo en que conceptualizamos la idea de ‘extrañamiento’, en tanto procedimiento intrínseco al quehacer antropológico y garantía de una ‘buena’ investigación etnográfica” (Fernández Álvarez y Carenzo, 2012: 30) resulta inspiradora, pues no solo advierte lo que sucede cuando el trabajo de campo reúne “voluntades” compartidas, también transparenta “un modo de hacer investigación abierto a la posibilidad de una producción teórica compartida”. Esta, necesariamente, nos conduce a repensar la distinción entre la “distancia ontológica”, “entre nosotros (investigadoras/es) y ellos (sujetos de investigación)” y “una distancia que podemos denominar ‘metodológica’ a partir de la cual es posible desnaturalizar las prácticas sociales para convertirlas en objeto de reflexión” (2012: 30).

Si el trabajo de campo descrito hasta aquí puede considerarse un trabajo de campo “multisituado” no lo es tanto porque recorrí diversos espacios, barrios y ciudades ubicadas en Argentina y Uruguay, sino porque estos desplazamientos buscaron perseguir prácticas y sentidos “en movimiento”, es decir, redes que involucran personas, tramas, relatos, alegorías y conflictos (Marcus, 1995) en perspectiva histórica. En este libro, el trabajo de campo etnográfico es indisoluble del trabajo de archivo. Si pude registrar fragmentos e imágenes del derrotero seguido por la militancia frenteamplista en Argentina fue, en buena medida, gracias a los “archivos nativos” que distintos compañeros y compañeras compartieron generosamente conmigo. En su gran mayoría inéditos, estos textos escritos se transformaron en fuentes en tanto fueron producto de diversos vínculos, diálogos, acuerdos y pactos. Son, dicho de otro modo, parte indi-

sociable de largas conversaciones y entrevistas sostenidas con sus atesoradores y custodios. En cada caso, a modo de soporte o de impulso, el proceso de digitalización, revisión y lectura colectiva de aquello que en términos nativos era designado como “recuerdos” desplegó y expandió distintas memorias/narrativas. Estas, como sabemos, no configuran un relato de lo que “realmente ocurrió”, sino una reelaboración selectiva que asigna sentidos y significados al “espacio de la experiencia” en el presente (Jelin, 2002; Koselleck, 1993). Trabajé entonces, como hace ya tiempo sugirió Eduardo Archetti, procurando un equilibrio entre “lo escrito y lo hablado”, a fin de captar significados e interpretaciones, considerando que ello resulta “esencial para el análisis antropológico en sociedades complejas y alfabetizadas” (Archetti, 1999: 13).

A partir de la sistematización de una serie de eventos referidos en las entrevistas, las conversaciones ocasionales o las fuentes partidarias, abordé a la prensa escrita de circulación nacional, tanto argentina como uruguaya. En la prensa busqué rastrear cómo, en cada caso, fueron narradas y representadas las acciones de la militancia transnacional, los arreglos entre los gobiernos y los apoyos o impugnaciones por parte de diferentes dirigentes políticos en ambos países. Decidí sumar a la prensa escrita por diversas razones. En principio, porque fue y es un insumo crucial para la militancia local, especialmente para los años en que los dispositivos digitales y las redes sociales no existían o todavía no tenían la importancia que tienen actualmente. También porque los diarios, desde sus distintos espacios editoriales, moldearon opiniones, vehiculizaron denuncias o reflejaron “operaciones políticas” ante las cuales la militancia local reaccionó de diversos modos. Con mayor o menor intensidad, el “juego de los espejos” desplegado en sus páginas, es decir, las imágenes refractadas de aquello que igualaría o diferenciaría a ambos países, sociedades, sistemas

políticos, partidos y dirigentes, así como la distancia con que se procura establecer las distinciones, es parte ineludible de las formas en que las y los compañeros conjugan sus vidas y experiencias políticas transnacionales.

Resta mencionar algunos avatares. Finalicé la escritura de este libro mientras transcurrían las elecciones presidenciales uruguayas y argentinas, en octubre de 2019. En el mes de noviembre, participé del último viaje electoral en ocasión de la segunda vuelta, disputada por el FA y la coalición encabezada por el Partido Nacional. No era mi idea incorporar al libro el registro de aquel proceso electoral, más bien pensaba transcurrirlo como quien se dispone a ver un film cuya trama le resulta conocida y cautivante.

El plan original era tomar los meses de vacaciones para corregir el manuscrito que se publicaría en la primera parte de 2020. Fue entonces que el inicio de la pandemia ocasionada por Covid 19 cambió el curso de nuestras vidas y de todos nuestros planes. No voy a abundar en lo es compartido ni en el modo en que esta situación inédita impacta sobre los procesos y las vidas transnacionales que cuenta este libro. Confío en que este retraso no melle su contenido. Pero por sobre todas las cosas deseo que, en medio de las tristezas y angustias de los tiempos que corren, se encuentre en él una historia inspiradora.

TRAYECTORIAS

Mientras tomábamos un café en el barrio de Caballito, Ignacio propuso la siguiente clasificación para la migración uruguaya en el país: “hay tres grupos. Los que se vinieron y no participan en nada, los que se incorporaron a las organizaciones argentinas y, nosotros, que somos un aborto de la naturaleza”. Confieso que, al escucharlo, sus palabras me resultaron impacantes, especialmente en lo que hace a la definición del último agrupamiento que lo contenía. Sin embargo, con el correr de la investigación pude advertir la desnaturalización que demandaba este consecuente camarada, integrante de la “vieja guardia” del FAUA. A fin de cuentas, lejos de cualquier carga peyorativa o estigmatizante, aquel esquema no se alejaba demasiado de las clasificaciones brindadas por la literatura que aborda los flujos migratorios en perspectiva transnacional. El carácter excepcional que Ignacio buscaba puntualizar para el tercero de los grupos está dado por la “bifocalidad” y la “simultaneidad” que, como mencionamos en la introducción, comprende a una parte y no a la totalidad de los colectivos migrantes. La combinación y negociación constante respecto de la pertenencia a distintos campos sociales, situados en distintos territorios posibles, enmarcan las trayectorias que describiremos en este capítulo y que, sumadas a otras, nos acompañarán a lo largo del libro.

Si hacemos una suerte de *zoom* sobre el tercero de los grupos mencionados por Ignacio, aquel que comprende a la mili-

tancia política transnacional, encontraremos una clasificación más específica. Las y los compañeros que, desde principios de la década de 1980, dinamizan o dinamizaron distintos ciclos del frenteamplismo local tomaron diversos caminos que combinan, de formas también diversas, la edad, las identificaciones políticas y las coyunturas en que tuvo lugar su instalación en la Argentina. Estas coordenadas organizan un sistema clasificatorio compuesto por tres categorías nativas: “exiliados políticos”, “exiliados económicos” y “compañeritos”. Cada una de ellas, lejos de determinar grupos que operan como bloques compactos u homogéneos, permite advertir marcos interpretativos comunes para quienes se inscriben –o son inscritos– bajo estas nominaciones. Dicho de otro modo, este sistema clasificatorio responde al orden de la experiencia y es eminentemente político en la medida en que permite organizar rasgos de distinción, jerarquizaciones internas y criterios de autoridad sin los cuales difícilmente podamos comprender el proceso histórico seguido por la militancia frenteamplista local.

Como mencionábamos, el agrupamiento recupera parcialmente la caracterización de los flujos migratorios propuestos por la literatura especializada que, desde mediados de los años 1980, distinguió la migración uruguaya como “política” o “económica”.² Sin embargo, en el contexto de las experiencias políticas transnacionales, esta diferenciación asume combinaciones y sentidos específicos, pues además de apuntar a las motivaciones o razones migratorias, dirige las argumentaciones en torno a las identificaciones políticas en uno y otro país, criterios que habitualmente basan las interacciones entre compañeros y compañeras y, en buena medida, las credenciales portadas a la hora de tomar decisiones. Aun así, es importan-

² Al respecto véase: Wonsewer-Teja (1985), Fortuna *et al.* (1988), Pellegrino (2003) y Cabella-Pellegrino (2005), entre otros.

te insistir, se trata de agrupamientos permeables, atravesados por otros criterios como la pertenencia partidaria o sectorial –tanto “acá” como “allá” –, o la intersección de género, edad y “generación”³.

Este capítulo recurre a las categorías nativas “políticos”, “económicos” y “compañeritos” para describir las trayectorias de quienes, en distintos periodos, se incorporaron a la militancia frenteamplista en el país. Aunque cada una de las categorías supone una heterogeneidad que podría poner en cuestión los sentidos y la propia capacidad heurística del sistema clasificatorio que apunta a definirlos, se trata de una “heterogeneidad controlada”⁴ que nos permitirá dar cuenta de recorridos que, en algún punto, resultan paradigmáticos y síntesis de otros. En este sentido, la relación entre los “fragmentos”, es decir, entre “las historias del pasado de la gente corriente” y “los universos más amplios de poder y significado que les dieron vida”, tal como apuntan Jean y John Comaroff (1992: 17), se presenta como un desafío analítico. Por ello, vale anticipar que no nos proponemos una descripción minuciosa de las biografías de cada uno de los y las compañeras con quienes llevamos adelante esta investigación⁵, tampoco la reconstrucción exhaustiva del contexto histórico o de las organizaciones y partidos que, en algunos casos, integran o integraron. El objetivo es otro: a partir de las trayectorias personales –y en algunos casos familiares– buscaremos identificar hilos que resultan en tramas

³ A lo largo del libro, “generación” es empleado como un término nativo, no analítico.

⁴ Cada una de estas categorías delinearía un espacio en el que “hay tramas simbólicas compartidas, hay horizontes de posibilidad, hay desigualdades de poder, hay historicidad” (Grimson, 2011: 28).

⁵ Vale aclarar que muchas de las imprecisiones sobre los datos biográficos presentados en este capítulo se corresponden con la preservación del anonimato de las personas involucradas.

de sentido compartidas; aquellas que, a su vez, en sus propias derivas, se encuentran con otras para configurar las lecturas y reflexiones políticas que orientaron las acciones y posicionamientos de la militancia frenteamplista local. A modo de grandes trazos o pinceladas, abordaremos los caminos seguidos por quienes componen tres capas de militantes para dar cuenta de sus lecturas y decisiones en torno a nodos de experiencias que las y los trascendieron.

En comparación con los dos capítulos siguientes, este acusa una fragmentación intencional. La opción por la voz individual que seguimos aquí, vale aclararlo, nunca se dirime en las esperanzas comunes que aseguraron el afianzamiento de las redes y los desplazamientos que nos ocuparán en los siguientes capítulos. Dicho de otro modo: la proliferación heterogénea de puntos de vista, que a la vez describen y tensionan el sistema clasificatorio que debería abarcarlos, nos otorga una imagen de lo diverso, aquella que tiende a perderse cuando, por ejemplo, la acción colectiva es leída desde sus grandes tendencias, o desde los acuerdos y desacuerdos más o menos explícitos que la caracterizan. En cualquier caso, con sus cruces y bifurcaciones, las trayectorias que sintetizamos pueden resultar desconcertantes, incluso caóticas, y ello no se alejaría demasiado de la convivencia que ha caracterizado hasta el presente a la militancia frenteamplista local. Cualquier persona que se acerque a alguna de sus reuniones podrá comprobar que la “unidad en la diversidad” –que enorgullece al Frente Amplio– suma filiaciones o posicionamientos políticos locales que podrían resultar contradictorios, incluso antagónicos. Para recurrir a una metáfora que ha devenido reivindicación, aquella “colcha de retazos” aúna de este lado del río a quienes se identifican como “frenteamplistas peronistas”, “frenteamplistas no peronistas” y “frenteamplistas antiperonistas”; a “frenteamplistas puros” y “frenteamplistas aliancistas”; a “frenteamplistas no peronistas,

pero sí kirchneristas”, y “frenteamplistas antiperonistas y anti-kirchneristas”. “Semejante entrevero”, tal como decía Marcos, es uno de los mayores aprendizajes de la vida política transnacional, pues pone en tensión lo obvio o, para retomar la metáfora de Ignacio con que iniciamos este capítulo, irrumpe sobre lo naturalizado.

Políticos

En los años previos, pero fundamentalmente a partir del golpe de Estado de 1973, la “hermandad rioplatense” asumió un espacio de enunciación crucial (Merenson, 2014). Esta resulta ejemplificada en las redes humanitarias, laborales, culturales y políticas que contribuyeron a configurar, en palabras de José, el “exilio de la vuelta de la esquina”, aquel que una década después fundaría el FAUA. Quienes llegaron a la Argentina en este período se denominan e identifican, a secas, como “exiliados políticos” o como “políticos”. Densamente poblada, esta categoría cubre un amplio espectro: abarca a quienes eran militantes y sufrieron algún tipo de experiencia represiva en términos personales, pero también a quienes, sin haber pasado por situaciones extremas, entendieron que la amenaza y la persecución las y los acechaba, razón por la cual decidieron migrar. En este último caso, la salida del Uruguay suele sumar otras razones: apremios económicos o el deseo de cambiar de horizontes y perspectivas ante un contexto agobiante y opresivo para iniciar una “nueva vida”.

En cualquiera de las circunstancias, los recuerdos se remontan a la tristeza asociada a la partida, las despedidas fugaces circunscriptas al círculo íntimo y la incertidumbre que despertaba el paso de la frontera territorial; pero también a la red que los contuvo una vez en la Argentina y la rapidez con que pudieron

insertarse en el mercado laboral: una cuestión de “dos días” o de “un par de semanas”. Salvo Alex y Ruben, el resto de “los políticos” arribó al país contando con la cooperación o con el contacto de familiares, amigos o compañeros de militancia que habían migrado anteriormente. Particularmente, entre quienes llegaron antes del inicio de la dictadura argentina (1976), la recepción de “brazos abiertos” tuvo una impronta legal nada menor. A comienzos de los setenta, como observaron Porta y Sempol (2006), existía cierta tolerancia respecto de los plazos y documentos a presentar para obtener la radicación. Entre 1973 y 1974, Lelio Mármora, un joven sociólogo integrante de la Juventud Peronista, estuvo al frente de la oficina de migraciones. Además, el influyente empresario y político Jorge Antonio, importante nexo entre el peronismo y la militancia en el exilio, colaboró allanando trámites y presentaciones.

Aunque hacia 1975 la situación cambió dramáticamente, el exilio político parece haberse acoplado a la caracterización que puede hallarse en la literatura para la migración uruguaya en Argentina, aquella que señala una incorporación que no resulta análoga a la de otros colectivos migratorios limítrofes. El origen urbano, el nivel educativo, la inserción ocupacional “similar al promedio de la población nativa de la Argentina” (Benencia, 2007: 588), el acceso a los servicios públicos y el estrecho contacto con el país de origen (cf. Cacopardo y López, 1997; Cerruti, 2009) situó a la militancia fundadora del FAUA en las generales de la “similitud sociocultural” (Recalde, 2002) o la “integración de hecho”, fruto de la permanente interacción poblacional existente entre Argentina y Uruguay (Bertoncello, 2001).

Como sucede con el resto de los agrupamientos que integran el sistema clasificatorio en cuestión, las experiencias que vertebran el inicio de la vida política transnacional son de lo más diversas, aunque, como ya fue dicho, responden a una he-

terogeneidad controlada. Entre “los políticos” ingresan quienes en el Uruguay ya eran militantes de alguna de las fuerzas integrantes del Frente y, en algunos casos, habían sido parte de su fundación, como Eleonor, Gastón, Marcos, Nelson, Ruben, Ignacio, Leonel, Alcida y Pepe; quienes en Uruguay eran simpatizantes o adherentes pero no desarrollaban una militancia activa, sino que se desempeñaban en el ámbito gremial o estudiantil, como Pedro y Silvia; y quienes militaban o militarían en organizaciones revolucionarias que no eran parte del FA, como José, Alex, Carlos, Leo, Danilo, Blanca, Darío y Rodrigo. Para quienes componen los dos últimos agrupamientos la militancia frenteamplista fue, desde su inicio, una experiencia transnacional. Dicho de otro modo: se hicieron frenteamplistas una vez instalados en Argentina.

Independientemente de esto último, vale mencionar que las sensibilidades, ideas y prácticas de “los políticos” se inscribían en las líneas generales de las culturas de la izquierda uruguaya de los largos años 1960 (de Giorgi, 2011). Las expectativas despertadas por la Unión Popular a la que muchos habían votado, las movilizaciones tanto urbanas como rurales, la lectura de la prensa partidaria –especialmente de “El Sol” o “El Popular”– y los circuitos culturales montevidianos, entre otras referencias e imágenes, forman parte de sus relatos a la hora de narrar el país del que debieron huir o decidieron migrar. Aquel tiempo plagado de luchas, acciones heroicas y pérdidas irreparables mojonan sus biografías hasta el presente y sienta las bases de aquella “melancolía de izquierda” referida por Traverso (2018), que fuera motor de la fundación del FAUA. Sin embargo, lejos de paralizarlos en un duelo atemporal, aquel pasado tamizado por el exilio y el desarraigo impulsó a la acción política transnacional y hoy constituye “el núcleo de su historicidad” (Traverso, 2018: 101).

Para quienes arribaron a la Argentina entre 1973 y 1974, la efervescencia de la “primavera camporista” y el retorno de Juan Domingo Perón –tras 17 años de exilio– delinearon esperanzas y contrastes. Como indica Markarian (2006), el primer peronismo fue sumamente influyente entre la militancia de la izquierda uruguaya. Aun cuando “la mayoría había criticado los gobiernos de Perón (1946-1955), su nacionalismo y sus métodos autoritarios, así como la alianza militar-popular y los sindicatos burocratizados que sustentaron su poder (...), muchos cambiaron de opinión a fines de los sesenta” (Markarian, 2006: 54). A este cambio, que no abarcó a todos “los políticos” por igual, contribuyó una serie de lecturas que incluyeron a los autores revisionistas argentinos, los artículos publicados en *Marcha* y las intervenciones de intelectuales como Methol Ferré y Vivian Trías (Espeche, 2016), pero fundamentalmente la movilización social y la recepción que encontraron al llegar al país. Aquello que hasta entonces “los políticos” llamaban “peronismo” se incorporó al orden de la experiencia cotidiana y fue parte central de las subjetivaciones que orientaron sus socializaciones locales.

Una suerte de encuentro fundacional con “el peronismo” está presente en todos los relatos de la “vieja guardia” del FAUA. Este, más como experiencia que como doctrina, explica las relaciones y los vínculos que fueron construyendo a lo largo de los años, sin los cuales hoy difícilmente podamos comprender las redes en que se sustenta el frenteamplismo local o algunas de las controversias que lo atraviesan. Sus definiciones, que aquí citaremos en primera persona, resultan síntesis de otras; combinan intentos de acoplar los distintos posicionamientos que algunos sostenían en Uruguay con aquellos que comenzaban a asumir en Argentina o, por el contrario, de argumentar sus ratificaciones. En cualquiera de los casos, los relatos indican modos y vías por las que tempranamente el contexto político argentino permeó lo que serían sus militancias “de cara al Uru-

guay". En este sentido, la residencia en Argentina brindó a "los políticos" márgenes de autonomía, marcos de subjetivación que, en algunas circunstancias, interpelaron las caracterizaciones y relaciones "naturales" de sus propios sectores u organizaciones políticas de pertenencia.

José llegó a Buenos Aires en junio de 1973, casi al mismo tiempo en que Juan Domingo Perón retornaba al país. Pocos meses antes, según narran Caetano y Neves (2016), Líber Segregni había sido recibido en la ciudad por una entusiasta Juventud Peronista que coreaba "atención, atención, ahí viene un tupamaro que es amigo de Perón" (2016: 181). A diferencia del máximo líder frenteamplista, José sí era tupamaro y, con el tiempo, también sería peronista. Al llegar, según recuerda, "tenía para comer un paquete de galletitas y una banana por día". Lo que creía sería una estancia breve –"una cuarentena hasta que las cosas se calmen" en Uruguay–, se prolongó hasta el presente. Como para buena parte de la militancia tupamara que arribó a la Argentina en este periodo, "hacer la revolución" (Marchesi, 2019) también implicó para José colaborar con la recepción de otros compañeros que llegaron de manera clandestina y sostener la comunicación con la dirección de la organización ya presa en el Uruguay. En su primera semana en la ciudad, desde la pensión en la que se alojaba, escuchó "el bullicio" el día en que Perón regresó al país y decidió sumarse a la multitud que ocupaba las calles. Su presencia allí tuvo un carácter revelador:

nunca vi nada igual, niños en las marchas, bombos, co-tillón. Mientras caminaba entre toda esa gente, vi una bandera que decía 'Matacos con Perón'. Fue la primera vez en mi vida que vi un indio: ¡y eran peronistas! Ahí dije: 'acá algo hay, esto es muy importante', y entonces me empecé a interesar y a relacionar. Los que nos vinimos en el '73, '74, nos pudimos radicar rápido gracias

al peronismo. El que no lo reconozca, está faltando a la verdad.

Víctor, también militante del MLN por aquel entonces, suma y extiende la última afirmación de José. Cuando en 1973 inició los trámites para su radicación en el país, explicaba, “se necesitaba el ‘permiso de buena conducta’ de Uruguay... Obviamente no lo tenía, así que aquí [en Buenos Aires], por interpósitas personas, a mi hermano, a un amigo, a mí y, seguramente a cientos o miles, nos lo firmó Jorge Antonio”.

Regresemos a la histórica jornada del 20 de junio de 1973 aludida por José. Aquella madrugada, Carlos, que había migrado en 1968 tras haber sido echado “por comunista” de la fábrica en la que trabajaba, ya se encontraba camino hacia Ezeiza junto a su novia y dos militantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que había conocido en la casa que ocupaban en el barrio de La Boca. Además de compartir el amor y el proyecto de formar una familia con ella, ambos realizaban “tareas menores” de correo y cobertura de militantes argentinos. Para Carlos, el contacto y la reelaboración de lo que pensaba era la izquierda peronista, al comienzo, fue una experiencia afectiva, emocional – “me enamoré de una peronista”, solía decir– que luego derivó en una inscripción partidaria. En tanto, en el caso de José, las relaciones que trabajó con la “tendencia peronista” lo llevaron a participar como periodista en distintas publicaciones del movimiento para las que cubrió el acontecer político uruguayo.

José, Víctor y Carlos no fueron los únicos que se vieron atravesados por aquella u otras jornadas que marcaron sus percepciones y adhesiones a la izquierda peronista. Entre “los políticos”, muchos de ellos integrantes de la denominada “generación de 1968”, este recorrido parece haber sido más la regla que la excepción. Qué fue lo que habilitó este tránsito amerita un detenimiento que excede los alcances de este libro. Podemos,

sin embargo, proponer algunas claves interpretativas, al menos a título de hipótesis. En *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad de Perón a Videla*, Manzano observa que el mayo argentino de 1969, así como había sucedido un año antes en el Uruguay, activó los engranajes de una revolución social protagonizada por una nueva cohorte de jóvenes militantes (2017: 262), y que fue el peronismo el movimiento político que más se “benefició” con su politización (249). La integración “con el pueblo” y la inscripción del país en el paradigma tercermundista que, de acuerdo con Manzano, alentó el camino en dirección del peronismo, no eran nodos de sentido extraño o ajeno a “los políticos”. A modo de ejemplo: si para la juventud argentina la provincia de Tucumán se tornó “el indicador más emblemático de la pertenencia [del país] al Tercer Mundo y un centro gravitatorio para la militancia política y cultural” (Manzano, 2017: 267), entre los noveles exiliados, Bella Unión y “los peludos de la UTAA” habían ocupado un lugar muy semejante, tanto en la subjetivación de la urgencia política que corría el velo de la “Suiza de América” como en la convicción respecto de la lucha armada como vía para conseguirlo (Merenson, 2016a). Con distintos nombres, lugares y fechas, aquella cultura política revolucionaria que llamaba al combate contra el colonialismo y por la liberación, fue parte de un repertorio compartido y a disposición de quienes quisieran tender puentes y formular analogías. Como ya mencionamos, no todos lo hicieron, Alex entre ellos.

Al llegar a Buenos Aires en abril de 1975, tras 6 años de prisión política, Alex se abocó a una militancia que definía como “pura”: luego de un periodo de instalación, se vinculó a sus compañeros del MLN que vivían en el sur del conurbano bonaerense. A comienzos de la década de 1980 se incorporó al FAUA y, tras su creación en 1989, al MPP. Alex nunca integró o participó de una organización o partido político argentino,

más bien todo lo contrario: evitaba cualquier opinión o posicionamiento relativo a la vida política del país en el que reside desde hace más de cuatro décadas. Como en otros compañeros, la “pureza” de su militancia frenteamplista se funde en la prolongación de un sentir que lo mantiene al margen de la simultaneidad transnacional. Al igual que en el fútbol, deporte que lo apasiona, Alex considera que se puede ser hinchas de un solo cuadro, y este es uruguayo.

El encuentro con el peronismo que narraba Pedro, integrado al FAUA desde hace poco más de una década y referente local del PSU hasta el 2014, difiere de los anteriores. Está asociado a la violencia política que describía para el momento en que arribó al país: agosto de 1975. Ésta, entre otras cuestiones, confirmó las impresiones que tenía del movimiento antes de su opción migratoria, cuando vivía en Paysandú y, si bien era votante frenteamplista, no era militante activo de la coalición:

yo era gorila [antiperonista] allá [en Uruguay] y seguí siendo gorila acá [en Argentina]. En la semana que llegué andaba por Once, caminando, y veo un ómnibus todo prendido fuego. Lo habían prendido fuego los Montoneros, le tiraron una bomba molotov. Nunca me voy a olvidar de eso. Gente de trabajo era... A mí con eso me quedó claro que no tenía nada que ver con lo que era la política para mí. Yo con esa gente no quería saber nada.

La escena con la que Pedro argumentaba su antiperonismo excede la violencia política de los años setenta: como Eleonor, quien se instaló con su familia en Buenos Aires en 1974 siendo militante “independiente” del FA, suma una serie de prácticas condenables entre las que incluyen el clientelismo y el autoritarismo. Con el tiempo ambos asumieron identificaciones políticas en Argentina que los ubicaron en alternativas al peronismo: Pedro se acercó al Partido Socialista (PSA), que en

2011 se incorporó al Frente Amplio Progresista (FAP) y, en 2013, confluyó en el Frente Amplio UNEN (FAUNEN).⁶ En tanto, Eleonor llegó a este último frente –el FAUNEN– vía otra de las fuerzas que lo integró: la Coalición Cívica liderada por Elisa Carrió, una política cuyo “sentido de la ética”, en sus propias palabras, logró despertar su “interés por la política argentina”. En la primera década del 2000, tanto el FAP como el FAUNEN congregaron la atención de quienes integraban Asamblea Uruguay, también de una parte de la militancia del PSU, ambos sectores minoritarios en esta orilla.

Si José y Carlos por una parte, y Pedro y Eleonor por la otra encarnan posicionamientos e identificaciones políticas tan estables como antagónicas, entre estas trayectorias emblemáticas se ubican las de quienes se identificaron o alejaron del espectro peronista en coyunturas puntuales: ya sea en los años 1990, siguiendo la secuencia Frente Grande (FG) en 1993, Frente País

⁶ La coalición de centroizquierda Frente Amplio Progresista fue creada en 2011. Según su programa, el FAP se propuso como una opción para “salir de la crispación, de la Argentina del blanco o negro”, apostando a “la confluencia de diferentes sectores políticos y sociales que creen en el desarrollo sustentable, en la garantía de los derechos, en el trabajo, la producción y la cultura para concretar la aspiración de una Argentina mejor” (FAP, 2011: 7). En las elecciones nacionales de 2011 impulsó la fórmula presidencial compuesta por el dirigente socialista Hermes Binner, por entonces gobernador de la provincia de Santa Fe, y Norma Morandini, senadora por la provincia de Córdoba. El FAP resultó la segunda fuerza más votada y la principal fuerza opositora al Frente Para la Victoria. En 2013 fue reemplazado por el Frente Amplio UNEN (FAUNEN) que, entre otras fuerzas políticas, incorporó a la Unión Cívica Radical (UCR). El FAUNEN obtuvo el segundo puesto en las elecciones legislativas de 2013. Fue disuelto en 2015, cuando algunas de las fuerzas que lo integraban –la UCR y la Coalición Cívica– se incorporaron a “Cambiamos”, coalición que impulsó la candidatura de Mauricio Macri y ganó las elecciones nacionales de ese mismo año.

Solidario (FrePaSo) en 1994 y Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación (“Alianza”) en 1997; ya sea tras la crisis de 2001, con la creación del Frente para la Victoria (FpV) y el denominado “kirchnerismo de masas”. Ruben puede atestiguar ambos recorridos: aunque arribó a Buenos Aires en 1974 siendo un demócrata cristiano, su militancia sufrió un *impasse* hasta principios de los años 1990, cuando se sintió interpelado por la creación del FG. Siguiendo el camino de uno de los referentes del FG –Carlos “Chacho” Álvarez– desembocó en la Alianza, la coalición política que en 1999 derrotó a Carlos Menem y llevó a la presidencia argentina a Fernando De la Rúa. En esos años, Ruben también fue uno de los pocos promotores y militantes locales de Encuentro Progresista (EP); una década después militaba “para Tabaré”, era un “no peronista” que decía estar “cada vez más enamorado del kirchnerismo” y trabajaba políticamente cerca de uno de sus jóvenes dirigentes en la ciudad de Buenos Aires.

Ruben era uno de los compañeros que solía irritarse cada vez que en los debates y discusiones se hacía presente una de las controversias más complejas de los últimos tiempos: “el tema de las papeleras”⁷. Aun cuando no fue la primera vez que las re-

⁷ En 2003 cobró trascendencia mediática la instalación de dos plantas de producción de pasta de celulosa (pertenecientes a una empresa finlandesa y otra española) en territorio uruguayo, sobre las aguas binacionales del río Uruguay, en las proximidades de la ciudad argentina de Gualaguaychú. Como medida de protesta, entre 2005 y 2010, sus habitantes, organizados en la Asamblea Ciudadana Ambiental de Gualaguaychú, bloquearon el acceso al Puente Internacional Libertador Gral. San Martín que une a la ciudad con la localidad uruguaya de Fray Bentos. Argentina demandó a Uruguay ante la Corte Internacional de Justicia argumentando que la instalación de estas plantas era contaminante y violatoria del Estatuto del Río Uruguay. Uruguay, por su parte, demandó a Argentina ante el sistema de solución de controversias del Mercosur y la Corte Internacional de Justicia, argumentando que los cortes de ruta violan el principio de libre

laciones bilaterales atravesaron momentos sumamente tensos (Oddone, 2004), sí fue la primera que encontraba al FA a cargo del Poder Ejecutivo. “Las papeleras” se tornaron un tropo que actualizó distintos perjuicios, asimetrías y estereotipos que excedieron con creces a la militancia frenteamplista en el país. Como en otras coyunturas críticas, la convivencia dentro del frenteamplismo local fue armónica, al menos hasta que comenzó a orbitar el registro de la creciente polarización del escenario político argentino y la presentación del conflicto ambiental como una pugna de carácter nacional que, entre otras cuestiones, permitió al gobierno uruguayo interpelar las iniciativas ambientalistas (Santos, 2020). Según explicaba Ruben, las críticas por parte de los compañeros frenteamplistas en el país hacia el gobierno argentino empezaban por su comportamiento durante el conflicto ambiental, “pero se seguía con otras cosas jodidas, críticas a los planes [sociales], a la inseguridad, cosas complicadas”. Quienes como él fundaban su identificación con el kirchnerismo en un signo propositivo –en “una política en serio de derechos humanos”, o en la reivindicación de las políticas sociales y distributivas– observaban en estas argumentaciones una suerte de *boomerang* que el frenteamplismo local debía asumir como una tarea política destacada. En el próximo capítulo nos detendremos en estas lecturas y señales de alarma que ya, en 2006, en el microclima de la militancia frenteamplista local, anticiparon los efectos de la famosa “grieta”⁸ argentina.

circulación. En 2010, tras el fallo de la Corte de La Haya, el conflicto finalizó con la firma de un acuerdo para conformar un Comité Científico encargado de monitorear las aguas del Río Uruguay. Véase al respecto Palermo y Reboratti (2007)

⁸ Rodríguez y Touzon (2019) abordan “la grieta” más como un artefacto cultural que como una realidad empírica que remite a la concatenación binómica que atraviesa la historia argentina sumando un nuevo eslabón: kirchnerismo/macrisismo. Sitúan su precuela en 2008, cuando el “conflicto

No solo la confrontación con las oposiciones peronismo/no peronismo/antiperonismo y sus distintos devenires marcaron las experiencias transnacionales de “los políticos”. Estas, en el caso de quienes eran militantes del PCU o del PSU, estuvieron guiadas por canales orgánicos. Familiares previamente radicados en Argentina o “contactos” conocidos en eventos o encuentros internacionales colaboraron en sus vinculaciones con el Partido Socialista (PSA) o con el Partido Comunista (PCA). Esta última vinculación merece algunas especificaciones, ya que las distinciones entre el PCU y el PCA se hicieron presentes en todas las conversaciones con los y las camaradas.

La caracterización diferencial de los partidos en ambos países –“nosotros éramos marxistas-leninistas y acá [en Argentina] eran guevaristas”– llevó a Javier a relacionarse “fraternalmente” con los compañeros argentinos, pero no de forma orgánica. Según graficaba, “era como los jueguitos que tienen los niños: vos no podés meter un cuadrado en un redondel”. A diferencia de él, Gastón sí se incorporó al PCA: lo hizo en 1983, hasta principios de los años 1990, cuando la caída del Muro de Berlín y “la falta de procedimientos democráticos” comenzaron a alejarlo. En los años siguientes se concentró en su cargo de secretario político del PCU en Buenos Aires y en su militancia en el FAUA. Desde entonces, decía: “no volví a tomar contacto con la política argentina”. Distinta fue la trayectoria seguida por Nelson, que recuerda haber ido a algunas reuniones, aunque pronto se distanció debido a “la relación que [el PCA] tenía con Videla y con la dictadura”. Su contacto con la militancia argentina se reinició a comienzos de los años 1980, cuando se vinculó al Partido Intransigente (PI). Entre otras cuestiones, la activa participación del PI en las causas por las violaciones a los

con el campo” por el aumento de las retenciones a las exportaciones puso en debate los usos del crecimiento y el modelo distributivo.

derechos humanos durante el terrorismo de Estado le pareció la más acertada: “fue el partido que más ayudó a los uruguayos, en los casos de los compañeros desaparecidos y los niños secuestrados acá. Además, reunía lo mejor del peronismo y del radicalismo también”.

Para cuando en Argentina la escalada represiva derivó en el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, el exilio uruguayo estaba fragmentado, disperso y perseguido. Si bien la gran mayoría de los dirigentes frenteamplistas habían continuado camino hacia nuevos destinos, fueron muchos los y las militantes que decidieron permanecer en el país. “Los que nos quedamos igual”, una forma autorreferencial habitual entre la “vieja guardia” del FAUA, atravesaron el terrorismo de Estado siguiendo distintos caminos. Muchos, especialmente quienes al migrar no integraban sectores políticos o sus incorporaciones al FA eran muy incipientes, se replegaron y apartaron de la militancia político-partidaria para sumarse a comisiones directivas de clubes barriales, cooperadoras escolares u otras instancias organizacionales de la sociedad civil. Aun cuando estos últimos no evocan aquellas experiencias como parte de su trayectoria política, éstas parecen haber sido fundamentales en tanto proveyeron espacios de debate que les permitieron elaborar lecturas del escenario local y, en parte, construir las redes que años después darían sustento material al FAUA. Otros, en cambio, iniciaron o prolongaron su militancia “de cara al Uruguay”. En este sentido, además del MLN⁹, es conocida la experiencia transnacional del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), fundado en Buenos Aires en julio de 1975 (Larrobla, 2013).

⁹ En Buenos Aires se conformó el Movimiento por la Reorganización, cuya “tendencia proletaria” intervino en la línea política del MLN-T hasta mediados de la década de 1990. Al respecto, Véase Garcé (2006)

Por diversos caminos, Leo y Darío se incorporaron al PVP. En 1973, Leo iniciaba su militancia estudiantil en un liceo nocturno montevideano. Dos años después, luego de un episodio de amedrentamiento que sufrió en la calle, decidió instalarse en Buenos Aires. Al llegar, una militante del MLN lo puso en contacto con el recientemente organizado PVP. Por entonces, Leo se mudó al sur del conurbano bonaerense, en donde vivió varios años de militancia en la clandestinidad y conoció a quien sería su compañera, una militante peronista de la Unión de Estudiantes Secundarios. Finalizada la dictadura argentina, Leo se sumó al FAUA y, como el resto de los compañeros del PVP, se concentró particularmente en el seguimiento de las causas por el secuestro y la desaparición de ciudadanos uruguayos en el marco del Operativo Cóndor. Como muchos de los mencionados hasta aquí, especialmente quienes militaban en organizaciones armadas, Leo regresó por primera vez a Montevideo en abril de 1989, para emitir su “voto verde” en ocasión del referéndum por la derogación de la Ley de Caducidad¹⁰. En la última década, sus vínculos previos con la izquierda peronista y con diversos referentes de los organismos de derechos humanos lo acercaron al kirchnerismo, aunque ello no derivó en una militancia orgánica.

El camino por el cual Darío se incorporó al PVP fue distinto al de Leo. Según explicaba, en 1974 su decisión migratoria no fue “por estrictas razones políticas”: en Montevideo llevaba 2 años sin conseguir trabajo, no podía seguir estudiando, y muchos de sus amigos estaban presos o exiliados. Su incorporación al PVP fue paulatina: comenzó brindando apoyo en distintas

¹⁰ La Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado fue sancionada en 1986. Desde entonces es entendida por amplios sectores de la sociedad como una “ley de impunidad”, ya que dificulta seriamente el enjuiciamiento de los funcionarios militares y policiales que participaron de la represión ilegal durante la dictadura. Su vigencia fue ratificada en dos ocasiones (1989 y 2009) mediante la consulta popular.

tareas para luego sumarse a la militancia en 1978. A diferencia de la mayoría de sus compañeros, Darío no estaba “requerido” por las Fuerzas Conjuntas, por lo que podía viajar con frecuencia a Montevideo: hacía de correo, iba a entrevistarse con distintos dirigentes y, de regreso, elaboraba los informes correspondientes. Un año después de incorporarse al PVP, en 1979, también comenzó a militar en una organización argentina: el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). De ocurrir, Darío prefería “caer por esa pertenencia y no por el PVP” porque, según explicaba, “la militancia argentina brindaba más cobertura”. A comienzos de los años 1990, luego de integrar su Mesa Política, se distanció del FAUA y reorientó su compromiso hacia la práctica profesional y social; también continúa siendo un colaborador regular del PVP.

Pepe fue otro de los compañeros que, al llegar al país, mantuvo y amplificó su militancia. Su participación política se había iniciado en Montevideo, como delegado estudiantil y militante del M26. En 1973, mientras en Chile se desarrollaba el “Simposio de Viña”, migró a la Argentina, para lo cual tuvo que emanciparse, dado que aún era menor de edad. En 1976, luego de conseguir casa y trabajo, y con ello cierta estabilidad, se incorporó al Partido Socialista Popular (PSP), donde conoció y acompañó el trabajo de Guillermo Estévez Boero, un importante dirigente de lo que, años después, sería la transición. Su militancia política en este sector del socialismo argentino prosiguió hasta el año 1982 en que se sumó, aunque por un corto tiempo, al Movimiento al Socialismo (MAS), liderado por Luis Zamora. Para entonces ya había retomado el contacto con compañeros “del 26” en Buenos Aires y, junto a ellos, fue parte de la fundación del FAUA. Su “doble militancia”, reflexionaba retrospectivamente, lejos de ser problemática le permitió “vincular compañeros de allá y acá, coordinar apoyos y solidaridad”: esto es, “tejer redes”.

Sorteando la censura, los riesgos y la represión, “los políticos” contaron con espacios de congregación que fraguaron las expectativas y conversaciones que llevaron a la creación del FAUA. Independientemente de las trayectorias seguidas una vez concretada la opción migratoria, la “movida rioplatense” al compás de las cuerdas de tambores y el canto popular (Domínguez, 2009; Parody, 2016), las fechas nacionales y el asociacionismo migrante, particularmente concentrado en la emblemática Asociación de Residentes Orientales José Artigas (AROJA), proveyeron ámbitos de encuentro, sociabilidad y debate. Quienes integran la “generación fundadora” del FAUA, aquella que hoy en promedio supera los 65 años de edad, o bien se conocían desde antes de migrar, o bien lo hicieron en el país, en alguno de estos espacios que configuraron “la vuelta” porteña, aquella que hoy se prolonga en reuniones, asados, fiestas y eventos familiares.

Con sus matices, si algo comparte la vieja guardia del FAUA es el orgullo respecto de un modo específico de concebir la práctica y la ética frenteamplista: “somos el último refugio moral, la última línea de defensa”, afirmaba Gastón. En este sentido, “políticos” opera entre quienes pueden situarse dentro de esta categoría nativa como legitimación de la participación política transnacional; por eso sus usos son descriptivos y prescriptivos, señalan una razón migratoria y, al mismo tiempo, una autorización que desprenden de extensas trayectorias militantes: “varios de los que estamos acá –afirmaba un ex militante del MLN, hoy en el MPP– pegamos los tiros suficientes y nos jugamos bastante la vida como para tener derecho a decidir algunas cosas”; “estos viejos que vos ves acá son los que se la jugaron”, me invitaba a valorar Blanca. Sin embargo, si bien “los políticos” definen su militancia como “una obligación y un derecho”, también es cierto que esta condición no es atemporal, convive con la preocupación relativa al envejecimiento y el destino local de la coalición:

“el divorcio entre el frenteamplista que está allá [en Uruguay] y el que está afuera es cada vez más. Con estos carcamanes que estamos acá, no hay renovación”, sintetizaba Pedro.

Que “el Frente en Argentina se muere con nosotros” es una expresión recurrente entre “los políticos”. Las argumentaciones radican en la ausencia de un relevo que, de acuerdo con Marcos, “es completamente lógico, porque nuestros hijos o son argentinos o llegaron de muy *gurises* y militan acá. Algunos, pero muy pocos, van a votar [a Uruguay], dan una mano cuando llegan las elecciones, pero más vale que el compromiso [político] lo tienen acá”. En este sentido, al contrario de lo sucedido en los últimos procesos electorales en el Uruguay, la militancia frenteamplista local no contaría tan fácilmente con la capacidad reproductiva electoral que Moreira (2004) constataba para la coalición dentro de las fronteras territoriales. “Acá”, insistía Marcos, “nuestros jóvenes son más argentinos que Maradona”.

Aunque esta última percepción es bastante generalizada, también tiene sus fugas: “todo el tiempo pensamos que esto se termina acá, cuando nosotros nos muramos, que se termina el Frente. Y entonces aparece un joven, aparecen dos, tres... y vuelve”, solía decir y esperanzarse Blanca. “Los compañeritos”, la única categoría de este sistema clasificatorio que no es reivindicada por quienes son identificados a partir de ella, nutre para algunos esta expectativa, en tanto para otros contiene algo de amenaza, presentándose como parámetro del paso del tiempo y de las transformaciones operadas sobre las formas de hacer política transnacional.

Económicos

“Exiliados económicos” –o “económicos”– es la categoría nativa que reúne a quienes arribaron a la Argentina entre

la recuperación de la democracia (1985) y la primera victoria electoral nacional del FA (2004). Independientemente de las trayectorias políticas previas a la opción migratoria y la edad, “los económicos” no componen la “generación fundadora” del FAUA, sino que se sumaron a él en diversos periodos: algunos lo hicieron ni bien llegaron al país, otros luego de un tiempo de asentamiento o, como suelen decir, de “adaptación”. En términos muy amplios, lo que distingue este grupo de “los políticos” no es necesariamente la edad, sino más bien la localización de la experiencia política y ciudadana: ninguno de sus integrantes vivió la dictadura argentina en Argentina, sus militancias políticas transnacionales se desarrollaron en un marco democrático.

Aunque en términos cuantitativos se trata de un agrupamiento sustantivamente menor respecto del anterior, su peso tiene la impronta de quienes pueden testimoniar en primera persona la vida en Uruguay durante algunas coyunturas políticas clave como la dictadura y la transición. De otro modo: “haber estado allá” compensa entre “los económicos” la exclusión del momento fundacional. Como vimos en el acápite anterior, en el sistema de autoridad interior al FAUA, haber sido parte de sus primeras horas es una condición importante de legitimación política. Sobre la vigencia de ese criterio de autorización se traman los relatos de “los económicos” en lo concerniente a su propia experiencia en Uruguay. Esto, que en principio puede resultar algo abstracto, tiene consecuencias prácticas muy concretas, visibles en las interacciones entre las y los compañeros de ambos grupos: enunciados como “vos todavía no estabas, pero acá [en Argentina] hicimos...”, seguidas de réplicas como “vos ya te habías ido [de Uruguay], pero allá decidimos...” expresan intercambios que, de acuerdo al contexto, o bien puede declinar la legitimidad de unos respecto de otros, o bien puede dejarla “en tablas”. En cualquier caso, una de las riquezas de la experiencia frenteamplista transnacional,

aquella que actualmente hace al capital político que reivindican como excepcional, es justamente la reunión de perspectivas y experiencias ancladas en las diversas territorializaciones de la militancia política.

Desde su creación, el FAUA vio en “los económicos” la posibilidad de ampliar su base local. Si bien tras el año 1985 su militancia asumió el “retorno político” (Lastra, 2014) como una de sus líneas de acción, también se ocupó de la recepción de quienes arribaron al país en los años subsiguientes. Hacia la segunda parte de la década de 1980, como explicaba Aurora, “no sólo estaban los que querían volver [al Uruguay], también estábamos los que nos veníamos, entonces el Frente acá se ocupaba de ver qué podía hacer para recibirnos, de buscar un lugar para vivir, alguna posibilidad de trabajo”.

En 1987, con poco más de 30 años, Aurora llegó a Buenos Aires junto a sus dos pequeñas hijas. Aunque había nacido en un pueblo del interior, desde su juventud vivía y trabajaba en Montevideo. Además de ser militante del PCU, integraba un gremio de la industria textil. Su opción migratoria fue intempestiva – “no lo pensé mucho”, decía– y, “de un día para el otro”, llegó a Buenos Aires sin ningún contacto concreto, aunque sabía que el FA estaba organizado en la Argentina. Al llegar, se dirigió al comité Zelmario Michelini que funcionaba en la zona del Congreso de la Nación, en un local del PI: fue allí en donde comenzó, al mismo tiempo, su aprendizaje de la ciudad y su militancia transnacional. A través de las y los compañeros rápidamente encontró trabajo en la industria del cuero y, siguiendo sus recomendaciones, se instaló en el sur del conurbano bonaerense, “en donde había muchos uruguayos”. Aunque en un sentido estricto no fue una de sus fundadoras, hace casi treinta años que integra uno de los comités de base históricos del FAUA.

Aurora se cuenta entre las y los camaradas que no trabaron un vínculo orgánico con el PCA: “no me gusta mi partido dividido, me gusta mi partido junto”, explicaba; tampoco se incorporó a la actividad sindical local pues notaba que acá “hay mucha derecha enquistada en los sindicatos”. Como Alex, a quien referimos en el acápite anterior, Aurora fue una “militante pura” del FAUA hasta que sus hijas crecieron y comenzaron a militar en Argentina. Fue entonces que, en los primeros años de los 2000, como dice, “me fui quedando con los compañeritos”, categoría que en este caso remite a la militancia de La Cámpora, agrupación que en los últimos años prestaba su local al comité de base que integra. En su caso, como en otros, la mediación y la incorporación a la participación política en Argentina fue en buena medida habilitada por la denominada “segunda generación”. Aunque, como veremos en el próximo acápite, los compañeritos no responden exclusivamente a la inscripción político-partidaria señalada por Aurora, vale destacar las pautas de la interacción, la permeabilidad y la jerarquización que proponía a la hora de explicar esta “solidaridad” intergeneracional y transnacional:

sucede que nuestros hijos militan acá, hacen acto de presencia en un acto, van a votar [a Uruguay], pero su problemática es argentina. No se puede estar pidiendo que estén pensando en el Frente (...) *Entonces empezamos a mezclarnos nosotros*, que también estamos acá. En los jóvenes de La Cámpora hay muchos hijos de uruguayos. Los padres estamos en el Frente y los hijos en la Cámpora. Hacen actividades y nosotros vamos; y nosotros hacemos actos, traemos senadores, políticos de allá, y ellos vienen. Los pibes están muy... como te puedo decir? *Quieren escuchar, quieren aprender, quieren tener su Frente Amplio. Quien no quiere eso?*

La trayectoria política de Rosa difiere en varios puntos de la seguida por Aurora, aunque las dos habitan la misma categoría nativa. Como explicaba Rosa, ambas, al igual que otros compañeros, son “exiliados económicos de la democracia”, concretamente “exiliados de los gobiernos de hambre de los blancos y colorados [que] llegamos a Argentina, que tampoco era Disney”. Aun así, pese al contexto recesivo del país, la “hermandad rioplatense” proveyó una situación de privilegio que, en buena medida, las y los colocó al margen de la xenofobia y los mecanismos cotidianos de discriminación hacia otras migraciones, especialmente hacia las migraciones limítrofes restantes, que fueron chivo expiatorio en los años noventa (Grimson, 1999; Jelin, 2006). En su gran mayoría pertenecientes a las clases medias, el mercado de trabajo local contuvo a “los económicos” en empleos muy semejantes a los que tenían o habían perdido en el Uruguay.

Cuando en 1993 Rosa y Tadeo llegaron a Buenos Aires junto a su hija de 3 años, los llamados a la “integración” y “el destino común de argentinos y uruguayos, ligados por un río que une más de lo que nos separa”¹¹, eran marcas de la simultaneidad política del arco progresista. Si bien ambos eran votantes frenteamplistas, cuando vivían en Montevideo eran “más de acompañar que de militar”. Pocos meses después de instalarse en el norte del conurbano bonaerense, Rosa vio un cartel en la calle que anunciaba un acto en Buenos Aires del que participarían varios referentes del FA, por lo que decidió asistir junto a Tadeo. En principio, recordaba, no tenían previsto comenzar a militar, más bien pensaban que era una buena oportunidad para estar “informados de primera mano” y para relacionarse con uruguayos que “estaban en la misma”. Ella y Tadeo com-

¹¹ Mariano Arana formuló estas palabras al pie del monumento en homenaje a Juan Domingo Perón, erigido en la rambla de Montevideo en 1996.

partían con la gran mayoría de las y los compañeros que encontraron en aquel acto la “pertenencia generacional”, pero no así la misma trayectoria político-partidaria: las y los presentes en aquella reunión “eran todos exiliados políticos, nosotros no. Nosotros nos vinimos en otras condiciones, porque estábamos casi sin laburo, no veíamos salida. Entonces la militancia, sumarte, buscarle la vuelta, era como buscarle la salida. Y la salida para nosotros era el Frente, un gobierno del Frente”.

Aunque, tal como veremos en el próximo capítulo, el FAUA “ya no era lo que había sido” para el periodo en el que Rosa y Tadeo comenzaron su militancia, es decir, no tenía la densidad ni el grado de organización institucional que había alcanzado en los años 1980, contaba con redes amplias y diversas, labradas a lo largo de 10 años de cooperación y coordinación. Hacia fines de los años 1990, la apertura y la demanda de la dirigencia montevideana respecto de la participación política de su militancia en Argentina, que coincidió con distintas opciones frentistas locales, llevó a ambos a seguir de cerca la conformación de la Alianza. Se incorporaron a ella, recordaba Rosa, “porque el peronismo era Menem, y Menem era Batlle, era la misma política que nos había expulsado del país”. Rosa y Tadeo distribuyeron entonces su militancia en las dos coaliciones hasta poco antes de la crisis de 2001, cuando se desvincularon de la Alianza y se concentraron, aunque de un modo más intermitente, en el FAUA. Cuando los conocí, en 2011, Tadeo ya no militaba activamente por cuestiones laborales, en tanto Rosa venía de “asumir un compromiso más fuerte con las causas que el Frente acá no llegaba a cubrir del todo”, como “el derecho al voto [en el exterior] y las cuestiones de derechos humanos”. Por entonces algo de la estructura del frenteamplismo local la incomodaba: “como en todos lados”, decía, “hay quien manda y quien es mandado”.

A diferencia de “políticos”, la categoría nativa “económicos” reúne también a quienes se sienten parte de una “generación” que, no en todos los casos, puede reivindicar el hecho de haber participado de la creación del FA, es decir a quienes en virtud de su edad se sumaron a la coalición, ya sea en Uruguay o en Argentina, luego de su momento fundacional. En los años 1990, algunos eran “nuevos militantes” y, además, jóvenes migrantes para los cuales la experiencia frenteamplista fue, prácticamente desde el comienzo, una experiencia transnacional: Mónica, responde a este perfil. Cuando en mayo de 1996 llegó a Buenos Aires tenía casi treinta años y llevaba cinco militando en el Frente. Al igual que Aurora, Mónica sabía de la organización local del frenteamplismo y no tardó mucho en ir al encuentro de sus compañeros. En una de nuestras primeras charlas, las comparaciones respecto del funcionamiento del Frente “allá” y “acá” le permitían dar cuenta de algunas de las implicancias de la territorialización de las prácticas políticas.

M: cuando me vine [a Buenos Aires], enseguida me contacté. Conocía, sabía que el Frente funcionaba acá, entonces enseguida fui a una reunión que me acuerdo era en la CTA. Acá no conocía mucha gente, tenía unos primos y unos tíos que vivían lejos, por La Plata, entonces era como una forma de estar en casa, además de seguir militando, obvio.

S: ¿Y qué encontraste?

M: ¡Uh! ¡Fue muy fuerte! Era como que todo era igual y todo era distinto. O sea, los comités funcionaban igual, incluso acá había comités que eran más grandes que el de mi barrio, pero acá había problemas que allá no había. Se daban discusiones como congeladas en el tiempo, discusiones que en el Uruguay ya habían pasado. Como que esa falta del ‘día a día’ se notaba mucho.

Acá había un discurso muy de los setenta, pero como que después se te acomoda la cabeza y vas entendiendo.

S: ¿Qué cosa [ibas entendiendo]?

M: Y, cuándo se vinieron, lo que vivieron en la dictadura, el Frente que conocieron... Los que vinimos después aportamos al FA acá. En esa época ayudamos bastante con la puesta al día, como quien dice.

Si bien el encuentro entre “políticos” y “económicos” no parece haber sido una tarea sencilla, contribuyó a actualizar los análisis sobre la situación del país y las posibilidades electorales de la coalición. Con el tiempo, también permitió renovar algunos liderazgos. Sin embargo, aun cuando las duras discusiones entre “bolches” y “tupas” que traía a cuento Mónica y otros compañeros, así como las disputas en términos muy cercanos a los empleados por Elías y Scotson (2000) para explicar las dinámicas entre “establecidos” y “forasteros” no parecen muy distintas de las que se suscitaban en el Uruguay, los compañeros preferían poner énfasis en los matices. A partir de esas distinciones apuntaban a la emigración como un factor de cohesión que, en circunstancias adversas, contribuyó al sostén local de la coalición: “todos, en definitiva, estábamos afuera [del país]”, decía Ignacio; “pese a las cápsulas, el ensamble bolches-tupas acá se dio mucho más fácil que allá [Uruguay], porque el contexto obligaba a la solidaridad, a la ayuda y a la contención”, corroboraba José.

Para cuando la crisis de 2002 señaló dramáticamente el fin de ciclo neoliberal, la diáspora uruguaya había comenzado a inclinarse hacia otros destinos, como España y Estados Unidos (cf. OIM, 2011). Sin embargo, no fueron pocos los que, pese al crítico escenario, optaron por Argentina: entre ellos Omar y Wilson. En 2002 ambos decidieron migrar por razones muy semejantes: el sector de servicios en el que estaban empleados se encontraba en plena caída y sus salarios se habían deprecia-

do considerablemente. Además, en el caso de Omar, que estaba separado, radicarse en Buenos Aires le permitía visitar regularmente a su pequeña hija que vivía en Montevideo y explorar otras opciones laborales. Si bien ambos eran votantes del Frente, ninguno había integrado la coalición en Uruguay. A diferencia de las y los compañeros citados hasta aquí, transcurrió un largo tiempo hasta que se incorporaron a la militancia frenteamplista local: lo hicieron en 2012, 10 años después de sus respectivos arribos al país. Entre las razones, además del tiempo que les llevó la puesta en marcha de sus comercios, fue crucial el triunfo electoral de 2004 y la voluntad de contribuir al sostén y fortalecimiento del nuevo gobierno. Especialmente para Omar, que de ambos es quien más se comprometió, el contraste respecto del país que dejó en plena crisis y “el país que reactivó Tabaré y Pepe” Mujica resultó lo suficientemente convincente para iniciar, a sus 50 años, su primera experiencia militante. Apuntando la paradoja, decía: “nunca había hecho nada, nunca me había metido en nada. Empecé a militar en Uruguay cuando me fui de Uruguay”.

Tanto Omar como Wilson llegaron a la militancia mediados por las políticas de vinculación extraterritorial desempeñadas desde el primero de los gobiernos frenteamplistas. Luego de un tiempo de activa participación en uno de los Consejos Consultivos que funcionaban en el país, Wilson se transformó en adherente de uno de los comités de base porteños, en tanto Omar se incorporó plenamente a él y, poco después, también a la departamental argentina del MPP. El inicio de su militancia sucedió en un momento en que, como veremos, la militancia frenteamplista local buscaba modos de sortear los impactos derivados del deterioro de las relaciones bilaterales, así como la fragmentación del escenario político argentino que se expresó en la tensión creciente kirchnerismo/antikirchnerismo. A diferencia de otros compañeros y compañeras, Omar se mantuvo

al margen de cualquier afiliación política local; vivía con tristeza los cruces de las declaraciones presidenciales y combinaba su reconocimiento a “los Kirchner” en materia de reactivación económica y redistribución de la riqueza con una reacción contundente ante todo aquello que afectaba al Uruguay o a la vida cotidiana de los migrantes en el país. Sin embargo, ya en plena campaña electoral argentina (2015), la consolidación del macrismo lo preocupaba “tanto en lo económico como en lo social, porque la derecha –tal como decía– siempre perjudicó a los más pobres y a la clase media también”.

Si repasamos todas las trayectorias sintetizadas en este acápite veremos que “económicos” resulta la categoría que mayor diversidad registra en términos etarios, políticos y migratorios. En parte, ello se debe a la extensa periodización que la delimita, iniciada en 1985 y prolongada hasta el inicio del primer gobierno frenteamplista (2005). No es difícil advertir entonces que, al igual que la anterior, “económicos” es una categoría política o, para ser más precisa, *de* la política. Aun cuando las experiencias y trayectorias difieran, considerarse o considerar “exiliado” a quien migró entre fines de 1960 y comienzos de los años 2000 puede interpretarse de diversas formas, aquellos que excluye –migrantes recientes, integrantes de la “segunda generación”– pone en valor las credenciales que, en este sentido, solo portarían “políticos” y “económicos”.

Compañeritos

En términos cuantitativos, “compañeritos” alude a una pequeña porción de la militancia frenteamplista local, ampliamente dominada por “los políticos”, tal como vimos hasta aquí. Sin embargo, la presencia de este grupo ha sido clave en los últimos años: ya sea como espejo en el que advertir el paso del

tiempo, ya sea como una interlocución que confronta a “políticos” y “económicos” con nuevos recursos y formas de pensar y experimentar la vida política transnacional. “Los compañeritos”, independientemente del año en que arribaron al país o de su nacionalidad, son considerados “jóvenes” por el resto de la militancia local: su definición, como todas las presentadas hasta aquí, es relacional, es decir, construida a partir de las edades y de las experiencias políticas y migratorias de quienes integran los dos grupos anteriores. Entre “los compañeritos” se encuentran varones y mujeres que, en promedio, cuentan con 35 años. Algunas, como Sabrina y Ana, llegaron a la Argentina siendo niñas, junto a sus progenitores, también frenteamplistas. Para ambas la militancia frenteamplista fue siempre transnacional. En cambio, otros como Martín y Nico, migraron más recientemente y, para cuando se instalaron en el país, ya llevaban algunos años integrados a la coalición. Por extensión, “compañeritos” abarca también a quienes militan junto a las y los hijos de “políticos” y “económicos” en agrupaciones argentinas. Esta militancia “joven” apuntala y contribuye al sostén del frenteamplismo local. Tuve la oportunidad de conocer a varios de ellos en el transcurso de diversas actividades a las que se sumaban para colaborar con la gráfica, el sonido o la difusión digital por medio de las redes sociales.

“Compañeritos” incluye entonces a integrantes de la denominada “segunda generación”, es decir, a los hijos e hijas nacidas en el país que, por lo general y en coyunturas puntuales, colaboran en tareas específicas, pero cuyas militancias se inscriben en partidos u organizaciones políticas argentinas, tal como señalaba Aurora, cuya trayectoria citamos en el acápite anterior. Sin embargo, como toda generalización, ésta tiene sus puntos de fuga: la excepción está dada por Tomás quien, a comienzos de 2012, integraba la mesa política del MPP en Buenos Aires, conducía uno de los programas radiales del frenteamplismo lo-

cal y, dentro de su sector, era uno de los compañeros más escuchados y respetados. Tomás, un treintañero nacido en Argentina, hijo de una uruguaya, nunca vivió en el Uruguay y, al menos hasta 2014, tampoco votaba en sus elecciones. Sin embargo, militaba “de cara” a este último país e intervenía decididamente en los debates y líneas políticas seguidas tanto por su sector como por la coalición.

Como el resto de los agrupamientos, los “compañeritos” forman parte de las clases medias argentinas, aunque sus trayectorias parecen más cosmopolitas que las inscritas en las categorías anteriores; además, están menos atravesadas por las diferencias y las tensiones que las sobrevuelan. Al mismo tiempo, su socialización en el colectivo uruguayo local suele ser limitada en comparación con la de quienes llevan varias décadas de residencia y militancia en el país, cuestión que compensan –o buscan compensar– con el manejo fluido de distintos recursos: tienen una fuerte presencia en las redes sociales a las que suman, en palabras de Sabrina, “otras formas de comunicar” porque, como ella misma se anticipaba a aclarar, “no es pura virtualidad lo nuestro”.

Por diversas razones, la participación en la vida política argentina de las y los “compañeritos” resulta menos dilemática que entre quienes componen las categorías clasificatorias anteriores. Posiblemente ello se deba a que sus iniciaciones políticas coincidieron con un periodo en el que el frenteamplismo local se apartó de lo que implicaba la “no intervención” y la exclusividad militante orientada hacia el Uruguay, es decir con un momento en que la militancia podía atestiguar redes robustas y diversas, integradas por organizaciones sociales, sindicales y políticas argentinas, cuestión que abordaremos en el próximo capítulo. La trayectoria de Ana corrobora esto último, aunque sus pasajes y articulaciones políticas responden más a la excepción que a la regla. Vale detenerse en ella para advertir

las rupturas, desafíos e innovaciones que trajeron consigo “los compañeritos”.

En 1985, cuando Ana estaba cursando la escuela primaria, su familia dejó Montevideo para instalarse en el barrio de La Boca. Si bien se crió entre reuniones de comités, pues su padre y su madre –ambos militantes del PCU– se sumaron al FAUA en 1989, su militancia personal comenzó en los años 1990, en el centro de estudiantes de la escuela secundaria a la que asistía. En tanto, su incorporación al frenteamplismo local siguió la inscripción familiar: para la campaña electoral de 1999 Ana se sumó al PCU y al comité de base del barrio al que se había mudado, en el sur del conurbano bonaerense. Permaneció en este partido y en este comité hasta inicios de la década de 2010, cuando decidió “hacer otra película”. Según me explicaba, dejar el PCU tuvo que ver con diferencias políticas, particularmente respecto del escenario argentino –“yo nunca sería peronista”, decía–, pero también con cierta autorización “generacional”: “no te dejaban hacer cosas. ‘No era tu tiempo’, ¿viste? Primero tenés que ser un cuadro, te tenés que formar... Y yo quería hacer”. Fue entonces que se contactó con un diputado de Nuevo Espacio (NEs) y comenzó a trabajar con él, al tiempo en que inició su militancia política en Argentina: se incorporó al FAP, que en ese momento lideraba la oposición al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Ana informó a su sector del FA sobre su “doble militancia”: “les dije ‘yo vivo acá, mis hijos son argentinos, yo voy a militar para el Frente Amplio de acá [en referencia al FAP]. Si a ustedes les molesta, yo me retiro [del FA]”. Con el visto bueno, organizó un nuevo comité que comenzó a reunirse en un local de la Coalición Cívica: “a veces nosotros [la militancia frenteamplista] reunimos más gente que los mismos dueños de casa. Hicimos fiestas, parrilladas en la calle y la gente diría ‘¡qué lo tiró la Carrió, cuánta gente tiene!’ [risas], pero éramos nosotros, los del comité uruguayo”.

Ana se integró rápidamente al FAP argentino, pero su doble filiación produjo algunas fricciones: “me cerró otras puertas. Hay algunos que me dejaron de hablar, o que me borraron de *Facebook*; los frenteamplistas que están con ‘los K’ [kirchneristas]”. Para la campaña electoral uruguaya de 2014 Ana había reunido más de 4.000 contactos en *Facebook*, volviendo a esta red parte crucial de su trabajo político:

yo uso el teléfono, redes, busco uruguayos. El otro día me mandó [una] invitación [vía *Facebook*] una uruguaya que es de Quilmes. Y entonces empiezan a ver tu página, las actividades del comité, y te escriben: ‘che, ¿me puedo sumar?’ ‘Sí, dale, venite’. El otro día vino una al comité que vino desde la loma del quinoto y ya está prendida para la militancia. *Facebook* mueve mucho, yo no me muevo de la computadora (...) Las redes sociales sirven para comunicar, pero no para decidir. Para decidir tenemos que estar presentes, por eso insisto mucho con la presencia.

La destreza con que Ana informa y se informa a partir de las redes es parte de lo que considera su “forma de militar” que, además del espacio virtual, incluye otras prácticas que caracterizan a “los compañeritos”, como el contacto fluido con la dirigencia frenteamplista montevideana. En su caso, como referente por Argentina de NEs, comenzó a viajar a Montevideo una vez por mes, aunque esta frecuencia se incrementaba en tiempos electorales, “cuando hay que hacer credenciales y armar padrones”. Mientras Ana está en Montevideo, al igual que “cualquier militante”, se incorpora a todas las actividades organizadas por su espacio político: “vamos al interior, hacemos barriadas, tenemos reuniones y asambleas. Allá sos ‘una más’, como si vivieras en Uruguay”. En tanto, cuando está en Argentina, se ocupa de promover una vinculación que ha sido

crucial en el despliegue de su militancia transnacional, que tiene a las políticas públicas argentinas, tanto nacionales como locales, como base de expansión territorial. Concretamente, Ana participó activamente del Programa “Patria Grande”, el plan de regularización documentaria para extranjeros nacionales del Mercosur y países asociados implementado por la Dirección Nacional de Migraciones.¹² Para ella, y esto es independiente de sus críticas hacia el programa –“no pedía nada, ahora cualquiera viene, entra y en cuatro meses tiene la radicación”–, se tradujo en una “oportunidad única”, pues implicó recorrer el municipio en el que reside, conocer y vincularse con su intendente y con muchos compatriotas que debían tramitar su documentación uruguaya para acceder a este programa argentino. Con ojos selectivos y oídos atentos, según le parecía que les interesaba o no la política, a partir “del Patria” fue sumando personas a la asociación de residentes y/o engrosando el padrón del comité de base.

Sin embargo, en tiempos de “grieta”, la afiliación política de Ana al FAP, como ella misma evaluaba, desestabilizó su entramado político cuyos límites estaban demarcados por los antagonismos locales. Dicho de otro modo: Ana podía ser identificada como frenteamplista y kirchnerista, o como frenteamplista y frenteamplioprogresista, lo que no podía hacer era encarnar ambas combinaciones al mismo tiempo. El complejo equilibrio se vio aún más expuesto cuando decidió su-

¹² Creado por decreto (578/2005) del expresidente Néstor Kirchner, este programa hizo posible obtener, con requisitos simplificados, una radicación temporaria por el plazo de dos años. Luego de transcurrido ese plazo, las personas podían optar por solicitar una radicación permanente en la Argentina acreditando “medios de vida lícitos”. Mediante el Programa Patria Grande (entre el 17 de abril de 2006 y el 30 de abril de 2009), accedieron a la residencia legal 423.712 inmigrantes. Al respecto véase Novick (2010).

marse a la comisión vecinal que demandaba “seguridad” para su barrio. Hacia 2012, las demandas en torno a cuestiones de seguridad eran uno de los principales puntos en la agenda de la oposición al gobierno municipal, alineado con el FpV. Luego de una marcha ciudadana en torno a la demanda de mayor presencia policial en la que Ana participó activamente, su relación con la intendencia se deterioró, al igual que la relación con Javier, su padre:

para mi viejo soy una “oligarca”, pero yo soy la que sale y se junta con los vecinos (...) Antes salíamos a tomar mate a la puerta, ahora no podés. Pagás los impuestos, pago la cuota de la casa, del auto y después, si te quejás y vas en contra del gobierno, sos lo peor porque el intendente nos ayudó con lo de la radicación [en referencia al Programa Patria Grande]... Yo me peleo, con mi viejo no puedo hablar. Él no se banca que yo también milite acá [en Argentina] y que me haya ido del PCU.

Como puede desprenderse de la gran mayoría de las trayectorias sintetizadas hasta aquí, el escenario político argentino siempre estuvo presente en los horizontes interpretativos de la militancia frenteamplista local. Sin embargo, en los últimos años, la mediación de “los compañeritos” actuó decididamente sobre estas interpretaciones. Buena parte de los modos de revisar –o de reafirmar– las propias lecturas –particularmente entre “los políticos”– se tensaron con el deterioro de las relaciones bilaterales. Las mesas familiares supieron atravesar momentos de gran enojo, angustia y tristeza. En ellas, “la grieta” anticipada por “las papeleras” también se fue transformando en un modo de subjetivar las diferencias entre las distintas “generaciones”, trayectorias políticas y migratorias que por entonces configuraban la militancia frenteamplista local.

Como veremos en los próximos capítulos, no todos los compañeros compartían el pragmatismo con que Ana se aproximaba a las políticas públicas argentinas. Para algunos, entre ellos Martín, la defensa y la participación en estas políticas no era meramente pragmática, sino ideológica. Martín era uno de los que veía con gran alarma el modo en que el fervor frenteamplista, mediado por la polarización argentina, se traducía en un sentimiento más antikirchnerista que antiperonista. Esto lo preocupaba, no solo por lo que alimentaba de “la grieta”, también por lo que se desviaba de “los principios básicos y elementales del FA”.

Martín se instaló en Argentina en 2011. Su decisión migratoria no tuvo nada que ver con la represión política ni con los apremios económicos: durante unas vacaciones se enamoró de una argentina que conoció en las playas de Rocha. Luego de un tiempo de ir y venir entre una y otra orilla, se mudó definitivamente a una ciudad del oeste del conurbano bonaerense. Nacido y criado en el interior, a los 18 años se trasladó a Montevideo para iniciar sus estudios superiores, fue entonces que comenzó a militar en el PSU junto a Gonzalo Civilia, su amigo y par generacional. Apasionado por la política, se incorporó a la militancia frenteamplista local muy rápidamente. Aunque ya mantenía contactos con distintos militantes de agrupaciones argentinas sumadas al FpV, una vez en Buenos Aires, cultivó y amplió esas vinculaciones.

Para Martín, el objetivo del “frenteamplismo en Argentina” debería ser “tejer la unidad latinoamericana”. Para ello, su propuesta de trabajo político encuentra un contundente enlace en las memorias del pasado dictatorial en ambos países: entre las actividades que impulsó destaca la organización de una serie de conmemoraciones y homenajes que en los últimos años reunieron a referentes políticos y del campo de los derechos humanos de ambos países. Desde su perspectiva, la “unidad latinoameri-

cana” que arraiga en la “Patria Grande” implicaría también un trabajo mucho más sutil y minucioso, consistente en “combatir los prejuicios: el frenteamplista en Argentina tiene que tener sensibilidad peronista, y el peronista tiene que tener sensibilidad frenteamplista”. Esta correlación que Martín labraba sobre la base de diálogos políticos, reconocimientos y descontentos confrontaba y jerarquizaba logros y deudas de los gobiernos progresistas en ambos países, pero fundamentalmente ponderaba el ascenso que hacia 2014 registraba el macrismo en la Argentina. En este punto, era categórico: “vos no los podés llevar a votar al FA [a los uruguayos residentes en Argentina] convencidos de que Macri es menos corrupto, mejor que Cristina. Eso sirve electoralmente, pero no políticamente”. Su lectura polemizaba directamente con la definición de la Argentina como una “cantera electoral”, de ahí su empeño en “hacer política” más que en “juntar votos”. Esta visión era compartida con otros compañeros que, al igual que él, creían que solo así podría asegurarse la sobrevivencia del Frente Amplio organizado en el país. Martín se esmeró en esta dirección: se propuso “reflotar” la presencia del PSU y renovar sus diálogos en Argentina. Cuidando la estabilidad de la relación institucional que el PSU sostenía con el FAP, construyó nuevos lazos con el sindicalismo docente nucleado en la CTERA y con la agrupación argentina Nuevo Encuentro liderada por Martín Sabbattella, integrada al FpV. A partir de su labor, el PSU local sumó afiliados entre la “segunda generación”.

A diferencia de Mónica, a quien citamos en el apartado anterior, Martín no encontró muchas diferencias entre el FA “allá” y “acá” al llegar a Buenos Aires: el promedio de edad de su militancia activa, la desmovilización y la baja participación de la juventud resultaban rasgos comunes que, posiblemente, eran más contrastantes en los años noventa, cuando Mónica llegó al país. Lo que encontró como distinción, que retoma

las impresiones de Mónica, fue “una mirada más ‘congelada’ sobre algunos debates” con los que la vieja guardia dialogaba con mayores dificultades, por ejemplo, las lecturas respecto del “realismo capitalista”. Algo semejante advertía Sabrina, quien durante la campaña electoral de 2014 compartió con Martín la tarea de vincular a la militancia local con la dirigencia joven del frenteamplismo, tal como veremos en el último capítulo.

Sabrina llegó a Buenos Aires siendo niña, a comienzos de los años 1980. En 2014 impulsaba la precandidatura de Constanza Moreira a la presidencia. Si bien sus padres llevaban décadas de militancia frenteamplista en el país, ella se había incorporado a la política recientemente; junto a otros compañeros y compañeras impulsaba la agrupación “Uruguayos en Buenos Aires con Constanza”. Pasadas las internas, un poco desilusionada, se concentró junto a Rosa en la demanda por el derecho al voto en el exterior, cuestión que marcó particularmente la experiencia de “ser gobierno”, tal como veremos más adelante. Para ello propuso formas novedosas de intervención y acción en el espacio público que sumaban, aunque sin mucho eco entre los compañeros mayores, el involucramiento de los cuerpos y la dimensión emocional de la política. Su experiencia como militante transnacional fue acotada y circunscripta a la coyuntura electoral, al igual que la de Nico, integrado a Asamblea Uruguay durante aquel proceso electoral.

Con sus treinta y pocos, Nico era el militante más joven y cercano al comité de base al que me incorporé en 2012. Para entonces llevaba tres años viviendo en Buenos Aires, ciudad a la que se mudó para poder estudiar una carrera terciaria en una institución privada cuyo costo en el Uruguay era más alto que en la Argentina. Su tiempo se dividía entre el estudio, el trabajo en un comercio y, erráticamente, la militancia. Aunque provenía de una familia frenteamplista –sus padres eran militantes del MPP–, esta era su primera experiencia política. Tal vez por

eso, raramente intervenía en las reuniones u opinaba sobre algún tema de agenda. Sin embargo, su presencia se hacía notar de otras formas y renovaba el clima del comité: cuando llegaba, Nico conectaba su computadora a unos parlantes y distintas bandas de rock uruguayas comenzaban a sonar a todo volumen. Así, decía, se podía llamar la atención de la gente que pasaba a las corridas sin advertir la presencia de un comité de base frenteamplista en pleno centro porteño. Muy serio y apacible, era “el preferido” de varias de las compañeras cuyas trayectorias las inscriben en las categorías “políticos” y “económicos”. Su “juventud”, combinada con su corto tiempo de residencia en Argentina, era asociada a una suerte de “pureza política”, lo cual permitía establecer con él una complicidad que buscaba suturar la asimetría de género que caracteriza a la militancia local. Aun así, y al igual que la mayoría de “los compañeritos”, Nico no dejaba de ser blanco de dudas o críticas: ya sea por la intermitencia de su compromiso, ya sea por su “falta de experiencia”.

Al comienzo de la campaña de 2014 creí advertir que las voces de “los compañeritos” resultaban tenues, especialmente cuando se trataba de discutir “cuestiones importantes” como los lineamientos políticos, la estrategia electoral o la instalación de nuevos temas en la agenda local. Esto último, para Ana suponía prestar particular atención a las redes sociales; para Pablo se traducía en una reorientación de las actividades que tradicionalmente desarrollaban los comités; y, para Sabrina, incorporar nuevos códigos comunicacionales. Sin embargo, con alguna distancia, creo que sería desacertado postular criterios radicales de exclusión o, en palabras de Blanca, una “postergación generacional”: en rigor, cada uno de ellos tenía un peso específico en sus respectivos sectores en el Uruguay que mediaba sus participaciones locales. Aunque éstas fueran acotadas, se situaban en márgenes que supieron ensanchar. Digamos que “los compañeritos” fueron quienes se sumaron a la batalla contra “la

baja de la edad de imputabilidad penal”, así como a la campaña por el derecho al voto extraterritorial. También fueron quienes mediaron el encuentro con los jóvenes dirigentes del Frente, tal como veremos en el último capítulo. Ante el resto, sus distintos grados y formas de implicación política transnacional constituyen un signo de interrogación, pero no por ello dejan de señalar un horizonte.

Cuidadoras y madrinas

Además de compromiso, voluntad y fascinación por la práctica y la deliberación política, la militancia transnacional demanda una serie de recursos que no siempre están al alcance del conjunto de las y los migrantes: cierta estabilidad económica, aval afectivo y acompañamiento familiar, contactos con referentes, compañeros y amigos a partir de los cuales pulsar la vida política uruguaya; también la inserción en redes locales, construidas y nutridas en algunos casos por décadas. La gran mayoría de quienes destinaron y/o destinan buena parte de su tiempo y energía a la militancia frenteamplista transnacional acreditaban empleos estables o, en lo reciente, estrenaban jubilaciones. En su gran mayoría contaban con una estructura familiar que podía contener varias horas semanales de reuniones o viajes frecuentes a Montevideo y mantenían vínculos sostenidos con diversas organizaciones y referentes políticos, sindicales y sociales argentinos. Quienes suelen reunir estas condiciones son mayoritariamente varones: las fotografías –ya sean contemporáneas o de archivo–, el *staff* de las distintas publicaciones partidarias locales, las listas de autoridades de comité o las nóminas de integrantes de las sucesivas mesas políticas evidencian en este sentido una contundente asimetría sexual.

Desde su organización, el FAUA fue un ámbito particularmente masculino. Sin duda la configuración del sistema clasificatorio que ordena y referencia la interacciones entre compañeros y compañeras que describimos hasta aquí está atravesada por los modos diferenciales de acceso a la política partidaria, así como por la política del orden doméstico que, en este caso, parece indisociable de lo que implica el desplazamiento migratorio, ya sea opcional o forzado. Dicho de otro modo: la experiencia migratoria operó fuertemente sobre la distribución de roles y espacios. Si bien para algunas compañeras abrió la oportunidad para rediseñar el proyecto familiar y resituar la propia militancia política, también demandó una inversión que, una vez en Argentina, no siempre contó con la contención de la red de la que disponían en el Uruguay. Aquí, al menos en un primer momento, no estaban las abuelas, las tías o las amigas dispuestas a cuidar a sus hijos e hijas el tiempo que duraba una reunión de comité o el que demandaba organizar un acto de campaña. Como decía y naturalizaba Alcida: “alguien tenía que preparar a los gurises para ir a la escuela al otro día, hacer las compras y cocinar”.

Salvo Ana y Sabrina, inscriptas como vimos en la categoría “compañeritos”, el resto de las compañeras citadas en este capítulo migró con sus familias o se dedicaron a formarlas a poco de llegar al país. En este punto, como señala de Giorgi (2018) para el exilio político, la “administración de lo cotidiano”, en buena medida, recayó sobre ellas. Aquel “tiempo para la familia” que describía Alcida primó por sobre las reelaboraciones respecto de los estereotipos y las relaciones de género, tal como sucedió con otras militantes, en otros países de destino: quienes eran pareja de los compañeros que se transformaron en dirigentes del frenteamplismo local acompañaron sus militancias y vivieron esta opción como una elección que el paso de los años permitió reconfigurar, al menos parcial-

mente. Hoy, “ya con los hijos criados”, siendo en algunos casos abuelas, sienten que pueden ocuparse de la militancia, aunque ello no necesariamente haya modificado la asimetría en la distribución de la palabra o la adjudicación de responsabilidades cristalizadas en cargos de peso. Aunque ninguna de las compañeras con las que compartí mi trabajo de campo pueda ser inscrita en el “feminismo de izquierda”¹³ que identifica y conceptualiza de Giorgi (2018) para el periodo, pues su agenda no era la que marcaba el rumbo de sus demandas, intervenciones o reflexiones, esto no implica que con el correr de los años no hayan entrado en sintonía con él. Sin embargo, esto sucedió ante eventos específicos, como por ejemplo el veto por parte de Tabaré Vázquez a la despenalización del aborto en 2008. Aun así, tomaban distancia de las acciones que consideraban “ultras” o “radicales”, como mostrarse con el torso desnudo durante las manifestaciones, una acción que consideraban a coro “completamente innecesaria”.

Las compañeras, que de acuerdo con Aurora “siempre fuimos bastante menos”, no narraron la distribución de los roles sexo-genéricos como parte de una reflexión general sobre un modo patriarcal de ejercicio de la política o como evidencia de una clara desigualdad persistente, más bien todo lo contrario. En nuestras conversaciones frecuentemente tendían a señalar evidencias que podían rebatir mis observaciones sobre tales asimetrías. Por ejemplo, cuando comentaba con ellas la ausencia de mujeres en el comité editorial de *Volveremos*, el

¹³ Dicho muy rápidamente y a los fines de explicitar el contraste, De Giorgi (2018) refiere con esta definición a un conjunto de mujeres que en los años 1980 procesó una reflexión sobre la condición de la mujer, contestó los mandatos de género vigentes, construyó un corpus de ideas y desplegó un repertorio de prácticas que, articuladas como “doble militancia”, se desplegaron en estructuras partidarias y organizaciones sociales feministas en clave marxista.

periódico del FAUA hasta los años noventa, la respuesta que encontraba, era: “sí, pero las mujeres siempre fuimos tesoreras, la plata en los comités siempre la manejamos nosotras”. También planteaban la distribución desigual del cuidado como producto de una libre elección, tal como explicaba Silvia, pareja y compañera de Marcos:

cuando llegamos [a Buenos Aires] yo quería tener otro hijo, no quería militar mucho. Yo estaba cansada, veníamos de mucha opresión, de mucho peligro, de mucho miedo y terrible tristeza. Y llegamos acá [en 1973] y era una fiesta de libertad que hacía años no pasábamos. [Yo] estaba presente cuando había alguna actividad, un acto, pero no quería la diaria, ¿viste? Las reuniones todos los días, a la noche, interminables y los fines de semana, no. Yo quería armar mi casa, atender a [su hijo mayor], que se integre bien en la escuela, se haga amigos, tenga una vida normal acá, y [quería] buscar a su hermanito (risas). Yo estaba en esa y no me molestaba para nada que [Marcos] milite, ¡para mí era mejor! (risas).

Luego de varias conversaciones, pero fundamentalmente a partir de mi incorporación al comité de base, me pareció advertir que las compañeras, que en su mayoría estaban jubiladas o prontas a estarlo, extendían a este espacio el cuidado doméstico: vivían y se relacionaban con el comité del mismo modo en que se relacionaban con sus hogares. Al llegar, comenzaban a barrer, ordenar o redecorar el local; eran las que organizaban las compras y tareas cotidianas, también las que se quejaban cuando los compañeros no cumplían los horarios y las actividades asignadas por haber ido a una reunión sin previo aviso. Ninguna de ellas era delegada en las reuniones semanales de la Coordinadora, por entonces la máxima instancia resolutoria local, tampoco ante el comando electoral en ocasión de la

campana de 2014: ambos compromisos y representaciones eran asumidos por varones. Sin embargo, esta división de tareas no reproducía en el espacio de la política lo que parecía un patrón del ámbito doméstico: las compañeras contribuían con sus decisiones a este reparto asimétrico. Se trataba de una asimetría que algunas mencionaban, pero raramente buscaban quebrantar pues, como solían decir, no estaban dispuestas a pasar largas horas en reuniones que consideran una “pérdida de tiempo”, dominadas por conflictos y enemistades que creían irresolubles. En su lugar, las compañeras preferían “hacer”, “estar en contacto con la gente”, asumiendo el comité como espacio fundamental –casi exclusivo– de su compromiso militante.

Al menos entre mis compañeras de comité, las preocupaciones no radicaban en las asimetrías o desigualdades de género, sino en la edad: al igual que entre los varones sus preguntas estaban centradas en el “relevo generacional”, aunque de un modo diferente al de los primeros. Entre ellas, la preocupación por el “envejecimiento del FA” en el país se extendió a sus opciones electorales que desafiaron las decisiones adoptadas por los sectores políticos a los que pertenecían. No es un dato menor que Blanca, Alcida y Mónica, aun cuando eran militantes del MPP, hayan tomado con mucha alegría y apoyado con su voto a Constanza Moreira en las elecciones internas del año 2014. Sus justificaciones, vale aclararlo, no radicaron en la condición de género de la precandidata, sino en la necesidad de privilegiar, de acuerdo con Alcida, “una voz joven para el Frente” o concretar su negativa rotunda a “seguir votando [a] viejos”, en palabras de Blanca.

Otro de los modos en que se hacía presente la preocupación compartida por la “renovación de la militancia” se evidenciaba en sus actitudes hacia “los compañeritos”. Eran ellas quienes se mostraban comprensivas o eran más permeables a la promoción de “los jóvenes” que buscaban hacerse un lugar

en el frenteamplismo local. Por lo general, acompañaban sus propuestas con una actitud de madrinazgo muy semejante a la que recibí a mi llegada al comité: “ustedes están empezando, hay que ayudarlos” solía decir Blanca cuando se solicitaba su cooperación para impulsar alguna idea o actividad que se apartaba de lo habitual. En más de una ocasión, también recurrían a “los compañeritos” para informarse sobre las decisiones tomadas en la Coordinadora o para compartir sus opiniones. Con estos diálogos relativizaban sus ausencias en los ámbitos deliberativos y resolutivos. El retiro o la sustracción –que desde ya no abarcaba a todas por igual– respecto de estas instancias indicaba el modo y la mediación elegida para hacerse presentes. En cualquier caso, esta “alianza estratégica” entablada con “los jóvenes” no erosionaba la subalternización de unas ni de otros.

Hasta aquí describí algunas de las trayectorias políticas y migratorias reunidas bajo las tres categorías nativas que componen el sistema clasificatorio que ordena, evalúa, autoriza y distingue a la militancia frenteamplista local. En el próximo capítulo nos detendremos en su puesta “en acción”. Concretamente, reconstruiremos las redes locales que orientaron y sostuvieron, al menos en parte, el devenir transnacional del FAUA.

REDES

La experiencia política del FAUA combina el camino que siguió el FA, inscrito en las reconfiguraciones del escenario político, social y económico uruguayo y las distintas coyunturas argentinas, aquellas que fueron delineando las redes que supo construir su militancia. En este último sentido, las preocupaciones y expectativas que movilizaron a las y los compañeros, así como los debates que marcaron el sendero del FAUA, son indisociables de las relaciones tendidas con distintas organizaciones y partidos argentinos. De estas redes dependió la disponibilidad material que permitió a la militancia desarrollar sus actividades y establecer, al menos en parte, los términos de su fluctuante inserción y peso dentro de la coalición.

La periodización que sigue este capítulo toma por coordinadas las referencias históricas, así como los tiempos biográficos y las trayectorias políticas que describimos en el capítulo anterior. A partir de las fuentes disponibles, los relatos y el trabajo de campo, la experiencia en red del FAUA reconocería tres ciclos que, claro está, no pueden entenderse cerrados sobre sí mismos. El primero recorre casi toda la década de 1980, responde a los años fundacionales y de consolidación del FAUA. Se inicia hacia 1982, con el reencuentro de la militancia, y finaliza en 1989, cuando en Uruguay se llevaba a cabo el referéndum por la derogación parcial de la “Ley de Caducidad” y, en Argentina, Raúl Alfonsín entregaba anticipadamente la presidencia de la república a Carlos Menem, tras las complejas

relaciones con las Fuerzas Armadas y en medio de una crisis hiperinflacionaria. En este periodo, el FAUA debatió las razones de su existencia, su visión de los diálogos que derivaron en las elecciones de 1984, las alternativas y posibilidades del “retorno” al país, su posición respecto de la participación en la vida política argentina y su rol en las luchas por “verdad y justicia”. Por entonces, el FAUA desplegó todo su poder de organización y convocatoria, evidente en su expansión territorial –a través de la multiplicación de los comités de base– y en el reconocimiento institucional por parte de “Montevideo”.

El segundo ciclo registra las paradojas de un periodo en que el FAUA no estuvo exento de los impactos e impulsos del neoliberalismo. Entre 1990 y 2002, el debilitamiento del FAUA en términos organizativos e institucionales se vio reflejado en la disolución de varios comités y en las transformaciones de su inscripción dentro del organigrama de la coalición. Sin embargo, experiencias como el Foro de San Pablo y las sucesivas coordinaciones para enfrentar “el ajuste” en la región contribuyeron a densificar sus redes locales. La convivencia entre “políticos” y “económicos” marcó estos debates, del mismo modo en que lo hizo el acuerdo con el EP y la nueva convocatoria política y electoral: “militar donde te toque estar”. Esto último, que implicaba la revisión de algunos de los posicionamientos asumidos en el ciclo fundacional, redefinió el sentido de bifocalidad de la militancia local cuyos frutos se hicieron evidentes tras las crisis de 2001 y 2002 en ambos países.

El tercero y último ciclo que aborda este libro se inicia con la revitalización del frenteamplismo local. Este coincide con el arribo de Néstor Kirchner a la presidencia argentina (2003) y el comienzo de la carrera electoral de cara a las elecciones uruguayas de 2004. Las expectativas y los dilemas dominaron estos años en los que la militancia transnacional vivió su mayor momento de popularidad en ambas orillas, al mismo tiempo

en que arbitró modos específicos y reterritorializados de “ser gobierno”. Entre otras cuestiones, ello implicó habitar nuevos espacios y lenguajes, pero fundamentalmente afrontar –y confrontar con– “las papeleras” y el creciente deterioro de las relaciones bilaterales que anticipó los primeros efectos de “la grieta” argentina.

Una promesa, una esperanza

Como mencionábamos en la introducción, hacia 1982 la militancia del PDC, el PCU, el PSU, el MLN, el PVP y el M26 sostuvieron las primeras reuniones que derivarían en la creación del FAUA. Su composición, que incluía a sectores que aún no eran formalmente parte de la coalición en el Uruguay, anticipaba algo de su singularidad. Darío, militante del PVP, lo relataba con cierta ironía: “no sé, nosotros estábamos ahí y nadie dijo que nos fuéramos. La tradición en Argentina del PVP era poderosamente legítima (...), nunca tuvimos que plantear ni transitar por el pedido formal de ingreso al FA”. En tanto Pepe, militante del M26, explicaba que, aunque su sector “todavía no era parte del Frente, había una gran cantidad de compañeros acá que tenía un gran compromiso con la izquierda y por eso fue aceptado, lo mismo que el MLN”. De acuerdo con Juan, el “exilio de la vuelta de la esquina” permitía “estos lujos”. En cualquier caso, los tres integraron la Mesa Política del FAUA y se sumaron a sus distintas comisiones de trabajo. En aquellas primeras instancias, evocaba Leo, los encuentros y reencuentros “se vivían como una fiesta de cumpleaños” que hizo a su efervescencia y autonomía fundacional.

Los lugares de reunión –unidades básicas peronistas, comités de la UCR, locales sindicales y del PCA, el PSA y el PI– expresaron la infraestructura provista por el proceso de recomposición

de la trama partidaria y sindical argentina, así como los diálogos forjados por la militancia frenteamplista en el país mencionado en el capítulo anterior. Estos lugares, gestionados a partir de vínculos personales, familiares y/o vecinales no constituyen un dato menor: además de compartir los gastos de mantenimiento, de brindar apoyo y asistencia a las actividades organizadas, muchos de “los compatriotas” que fueron acercándose al FAUA lo hicieron invitados por militantes argentinos que oficiaron de nexo. En algunos casos los vínculos personales derivaron en relaciones institucionales; en otros, en cambio, las relaciones institucionales fueron motivo de conflictos y alejamientos. Luego volveremos sobre esto, ahora lo importante es señalar que la infraestructura material al momento de la organización del FAUA fue, principalmente, obra de los vínculos trabados por su militancia de base en el país. En este sentido, algunos sectores acompañaron la recomposición político-institucional en el Uruguay. En 1982, el PCU abrió su local en el barrio porteño de Almagro. En “la Sierrita”, nombre que remitía a la calle en que se encontraba la sede central del partido en Montevideo, se planificó uno de sus primeros actos en Buenos Aires que, según sus organizadores, reunió a unas 400 personas y contó con la colaboración financiera de un banco argentino estrechamente vinculado al PCA. Poco después, el M26 también inauguró su propia sede en el barrio de Villa Crespo.

La creación de los comités de base –30 activos en 1983– siguió una lógica territorial alentada por las grandes distancias geográficas, aunque también hubo quienes optaron por viajar varias horas para integrarse a aquellos que sentían más afines en términos políticos, o que contaban con mayor presencia de sus sectores de pertenencia. Los nombres que adoptaron reflejaron con mayor o menor precisión su composición y las bases de su convocatoria, ya sea en clave nacional –“Banda Oriental” (CABA), “33 Orientales” (San Martín)– o latinoamericana

–“Salvador Allende” (San Miguel), “Simón Bolívar” (CABA), “Che Guevara” (CABA). Sin embargo, las denominaciones que primaron fueron aquellas que rendían homenaje a compañeros y compañeras: “Chaves Sosa” (Glew), “Líber Arce” (Morón), “Zelmar Michelini” (CABA), “Susana Pintos” (Hurlingham).

Además de desarrollar distintas acciones territoriales que incluyeron actividades para recaudar fondos, venta de bonos contributivos y de suscripciones a la prensa escrita, peñas, “cenas de acercamiento” y compras comunitarias para enfrentar la creciente inflación, los comités conformaron espacios de estudio y debate. Estos se nutrieron de los materiales provistos por la Comisión de Propaganda del FAUA, aquella que se ocupaba de reimprimir en Buenos Aires los boletines y documentos para uso interno elaborados por el Centro de Prensa del FA¹⁴. Lo que se decidía reimprimir y circular entre los comités locales –intervenciones y mensajes de Seregni, bases programáticas, lineamientos políticos básicos– definió la línea asumida por el FAUA, reflejada también en *Volveremos*, su órgano de prensa oficial. La edición de este periódico, que operó como uno de los factores de cohesión más inspiradores para la militancia local, testimonia la articulación política con el PI, una de las más antiguas y sólidas entre las locales. *Volveremos* se imprimía en los mismos talleres gráficos que la prensa del PI, publicitaba la lectura de la prensa de la juventud de este partido –“Luchar”– y compartía el uso de sus instalaciones.

Si bien *Volveremos* tenía por lectores a “los uruguayos obligados a residir en la Argentina” (*Volveremos*, 1983, 1-1: 1), éstos fueron explícitamente convocados a difundir el periódico en el Uruguay¹⁵ como un modo de vencer la censura aun

¹⁴ Algunos de los documento reimpresos se consignan en las páginas 230 y 231.

¹⁵ La consigna “Compañero: haz llegar este periódico a los hermanos en el Uruguay”, podía leerse en varias de sus páginas.

existente en el país, pero también como una forma de proyectar la legitimidad de la organización del frenteamplismo en Argentina. Sus primeros números, dedicados a informar acerca de los pormenores de las negociaciones que llevaron a las elecciones de 1984, destacaban la movilización popular como clave de dicho proceso expresado en las distintas jornadas de protesta en Montevideo, así como por sus réplicas en otras ciudades del mundo, entre ellas Buenos Aires. Las notas que anticipaban el fin de la dictadura y establecían las reglas del juego democrático que estaba dispuesto a seguir el FA, convivían con los análisis y las manifestaciones de solidaridad para con las luchas libradas en otros países del continente como en Nicaragua, Guatemala, El Salvador y Chile. Sin embargo, esta profunda convicción latinoamericanista expresada en la prensa frenteamplista local dejaba fuera cualquier referencia a la Argentina. Desde mediados de los años 1980 era más común encontrar artículos sobre la Argentina en “Compañero”, editado en Montevideo, que en la prensa frenteamplista editada en este país. Aun así, sería un error desprender de esta elipsis una restricción respecto de los alcances del latinoamericanismo y del antiimperialismo que cultivaba el FAUA: la política local ingresaba en estas definiciones a partir de prácticas concretas, no exentas de debates y controversias.

Si el FAUA debía o no involucrarse en la vida política argentina fue objeto de una larga y profunda discusión. En los tempranos ochenta, la posición discursiva era categórica: “en todos los aspectos de nuestro accionar debemos tener especial cuidado de no comprometer al Frente Amplio interfiriendo en la vida política argentina” (FAUA, LGT, 1986: 1). Para el PCU, sector que hegemonizó la línea del FAUA hasta avanzados los años 2000, el denominado principio de “no intervención” resultaba claro: “se militaba de cara al Uruguay”, “no podía tomarse posición en Argentina”. Todos los camaradas con

los que tuve oportunidad de conversar fueron terminantes en este punto y justificaron esta opción de diversas formas: en que más temprano que tarde regresarían al Uruguay, en las fracturas y dificultades que los alineamientos políticos en Argentina podían generar al interior de la “colonia oriental” a la que deseaban llegar, también en lo que definían genéricamente como “cuestiones de seguridad”. Esto último no fue menor: como señalan Claudia Feld y Marina Franco (2015), los primeros años de la transición a la democracia marcaron un tiempo incierto, lleno de continuidades y dilemas en el que las “cuestiones de seguridad” revelaron su asidero. Hasta fines de la década de 1980, el FAUA y algunos de sus integrantes fueron investigados por los servicios de inteligencia argentinos, tal como consta en los archivos de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA).

En coyunturas críticas, las reiteradas declaraciones públicas de “no intervención” permitieron sortear situaciones complejas. Gastón, quien fue secretario político del PCU en Buenos Aires, ejemplificaba la importancia operativa de esta definición a partir de un evento concreto: una reunión solicitada al FAUA por el dirigente peronista Jorge Antonio, asesor de Carlos Menem durante su primera presidencia (1989-1995). La reunión tenía por objetivo dilucidar si el FAUA había participado de los saqueos producidos durante la crisis hiperinflacionaria de 1989. En dicha reunión, recordaba Gastón, “yo, lo único que repetía era: ‘el Frente Amplio no participa en la política argentina’. Cada vez que me miraba [Antonio], decía eso. No tenía ninguna información concreta, pero había que cuidar a la militancia”.

En otras circunstancias, la “no intervención” generó una serie de conflictos internos. Algunos sectores, entre ellos el PVP y el MLN, así como varios compañeros “independientes”, disputaron fuertemente esta posición, especialmente cuando se

trataba de sumarse a las causas judiciales por las violaciones a los derechos humanos durante el terrorismo de Estado que impulsaba el Comité Argentino de Solidaridad con el Pueblo Uruguayo (CASPU), cuyo presidente, Norberto Lorenzo, era un importante dirigente del PI. Las diferencias en torno a las ponderaciones y abordajes de las consecuencias más terribles de las dictaduras en uno y otro país motivaron distintos planteos ante la Mesa Ejecutiva (ME) del FAUA. A modo de ejemplo, en mayo de 1984, el comité de base Andrés Guacurarí, en coincidencia con el comité de base Zelmar Michelini, solicitó a la ME tomar posición respecto de las declaraciones de un compañero que habría afirmado que en el Uruguay no existían “campos de concentración” semejantes a los argentinos (FAUA, Carta a ME, 1984: 1). Cuando comenté el contenido de esta carta con Leo, quien integraba el comité denunciante, un gesto de resignación en su rostro anticipó su confirmación: “nosotros tuvimos que borrar una pintada que hicimos cerca de la estación de Lanús que decía ‘Ley de Punto Final, Obediencia Debida y Caducidad son del mismo palo’”. Por diversas razones, la dirigencia del FAUA no era afectada a la expresión pública de las analogías que, sin embargo, alimentaban sus debates cotidianos en temas menos sensibles.

A partir de las distintas adscripciones políticas personales, el FAUA buscó capitalizar los múltiples contactos sostenidos con el amplio arco político argentino atento a la transición uruguaya. Al apoyo del PI, el Partido Socialista Popular, la Juventud Radical de Renovación y Cambio, el Frente de Agrupaciones Estudiantiles Peronistas y los organismos de derechos humanos, los relatos de quienes integran la “generación fundadora” suman a distintos funcionarios de gobierno y políticos clave de la transición local. Estos allanaron la regularización de la situación migratoria de varios compatriotas o facilitaron el otorgamiento de subsidios para impulsar emprendimientos sociales,

culturales y comunicacionales que fortalecieron las actividades de distintos comités. En el caso de quienes militaban en la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, resulta central la figura de Antonio Cafiero, dirigente del peronismo renovador, diputado y luego gobernador de la provincia de Buenos Aires. También la del radical Antonio Tróccoli, Ministro del Interior durante la presidencia de Raúl Alfonsín, y la de Luis Zamora, de amplia trayectoria en las organizaciones de Derechos Humanos y por entonces principal referente del Movimiento al Socialismo (MAS).

Durante este ciclo, dos temas dominaron los debates y la agenda del FAUA: el retorno al Uruguay y el tratamiento de las denuncias respecto de las violaciones a los derechos humanos por parte de las dictaduras en ambos países. Ambos cifraron las condiciones, expectativas y voluntades políticas del frenteamplismo local, al mismo tiempo en que pulsaron su relación orgánica con el FA. Tal como veremos, a lo largo de la década, la militancia local experimentó varias y diversas transiciones encadenadas. En principio, las asociadas a la recuperación democrática en ambos países, pero también aquella que, descartada la decisión de retornar al Uruguay de buena parte de sus integrantes, comenzaba a mostrar que el FAUA había llegado para quedarse; que no se trataba de un ensayo político propio de la transición, sino de una fuerza política *en* transición. Vale detenernos, aunque sea brevemente, en esto último.

Como sintetiza Aboy Carlés, “los años ochenta supusieron una profunda reforma intelectual y moral de la vida pública argentina, pero esa reforma estuvo atravesada por avances y retrocesos, por rupturas, pero también por reconciliaciones con el pasado” (Aboy Carlés en Velázquez Ramírez, 2019: XII). Con sus oscilaciones, la transición “implicó una compleja re-semantización de la política. Dentro de ese proceso, el concepto de democracia actuó como un factor de condensación de la ex-

perencia transicional, la génesis y consolidación de un nuevo lenguaje” (Velázquez Ramírez, 2019: XX). Los modos en que los dos partidos mayoritarios argentinos –el radicalismo y el peronismo– revisaron sus tradiciones políticas, interpretaron sus respectivas herencias y se proyectaron a partir de ellas se plasmó en una suerte de nueva gramática que, para parafrasear a Velázquez Ramírez (2019), hizo de la democracia un “mandato”. Es factible pensar que, hacia la segunda parte de la década, esta gramática en la modulación alfonsinista y en la modulación del peronismo renovador, haya mediado las tensiones existentes entre las formulaciones programáticas y las bases ideológicas expresadas por “los políticos” (Garcé-Yaffé, 2006: 94). En el último capítulo regresaremos sobre esto.

En la “promesa”, la “esperanza” y el “compromiso” que sintetizaba la consigna “Volveremos” no solo tallaban los deseos de quienes estaban dispuestos o en condiciones de protagonizar el retorno, las intervenciones de los máximos referentes del FA también producían y colocaban en un horizonte factible este objetivo que la militancia local escribía en paredes y volantes, o coreaba en los actos.¹⁶ Como si ello fuera poco, los mensajes de Seregni inscribían este deseo en el terreno de una “necesidad nacional”, otorgándole un conmovedor sentido de trascendencia:

Les digo a los compañeros en la Argentina (...) que no pierdan su espíritu, que siempre han mantenido, que *los esperamos acá, y que los precisamos acá*. La patria, el *Uruguay los precisa*. Que –con la experiencia que han recogido en estos años, de amargura para ellos, de estar

¹⁶ Muchos de mis interlocutores recordaban el cántico que por aquellos años coreaban en los actos o en el ingreso de las caravanas electorales a Montevideo: “Vamos de volver al Uruguay, para que vean que este pueblo no cambia de idea, pelea y pelea por la libertad”.

mirando a través del río, haciéndolo chico para ver la orilla de este lado, con la esperanza siempre del regreso, con la angustia de estar lejos— *les decimos que los esperamos y que los necesitamos* (*Volveremos*, 1984, 1-12: 7).

A lo largo de la década, el regreso al Uruguay formó parte de diversas tramas interpretativas. En diciembre de 1985, aprobada ya la ley de amnistía, el ACNUR dictaminó que el país reunía las condiciones adecuadas para el retorno del exilio. Técnicamente, en caso de portar esta condición, quien no regresaba perdía el estatus de exiliado o refugiado y pasaba a convertirse en migrante (Lastra, 2014). Si bien para el frenteamplismo local el retorno era un objetivo político y un planteo estratégico, también era parte de grandes interrogantes: volver... ¿cuándo? ¿Cómo? ¿A dónde? Las noticias, tanto aquellas publicadas en la prensa frenteamplista local como las aparecidas en los diarios argentinos de circulación nacional, parecían destinadas a poner paños fríos a las ilusiones: “la grave crisis económica, política y social” que, entre otros dirigentes, denunciaba Reinaldo Gargano en el boletín editado en Buenos Aires por el PSU (*Boletín del PSU* 1985, 2: 3) se multiplicaba en otras voces que llamaban a la cautela, a reforzar la militancia y a diseñar estrategias tendientes a preservar la organización del FAUA. El PDC lo explicaba como sigue:

Los demócratas cristianos uruguayos en Argentina [sabemos] que *retornar no es tarea fácil y más aún es imposible hoy en la medida en que lo encaremos masivamente*. Debe ser el retorno el objetivo fundamental, pero (...) muchos compañeros no podrán volver por muchos años y a ellos debemos atenderlos, brindarles motivos, incentivos, que los hagan sentir siempre uruguayos (...) Además, *antes de preparar el retorno ayudemos a que no tenga que venirse un compañero más a la Argentina,*

como lamentablemente se está dando en forma alarmante (*Volveremos* 1985, 3-5: 7).

Buena parte de esta lectura fue retomada en los “Lineamientos generales de trabajo” elaborados por el FAUA para el año 1986. El regreso a la patria se presentaba como un objetivo fundamental, como parte de un “esfuerzo prolongado y creativo” que, sin embargo, debía contemplar el reemplazo de quienes partían. Lejos de avizorar en el retorno el desmantelamiento del FAUA, éste motorizaba su acción: la tarea de “mantener a los uruguayos de cara a su país” implicaba “ganarlos para nuestras ideas”, incluso a quienes deseaban o podían regresar, “para que cuando vuelvan lo hagan como frenteamplistas” (FAUA, LGT 1986: 2). Con este horizonte, el FAUA se incorporó a la “Comisión del Reencuentro”, una instancia multipartidaria que consideró un ámbito privilegiado desde el cual transformarse en “referencia política de la colectividad” uruguaya en Argentina (FAUA, LGT 1986: 7) y, al mismo tiempo, se dio a la tarea de fortalecer a la coalición en el Uruguay, clave para poner freno al éxodo de su población.¹⁷

En estos años, los de “la transición”, los caminos no siguieron un único sentido: para algunos fueron “de vuelta” –a la vida, los proyectos y los ideales políticos en el Uruguay– y, para otros, “de ida” –a la vida, los proyectos y los ideales políticos en Argentina. Tras la recuperación de la democracia, como vimos en el capítulo anterior, el flujo migratorio estuvo lejos de detenerse, por lo que el FAUA debatía el retorno político, al mismo tiempo en que se ocupaba de la recepción de quienes llegaban masivamente al país. La prensa frenteamplista local dio cuenta de ello como parte de la denuncia del plan económico adoptado por el gobierno de Sanguinetti; como una si-

¹⁷ Para un análisis del funcionamiento y los alcances de esta comisión, así como de las políticas de retorno, véase Lastra (2014)

tuación ante la cual el FAUA debía darse, en palabras de Leo, una “política seria de contención”. Hacia fines de la década, la prensa del FAUA informaba que, si en los años 1970 arribaba un promedio de 13 uruguayos por día al país, para 1988 esa suma trepaba a 50” (*Boletín*, 1988, 1-2: 9). También establecía que la Argentina era “la segunda ciudad del Uruguay, ya que ninguna de las ciudades del interior se le acerca[ba] siquiera a la cantidad de habitantes de nacionalidad uruguaya” que residía en el país. (*Boletín*, 1989, 1-4: 5). Independientemente del rigor estadístico, lo destacable de estas notas es que el diagnóstico presentado a los lectores era un llamado a la militancia, pues se advertía que, en ese nicho, potencialmente opositor, el frenteamplismo local podía y debía crecer.

Sin duda se trataba de un crecimiento que no dejaba de ser problemático, ya que implicaba incorporar a quienes no necesariamente portaban las mismas credenciales que podían exponer “los políticos”. Sin embargo, la voluntad de “congregar a todos” fue parte de una tarea pedagógica que incluyó la búsqueda de nuevas categorías que potenciaran la identificación, diluyendo así las complejidades de las periodizaciones y clasificaciones migratorias que abordamos en el capítulo anterior. Una extensa nota publicada en *Boletín* proponía “expatriado” como categoría capaz de propiciar este encuentro, y con él la incorporación al FAUA:

La rica lengua castellana dice “de aquel que abandonó su patria por necesidad” que es un “expatriado” (...) *Los uruguayos que vivimos en Argentina y que salimos del país de 1965 en adelante* no lo hicimos como resultado de mejores oportunidades laborales, sino porque entendimos de buena fe que no teníamos otra salida a la situación (...) A los expatriados que vivimos en Argentina nos trajo la necesidad (...) El programa del FA, profundamente nacional, democrático y pacífico contempla las

medidas necesarias para recrear una economía que esté al servicio del país. Con un gobierno popular tendremos la posibilidad de construir un camino que nos lleve de vuelta al Uruguay (*Boletín*, 1989, 1-4: 5).

Aunque “expatriado” no parece haber adquirido potencia identificatoria, es destacable la exploración de vías por las cuales lograr la “unidad en la diversidad” que, en este caso, no sólo refería a la sectorial o partidaria, sino también a las vinculadas con las trayectorias migratorias que las categorías nativas “políticas” y “económicas” tendía a fragmentar. Esto último no es un dato menor, pues definía las particularidades que la militancia local asignaba a su forma de organizarse y hacer política en el país. En el juego de los espejos, escribía y demandaba un integrante del comité de base Banda Oriental de Vicente López, “un comité de base en la Argentina debería tener un mayor componente de amistad y confraternidad que el deseado para sus pares montevidianos (...) cuidando de no cerrar el círculo, aceptando al recién llegado con su realidad; evitando las ‘castas fundacionales’” (*Boletín*, 1989, 1-4: 7).

Algo de esta prédica parece haber funcionado, pues en plena campaña por el retorno y a lo largo de toda la década, el FAUA no dejó de expandir su base territorial. Este crecimiento no fue solo el resultado del minucioso rastreo de las y los compatriotas que ya eran frenteamplistas y estaban radicados en el país. Por el contrario, toda la “colonia oriental” fue un potencial terreno de ampliación y a ella se destinaron los mayores esfuerzos. A partir de los reiterados llamamientos a “multiplicar el desarrollo político y unitario del Frente”, a “recibir con orgullo el carnet de adherente para forjar y asegurar la herramienta de la liberación definitiva”, el FAUA asumió la tarea de “proponer a cada uruguayo un lugar propio en la construcción de un país distinto” que presentaba como parte

de sus objetivos políticos para mediados de los años ochenta (*Volveremos* 1985, 3-5: 4).

En términos organizativos, la expansión del FAUA redundó en la multiplicación de comités. Esto condujo a la necesidad de establecer tres regionales para el mapa del conurbano bonaerense: Sur, Norte y Oeste.¹⁸ Cada una de ellas contó con un delegado ante la Comisión de Organización cuya función de enlace buscó vencer las dificultades de reunión ocasionadas por las considerables distancias geográficas que separaban a los comités. Fue un periodo, sintetizaba Darío, quien integró la Mesa Ejecutiva (ME), en que “teníamos un montón de problemas, pero ninguno de organización o de plata. Los comités se autofinanciaban y mandábamos nuestro aporte para el Frente también”. Al menos hasta la crisis hiperinflacionaria argentina de 1989, el FAUA envió su cotización a la Comisión de Finanzas de la coalición con regularidad.

En 1987, casi al mismo tiempo en que el FAUA resultaba temprana y formalmente reconocido bajo la órbita de la Comisión Delegada del Interior del FA, inauguró su casa central ubicada sobre la calle Sarmiento, detrás del Teatro Gral. San Martín. La inauguración de la “Casa del FA” fue parte de una apuesta hacia el futuro que incluyó “un baño de realidad” respecto del retorno. El día de su inauguración, que contó con la presencia de Líber Seregni, algunos dirigentes del Partido Nacional (PN) –de visita en Buenos Aires– y de varias organizaciones políticas argentinas, Darío, en nombre de la ME, explicaba esta decisión:

¹⁸ Las tres zonas o regionales fueron: Sur (que nucleaba los comités de Avellaneda, Quilmes, Berazategui, Lanús, Glew), Norte (San Fernando, San Martín, Tigre, Vicente López) y Oeste (Ramos Mejía, Moreno, Hurlingham, Morón e Ituzaingó).

Muchos se preguntarán qué sentido tiene organizar y mantener este FA en Argentina, fuera del Uruguay, para qué tanto esfuerzo. Y la verdad, compañeros, es que nosotros nos hicimos la misma pregunta (...) Y llegamos a la conclusión de que más allá de nuestra inserción en la Argentina, más allá de si íbamos a volver o no al Uruguay en lo inmediato (...) podíamos colaborar en la lucha activa por la defensa y profundización de la democracia recién conquistada (...)

En Argentina hay muchos uruguayos, muchos de nosotros hemos tenido que dejar nuestra intención inicial de volver inmediatamente al Uruguay, nos dimos cuenta que no era tan fácil, que íbamos a estar un tiempo más acá en Argentina. Hay muchos que siguen viniendo, porque la crisis del sistema en Uruguay y la política económica del gobierno no da soluciones y sigue expulsando gente. Hay muchos uruguayos en Argentina, y es nuestro deber, nuestra responsabilidad, lo impone nuestra conciencia política, organizar y encausar toda esa potencialidad (FAUA, DRMP, 1987: 1-2).

Durante aquella jornada, Liber Seregni saludó la “idea de permanencia en el tiempo, de trascendencia y de continuidad de los compañeros del FA radicados en Argentina”, colocando el retorno como parte de un anhelo que requería de aquel firme compromiso militante anunciado por Darío:

Sí, sí, está presente como elemento motivador el regreso al paisito. Claro que sí, es nuestra tierra (...) *Hemos de volver al Uruguay, pero para volver hay que cambiarlo (...)* *Nosotros de adentro, ustedes desde acá, todos juntos en una misma obra (...)*, forjar nuestra patria libre, digna, soberana, y edificar sobre ella una sociedad más justa, más humana, más solidaria y más participativa. ¡Lo

vamos a hacer compañeros! ¡Que nadie dude! ¡Viva el Frente Amplio! ¡Viva el Frente Amplio de Uruguay en Argentina! (FAUA, DLS, 1987: 8).

Para la “vieja guardia” del FAUA el retorno al Uruguay fue configurándose entonces como un condicional, un motor que encauzó profundas convicciones y, al mismo tiempo, supuso algunas posiciones difíciles de sobrellevar. Ejemplo de esto último resulta la cobertura fotográfica que *La Hora* realizó del arribo de votantes procedentes de la Argentina en ocasión del referéndum de 1989. Entre las fotografías publicadas, una retrata a una familia joven al pie de un ómnibus, cuya alegría y cansancio por el viaje parecen mezclarse en sus rostros por igual. La fotografía en cuestión es acompañada por un epígrafe que reza: “saben que una de las formas de volver definitivamente es que en este país rija el principio constitucional de todos iguales ante la ley” (*LH*, 16/4/1989).

La idea de un retorno condicionado por aquello que los y las excedía ampliamente encontró otra lectura que se presentó como una interpelación directa a la dirigencia de la coalición: “ya no nos conformamos con la expresión de desear regresar, vamos más lejos, vamos a reclamar *nuestro derecho* de retornar a la patria, [para eso] el derecho a la tierra es fundamental. Necesitamos medios para adquirir terrenos. El FA debe tomar una política respecto del derecho a la tierra para los exiliados” (FAUA, IMP, 1989: 3).

Como venimos señalando, al mismo tiempo en que el FAUA disputó al interior de la colación las estrategias y condiciones del retorno, construyó su “sentido de permanencia” en el país evocado por Seregni. Esto último implicó definir y jerarquizar los ámbitos y luchas en los que intervenir para contribuir, en palabras de Darío, a la “defensa y fortalecimiento de la democracia recién recuperada”. En este sentido, la creciente movilización de las organizaciones de derechos humanos en

demanda de “verdad y justicia” en ambos países comprometió política y sensiblemente a la militancia frenteamplista local que medió entre las organizaciones de ambas orillas. La consigna “sin justicia no habrá paz”, impulsada por la Comisión de Derechos Humanos del FAUA, se encarnó en acciones concretas como la participación en 1985 de la campaña por la restitución de Mariana Zaffaroni y en la creación en 1987 de la Comisión Pro-referéndum Filial Argentina. Esta última se organizó en cuatro subcomisiones –finanzas, propaganda, festival y pasajes– que reflejaron el desafío de reunir firmas y, en una segunda etapa, organizar el viaje a votar. Las dos consignas de la campaña –“Uruguayo, yo firmo” y “Uruguayos: firmemos por verdad y justicia”– se estamparon en afiches y volantes que circularon por toda la capital, el conurbano bonaerense y varias provincias. La campaña se centralizó en la Casa del FA y el local que el PN tenía en el barrio de Belgrano, recolectando firmas en los más diversos sitios: parques, plazas y ferias de diversas ciudades; en el Puerto de San Fernando, en el horario de salida de la lancha hacia Carmelo, en sedes sindicales, casas y comercios particulares. Dividida por zonas, la militancia visitaba los barrios que le eran asignados. Al cabo de un año, la Comisión Pro-referéndum Filial Argentina informó que había reunido y trasladaría a Montevideo más de 20.000 firmas a favor del “voto verde”.

Sin duda se trataba de un gran logro, considerando que la Comisión desarrolló su trabajo en un contexto local dominado por la incertidumbre y el temor. “Estábamos arrancando, íbamos por la segunda o tercera reunión”, recuerda Leonel, “cuando fue lo de Semana Santa”, es decir, cuando tuvo lugar el primero de los “alzamientos carapintadas”. Dos años después, pocos meses antes del referéndum, el Movimiento Todos por la Patria (MTP) tomó un cuartel del ejército ubicado en la localidad de La Tablada. Esto último evidenció el modo en que

el activismo transnacional podía tensionar el marco frentista. Para la militancia del MLN, el correlato de la acción del MTP supuso el robustecimiento del “imaginario insurreccional”¹⁹ y la caracterización de la uruguayaya como una “democracia tutelada”, por lo que consideró prioritario conformar “una organización de cuadros y militantes con mentalidad político-militar insertos en las masas” (Garcé, 2006: 107). En tanto, el resto de los sectores que componían el FAUA optaron por suspender sus actividades por un tiempo prudencial, incluida la publicación de su prensa escrita. Cuando ésta volvió a editarse, se limitó a reproducir el comunicado emitido por el FA en el que la coalición rechazaba categóricamente “las acciones foquistas y terroristas de cualquier signo” y reafirmaba que “la vía electoral es la vía de la lucha política” (*Boletín*, 1989, 1-4: 3).

Quienes impulsaron la recolección de firmas y la organización del traslado al Uruguay para participar del referéndum recuerdan los modos en que la situación política argentina permeaba inevitablemente los argumentos a la hora de apoyar o no el “voto verde”. Marcos, que los domingos estaba asignado a la mesa informativa de Parque Centenario, evocaba aquella campaña en función de estas ponderaciones:

La cosa acá [en Argentina] daba miedo, pero también enojaba mucho, había bronca. Nadie creía que allá [en Uruguay] podía darse un alzamiento militar, pero cuando te decían eso, que podía pasar algo como acá, vos decías: ‘bueno, compañero, tampoco podemos dejar por

¹⁹ El “imaginario insurreccional” sostenía que el aparato represivo que actuó durante el terrorismo de Estado no dudaría en volver actuar de intensificarse la lucha de clases. Según me dijo uno de sus promotores, el día que se realizó la consulta popular, la militancia tupamara en Buenos Aires fue movilizadada para oficiar de cobertura en caso de que fuese necesaria la salida del país de la dirección del MLN. Al respecto, véase Garcé (2006).

eso la impunidad reinando, ¿no?'. Se presentaban conversaciones así, cada firma era un debate de lo que pasaba allá, de lo que pasaba acá, todo junto, todo mezclado.

Aurora explicaba estas combinaciones como una "mezcla fértil" y evocaba los multitudinarios actos organizados por el FAUA en sitios públicos, como el anfiteatro de Parque Lezama:

Eran actos que hacíamos muy expectantes, y con mucho miedo también, porque acá la cosa estaba muy pesada. Acá, decíamos, 'si vuelven los militares, vuelven a matar'. Estaban los 'levantamientos carapintadas', no era joda. Pero eran actos increíbles. El anfiteatro [de Parque Lezama] se llenaba de uruguayos, y de argentinos también. Muchos argentinos, porque veían ahí una idea progresista, democrática. Se armaban debates, eran actos increíbles.

Leonel acotaba entre risas las "confusiones" que aquellos actos despertaban entre la asistencia argentina:

El Frente en esa época no era tan conocido como es ahora, ¿no? Entonces me acuerdo que se acercaban argentinos que andaban paseando por ahí y nos preguntaban de qué partido éramos, ¡porque nos querían votar! Entonces explicábamos que no, que el Frente era uruguayo y que esto y lo otro y, claro, ahí venía la otra pregunta: 'bueno, ¿y acá con quién están?' y ta, era un problemón porque, menos con la derecha, ¡estábamos con todos!

Como en otras instancias clave de la vida política uruguaya, la prensa argentina siguió con atención los pormenores del referéndum y fue insumo de los debates entre la militancia. En este caso, el interés no solo radicó en el rumbo que tomaba "la cuestión militar" en Uruguay, también estaba orientado por aquello que este proceso habilitaba en materia de posiciona-

mientos respecto de la crítica coyuntura argentina. El diario *La Nación* acompañó decididamente la posición de Sanguinetti y destacó la “seguridad institucional” deparada por la Ley de Caducidad, contraponiéndola a los “sobresaltos experimentados por Argentina a causa del tratamiento de la cuestión militar” por parte del gobierno de Alfonsín (*LN*, 1/4/1989: 2). En sucesivas notas, la incertidumbre ante una victoria del “voto verde” y la crisis institucional que ello podría generar se combinaba con las objeciones al FA, al que presentaba como una fuerza debilitada por las tensiones internas y por su falta de propuestas concretas en caso de ganar la consulta. Conocido el resultado, el diario calificó la victoria del “voto amarillo” como “una decisión valiente”, producto de una ciudadanía que dejaba atrás los “enconos y desgarramientos políticos y sociales [para] mirar hacia el futuro sin temor a las acechanzas del pasado” (*LN*, 18/4/1989: 8). En tanto, el diario *Clarín* dicotomizó la consulta entre “partidarios del esclarecimiento judicial” y “partidarios de la reconciliación” señalando que, más allá del resultado, “el tema de los militares” no parecía superado en Uruguay, como tampoco lo estaba en Argentina (*C*, 14/4/1989: 32). Al igual que los posicionamientos editoriales, las declaraciones de los referentes políticos argentinos tras la consulta también señalaban una vía de acceso a los modos en que cuestiones clave de las transiciones en ambos países eran pensadas y proyectadas más allá de las fronteras territoriales. Estas permitan al FAUA definir con cierta precisión los aliados y adversarios²⁰ que alimentaban y dinamizaban su acción política.

²⁰ Fuerza Republicana, presidida por el represor tucumano Antonio Bussi, hizo llegar su “fervorosa felicitación” y saludó “la madurez de una sociedad que no se deja confundir por la acción psicológica”, afirmando que “a la luz de este resultado, el alfonsinismo seguirá siendo el único gobierno de la historia civilizada que juzgó y condenó a sus militares que cumplieron con el sagrado deber militar de preservar la vigencia de las

Hacia fines de la década, tras la organización y el reconocimiento institucional, la creación de sus órganos de prensa y la multiplicación de sus comités, la militancia del FAUA instaló una pregunta que resultó crucial: “ahora, ¿qué?”. El informe presentado por el comité de base Chaves Sosa a la MP sintetizaba algunas alternativas y respuestas posibles: el FAUA podía continuar privilegiando el retorno como principal objetivo político –aquello que en el informe se denomina “volver y solo volver”–, podía constituirse como un “grupo de apoyo” local al FA, o bien podía debatir su propia agenda a fin de incidir sobre la coalición en pie de igualdad con las departamentales situadas dentro del territorio nacional. Como otros comités, el Chaves Sosa llamó a “rectificar el rumbo”, lo cual implicaba entender la solidaridad –y no el retorno– como principal vía de acceso a la comunidad uruguaya atravesada por la crisis económica argentina. También propuso intensificar la presencia frenteamplista en las denuncias por las violaciones a los Derechos Humanos cometidas por las dictaduras. Ambas cuestiones requerían entablar una disputa, “encontrar un método para que seamos escuchados y tenidos en cuenta” (FAUA CBCS a MP, 1989: 1-2). Esta agenda abrió paso a los difíciles y paradójicos “años noventa”.

instituciones” (*LN*, 18/4/1989: 3). En tanto, Eduardo Barcesat (candidato a senador por Izquierda Unida) lamentó las consecuencias que el resultado tendría para América Latina, Simón Lázara (diputado por el Socialismo Unificado) observó el “efecto La Tablada” sobre el resultado (*LN*, 18/4/1989: 3) y, Juan Manuel Casella (dirigente de la UCR), confirmó el rumbo del gobierno argentino afirmando: “no tengo dudas de que si nuestro país hubiera un plebiscito, el pueblo apoyaría las decisiones del Congreso” (*C*, 18/4/1989: 26).

Vencedores vencidos

Aquello que sucede con el FAUA en los años noventa es, tal vez, el ciclo más difícil de narrar: los relatos se enmarañan, pierden algo del entusiasmo y de las expectativas que orientan los recuerdos sobre los años fundacionales, o aquellos que se corresponden con los triunfos electorales de 2004 y 2009. Sin embargo, en su confusión y desorden, guardan el registro de aquello que en el largo plazo fortaleció a su militancia.

Aun cuando la década se inauguró con el arribo de Tabaré Vázquez a la intendencia de Montevideo y concluyó con el FA como primera fuerza parlamentaria, confirmando un escenario político tripartito pese a la derrota en el balotaje de 1999, cobró densidad la idea de un “internismo estéril” que desgastó a la coalición desviándola de sus principios fundacionales. El desgarramiento del FA que años antes Seregni relativizaba en una de sus visitas a Buenos Aires, atribuyéndolo a “informaciones de tipo distorsionado” (FAUA, DLS, 1987: 6), para el FAUA fue una realidad demográfica, no sólo ideológica. Además de lidiar con la partida de algunos de sus cuadros que retornaron al Uruguay, sumó las crisis políticas de sus referencias locales. La militancia del PCU sufrió particularmente ambos procesos: no solo enfrentó su consabida “crisis uruguaya” que redundó en el alejamiento de dirigentes con los que sostenían una fluida comunicación, también surcó los vaivenes del PCA respecto de Izquierda Unida y la fractura del partido en 1996. Aurora, militante del PCU, evocaba aquel tiempo como “años de desamor” en los que la militancia se hacía “cuesta arriba”:

Era ir casa por casa, llevar diarios, lo que tuviéramos, porque tampoco es que siempre teníamos diarios. A mí, por ejemplo, me decían: ‘ahí en el fondo de la cuadra viven dos familias uruguayas’, y yo ahí me iba... y esos te decían ‘allí vive otra familia uruguaya’ y ya éra-

mos 6 o 7, ¿entendés? Pero la gente no quería militar, había mucho desánimo.

El “desánimo”, entre otras cuestiones, mermó la cantidad de integrantes y la capacidad de acción de los comités de base, que se tradujo en el debilitamiento del FAUA para fijar una agenda propia y en la discontinuación de su prensa. Esta regresó al artesanado de los primeros años o, cuando no era posible editarla, fue sustituida por los órganos de difusión del FA que llegaban desde Montevideo por el puerto de El Tigre, dependiendo de las condiciones climáticas. También implicó algunas dificultades para “hacer finanzas”, un tema recurrente en los relatos de los compañeros para este periodo.

Si el FAUA pudo –o no– mantener su contribución financiera al FA y cómo fue que lo hizo ingresa entre los argumentos que buscan explicar las transformaciones relativas a la relación con las máximas instancias resolutorias de la coalición, así como sus márgenes de acción. La relación entre “poder cotizar” para “poder decidir” parece haber ido más allá de lo dispuesto en los estatutos (FAUA, ERO, 1988), fue parte de un modo de entender la legitimidad de la participación política que hasta entonces consideraban “un derecho y una obligación”. Varios compañeros resaltaron que, pese a las dificultades, el FAUA no dejó de enviar su cotización al FA: “una cantidad que no era poca, porque en esa época la plata uruguaya era muy baja y la de acá muy alta”, tal como Aurora describía la paridad “un peso, un dólar”, es decir la Ley de Convertibilidad que estuvo vigente por 11 años en Argentina.

Durante este periodo Pepe fue el secretario de finanzas del FAUA. Además de su formación profesional como contador, sus primeras armas en la materia las adquirió durante su militancia en el PSP al que se sumó en 1976, tiempos en los que “hacer fondos” requería tanta destreza y creatividad como discreción: “había que pensar de dónde sacar plata. Teníamos

una cuenta en el banco que, cada dos por tres, nos la cerraban por falta de fondos”. Pepe recordaba la volatilidad del debe y el haber de los balances que llevaba; los periodos en los que “rifábamos un kilo de yerba uruguaya a dos pesos, y el que ganaba volvía a donar [la yerba] para volver a rifarla”, y aquellos en que podían sostener una recaudación sustantiva gracias a los aportes solidarios de compatriotas famosos, artistas y políticos argentinos.

Las “cuentas en rojo” y el desánimo que impactaba particularmente en “los políticos” convivió, como vimos en el capítulo anterior, con el flujo migratorio asociado al ciclo neoliberal que continuó nutriendo de nuevos compañeros al frenteamplismo local. En resumidas cuentas, estas nuevas incorporaciones y la perseverante existencia del FAUA ejemplificaban el fracaso de las gestiones de gobierno de los partidos tradicionales. Partiendo de esta constatación, tomando por base el territorio nacional, considerando las diferencias entre lo que implicaba ser militante dentro y fuera del país, se definieron dos tendencias que disputaron la estrategia que debía darse la militancia frenteamplista en Argentina y el lugar que debía asumir en ella la campaña electoral. Si unos consideraban que los procesos electorales debían ser el eje central de la tarea del FAUA, otros entendían que ese lugar debía estar ocupado por la participación activa en los procesos de toma de decisiones y que, para ello, era necesario el debido reconocimiento institucional por parte de “Montevideo”. En cualquier caso, el debate sobre “las prioridades” que dominó este periodo sobrevino en la medida en que el retorno se alejó del horizonte inmediato y la coalición comenzó a definir un nuevo abordaje respecto de su militancia en el exterior, cuestión que cobró peso en los primeros años de la década.

En *El Frente Amplio: en el umbral del gobierno nacional*, Germán Wettstein expresaba crudamente esta transforma-

ción: “ya pasó el exilio, pasó el destierro, se atemperó la diáspora; queda la emigración pura y simple, y los retornos fugaces y prolongados” (1993: 550). En su “novela por entregas” (565), publicada por el diario *La República*, Wettstein reunió las opiniones sobre diversos temas de trece dirigentes frenteamplistas²¹. El capítulo dedicado a los vínculos con los uruguayos radicados en el exterior, tema apuntado entre los desafíos de “un próximo e inexorable gobierno popular”, proponía la tarea de “reconstruir dos patrias al mismo tiempo: una dentro de los límites territoriales clásicos, y otra que tiene por frontera todo el planeta” (550). Con este horizonte, formulaba algunas propuestas: “estimular la recuperación de talentos” (560), mejorar los canales de comunicación y colaboración con la emigración, reestructurar el servicio exterior e implementar el derecho al voto extraterritorial para que “un uruguayo se siga sintiendo uruguayo”, como “forma de mantener a esa gente informada y estimulada a tomar decisiones políticas” (558). En cuanto a lo estrictamente partidario, afirmaba Wettstein,

La información tiene dos vías: una de ida y otra de vuelta. Y al Frente Amplio acá en Montevideo, tampoco le llega la realidad del exterior, ni la de los frenteamplistas en el exterior. No sabemos qué problemas están viviendo, ni la importancia de sus experiencias, sus conocimientos, sus actividades tan variadas (...) Debemos mantener un íntimo contacto a través de la información adecuada (562).

Estas apuestas, como otras de las expresadas en 1993, es decir poco antes de la alianza con el EP, entusiasmaban a la mili-

²¹ Los trece dirigentes entrevistados por Wettstein fueron: Líber Seregni, Tabaré Vázquez, Mariano Arana, Danilo Astori, Gonzalo Carámbula, Hugo Cores, Alberto Couriel, José Díaz, Reinaldo Gargano, León Lev, Carlos Pita, Enrique Rubio y Francisco Rodríguez Camusso.

tancia local. Sin embargo, el corto plazo no tardaría en modularlas. Ejemplo paradigmático de lo que Nelson definió como un “sinceramiento que costó mucho, que fue muy doloroso”, fue la discontinuación de *Volveremos* y la edición de un nuevo periódico al que denominaron *Dos Orillas*. Más artesanal que el anterior, *Dos Orillas* traía en su nombre un cambio de enunciación crucial respecto del crítico contexto argentino y, con él, otro modo de proyectar la militancia transnacional:

En el inhóspito ambiente de un Buenos Aires golpeado por la recesión, la desocupación y la crisis económica, política y moral, poco a poco los orientales de esta orilla vamos retomando la iniciativa (...) La base está, no solo en la campaña electoral, en las radios, en los comités, en las calles (...) También luchando junto a los compañeros argentinos contra el ajuste, en defensa de la educación pública, la salud, los derechos de los jubilados (*Dos Orillas*, 1999, 3-18: 1).

La experiencia del neoliberalismo potenció el combate contra el “individualismo” y la “desesperanza” como denominadores comunes de un nuevo compromiso transnacional que, al mismo tiempo en que demandaba y habilitaba militancias múltiples, las volvía más exigentes. Aurora lo resumía como sigue:

Al comienzo nos ocupábamos solo de Uruguay, de armar listas, armar estrategias entre partidos, todo eso se hablaba en el comité de base. Pero después empezamos a tener *una actitud más solidaria con los compañeros argentinos*, [a estar] más inmersos en esta realidad. Súper agotador era, todos los días una reunión, mil problemas. Yo no sé cómo hicimos, te digo.

Luego regresaremos sobre la definición de la militancia en Argentina como “solidaridad”. Digamos ahora que quienes fueron incorporándose a las organizaciones políticas, sociales y sindicales argentinas en los años noventa recuerdan el esfuerzo que suponía esta doble filiación, pero también el modo en que el rol de enlace o nexo entre los distintos ámbitos de participación redundó en alianzas que, con el tiempo, resultaron cruciales. En este sentido, la creación en 1992 de la CTA marcó un hito en la vida institucional y política del FAUA, no sólo por la provisión de recursos materiales, sino también por lo que esta central sindical y el PIT-CNT comenzaron a compartir y coordinar en materia de derechos laborales, visible por ejemplo en la campaña que la CTA promovió en Argentina a favor del SÍ en ocasión del plebiscito uruguayo sobre la autonomía de recursos para el Poder Judicial (1999).

A lo largo de la década, la convocatoria a “pensar globalmente América Latina”, a entender que, “si el problema es común, el proyecto debe ser colectivo”, tal como señalaba Alicia Pintos durante el acto que conmemoró los 12 años de existencia del FAUA, asumió un tomo refundacional. En buena medida, y para seguir la metáfora con que se identificó el frenteamplismo local en la década de 1980, “militar de cara al Uruguay” ya no era del todo suficiente o deseable. La mayor parte de los y las dirigentes del FA que visitaron el país, especialmente tras las elecciones de 1994, solicitaron un “cambio de actitud”. El FAUA no sólo debía afrontar la zafra electoral que hiciera posible la corrección del rumbo político en Uruguay, también fue convocado a protagonizar “un nuevo continente, una nueva alternativa” capaz de enfrentar “la globalización, la corrupción, la miseria”, tal como mencionaba Raúl Sendic en una de sus visitas al local que el M26 tenía en el centro porteño. Como en otras ocasiones, como en los discursos de otros visitantes, la enunciación “los necesitamos” nuevamente se hizo presente:

no ya para alentar el retorno al país, sino para reorientar la acción política. Se trataba ahora de “militar donde te toque estar” (FAUA, CC, RS, 1998: 3).

En rigor, tal como venimos señalando, este llamamiento no constituía algo novedoso para el frenteamplismo local que, en buena medida, llevaba más de una década sosteniendo su acción política transnacional a partir de la “doble militancia” o de estrechos vínculos de cooperación con distintos partidos y organizaciones argentinas. Sin embargo, su enunciación como una renovada forma de la “necesidad” por parte de la dirigencia montevideana otorgó legitimidad a las prácticas de algunos y allanó, para otros, el inicio de la participación política en Argentina. ¿Cómo se configuró esta nueva forma de la “necesidad”? En principio parece indisociable de los diálogos regionales que el FA cultivó a lo largo de la década. En 1995, el V Encuentro Plenario del Foro de San Pablo llevado a cabo en Montevideo, debatió la situación política de América Latina y el rol de las izquierdas en los procesos de integración. Las estrategias frentistas, reafirmadas por aquellos días de reuniones en el Parque Hotel, encontraban iniciativas concretas en la Argentina compatibles con el programa del Frente. Los distintos ensayos y esfuerzos por construir una oposición al menemismo, concretamente la creación del FG en 1993, del FrePaSo en 1994 y de la Alianza en 1997, promovieron una serie de diálogos entre las dirigencias que dieron un nuevo sentido a la existencia FAUA, apuntalada también por la gestión de Tabaré Vázquez ante la intendencia de Montevideo, aquella que permitió visibilizar al FA más allá de las fronteras territoriales. Una izquierda “de saco y corbata”, “capaz de gobernar”, domina el relato de Tadeo para aquellos años, como una suerte de aliento retrospectivo, como parte de una evaluación que coloca la experiencia frenteamplista como punta de lanza de una nueva forma de leer la vida política argentina:

Olvidate cómo terminó la película [en referencia a la crisis argentina de 2001]. Los noventa fueron muy buenos para nosotros. Te digo en serio, fueron muy buenos a nivel militancia, a nivel popularidad, ¿no? *Los argentinos entendieron por qué era importante un frente, que no había otra. Se crearon frentes: el Frente Grande, el FrePaSo, todos inspirados en el Frente Amplio nuestro.* Los propios dirigentes te lo decían, ‘queremos ser un Frente Amplio como el de Uruguay’. Y entonces acá se juntaron sectores [políticos] que allá [en Uruguay] ya estaban juntos. Eso para nosotros fue fundamental, nuestras posturas políticas acá ya no estaban tan divididas, tenías a Chacho [Álvarez] con de la Rúa, ¿viste? Estaban los de allá [Uruguay] y los de acá [Argentina] del mismo lado. A mí eso me colmaba de alegría.

No es este el lugar para discutir si –o en qué medida– los frentes argentinos enumerados por Tadeo eran semejantes al FA. Traemos su balance para explicar la paradoja que plantea: aun cuando la década no ofrecía muchas razones para celebrar, algo de la prédica del FAUA parecía haber sedimentado, colocando a su militancia como embajadora local de aquella esperanza de unidad. A comienzos de la década de 1990 dos integrantes de la MP del FAUA alentaban, militaban y dejaban registro escrito de esta lectura:

D- Yo veo, acá en Argentina, en todos los partidos políticos, en todos (bueno, dejaríamos de lado a la UCeDe²², por supuesto) gente que yo estoy seguro que, de estar en el Uruguay, estaría en el FA. Yo estoy seguro de

²² La Unión del Centro Democrático, cuyo dirigente más conocido fue Álvaro Alsogaray, fue un partido político conservador fundado a comienzos de la década de 1980. Durante la década siguiente acompañó al menemismo.

que mucha gente con la que converso y que pertenece a uno u otro partido, en el Uruguay sería frenteamplista. V- En nuestro caso se llama Frente Amplio y, en otro lugar, puede tomar otro nombre (FAUA, P, 1990: 18).

Aun cuando “el alineamiento de los planetas”, tal como ironizaba Pedro para referirse a la consonancia de “los frentismos” en ambos países, tenía un valor en sí mismo en tanto viabilizaba ideales muy caros al FAUA, el llamado relocalizado de la dirigencia montevideana –“militar donde te toque estar”– no dejó de resultar conflictivo. En principio, porque los términos de la reciprocidad evocada por la dirigencia en nombre de la necesidad –“los necesitamos”– no resultaban demasiado claros, pero también por el giro ideológico que a mediados de la década trajo consigo la renuncia de Seregni a la presidencia del FA y el acuerdo con EP, que en Argentina aún no contaba con marcos interpretativos o liderazgos visibles. Vale detenerse en esta combinación que, especialmente para la “generación fundadora” del FAUA implicó, en palabras de Pedro, “algunos disgustos”.

La estabilización del FAUA como una departamental del FA supuso, entre otras cuestiones, que lo que hasta entonces había sido expresiones de deseo o estrategias electorales con escaso apoyo se transformen en demandas concretas. Entre ellas, la implementación del voto extraterritorial. Más allá de los debates que este derecho generaba dentro del FAUA, lo cierto es que las respuestas encontradas en la dirigencia montevideana fueron bastante categóricas: “habrá que seguir cruzando el charco cada dos por tres” –decía Alicia Pintos–, “no lo veo posible, por lo menos por ahora” (*Dos Orillas*, 1999, 3-18: 8). Sus palabras no están lejos de las anécdotas y sensaciones que evocan quienes fueron delegados en los plenarios de la coalición: “yo me acuerdo que vos ibas [a Montevideo] y decías que

Argentina quería el voto consular y saltaba alguno, y decía: ‘tenemos compañeros que vendieron la heladera para poder comer’”, recordaba Leo reviviendo la escena con cierta resignación. “Nosotros no éramos prioridad, ¡más vale! –sentenciaba Aurora–, “la gente en Uruguay comía pasto, en el interior del Uruguay ¡se comía pasto! ¡Qué voto consular, ni voto consular!”. Todo indicaba que, hacia fines de la década, muchas de las propuestas expresadas en la compilación de Wettstein (1993) habían entrado en un *impasse*, incluso para la propia militancia local, abocada a atender las consecuencias más trágicas de los gobiernos neoliberales.

Los diálogos con “Montevideo”, que se tensionaban en las dificultades que los compañeros encontraban para “ser escuchados” o “tenidos en cuenta más allá de las elecciones”, quedaron empantanados por una sensación de subestimación en cuanto a lo “organizativo y político” que Ignacio sintetizaba como sigue: “allá [Uruguay] no eran capaces de entender el enorme desarrollo territorial que tenía el Frente acá [Argentina] porque, con mayor o menor organización, siempre hubo compañeros en todos lados”. Aunque se trata de imputaciones que veremos regresar en otras coyunturas y por diversos motivos, en este período estuvieron asociadas a lo que parte de la vieja guardia del FAUA vivía como “quedarse en *offside*”, en virtud de los nuevos acuerdos encaminados por el FA. Si como apuntan Garcé y Yaffé, “la moderación del programa frentista y su convergencia hacia el EP se realizaron en el marco de su clarísima decisión estratégica de conquistar el gobierno” (2006: 104), ello no resultó de fácil asimilación en esta orilla. Un intercambio entre Juan Chenlo –ex militante del MLN, por entonces “independiente” y presidente del FAUA– y Eleuterio Fernández Huidobro –por entonces dirigente del MPP– puede ayudarnos a captar estos desacoples. En ocasión de una reunión en Buenos Aires en la que Fernández Huidobro presentó un informe de situación,

Chenlo introdujo la intervención del visitante afirmando que ambos –Huidobro y él– eran “militantes de horas más revolucionarias que éstas”. De este modo, Chenlo ponía sobre la mesa las credenciales con que “los políticos” solían disputar autoridad y legitimidad en las discusiones internas. Fue entonces que Fernández Huidobro respondió con la elocuencia de una transformación que escapaba de aquella lógica fuertemente arraigada en el frenteamplismo local. “Es una extrapolación que no corresponde”, respondía tajantemente Fernández Huidobro: “las tareas más importantes en cada momento histórico son las más revolucionarias. Y hoy la tarea más revolucionaria que hay en el Uruguay es juntar votos, como ayer fue organizar grandes huelgas, como ayer fue sufrir el exilio, la cárcel, la muerte, la tortura, incluso empuñar armas” (FAUA, CC, DEFH, 1998: 2).

Aun cuando las campañas electorales eran para el FAUA momentos de activación y efervescencia de los que nunca renegó, tal como veremos en el próximo capítulo, circunscribir la práctica política al momento electoral no era una lectura fácil de procesar, como tampoco era sencillo decodificar el acuerdo con EP que, en el ámbito local, no solo carecía de bases deliberativas, también se experimentaba como un alejamiento del programa “revolucionario, antiimperialista y antioligárquico” que muchos defendían con sus propias trayectorias migratorias. Amalgamar estas cuestiones parecía incrementar la distancia con “Montevideo”, perceptible también en la modificación de su inscripción institucional. Vale mencionar que, durante la primera parte de la década de 1990, el FAUA dejó de estar bajo la órbita de la Comisión Delegada del Interior. Esta situación se prolongó hasta la década siguiente cuando la Comisión de Asuntos y Relaciones Internacionales del Frente Amplio (CARIFA) pasó a ocupar ese lugar. La modificación de la ubicación del FAUA en el organigrama del FA, que implicó un nuevo interlocutor institucional, fue parte del reconocimiento de la

extraterritorialidad del frenteamplismo local. “Dejar de estar en Interior”, con todo el peso simbólico que cabe a esta enunciación, marcó el inicio de una nueva etapa en que el vínculo con la coalición fue, en palabras de Rodrigo, “más pragmático que político”

La militancia local se hizo eco de las transformaciones mencionadas hasta aquí y para ello buscó formas de ampliar su base a partir de nuevos canales de comunicación, esto derivó en un incremento exponencial de audiciones radiales: a fines de los años 1990 contaba con 14 programas en distintas emisoras de Frecuencia Modulada de CABA y GBA. Programas como “Crece desde el pie” (Radio Universidad Popular de La Boca), “Quemando Mentiras” (Radio Comunitaria de Avellaneda), “Contra viento y Marea” (FM 104.1, Loma de Zamora), “Un cruce al Uruguay” (FM Moreno) y “Por el mismo camino” (La Tribu), entre varios otros, suponían algunas ventajas: la actualización semanal de la información, la inserción territorial y la comunicación telefónica con la audiencia. También, algunos compañeros se incorporaron a distintas organizaciones sociales y pusieron a disposición del FG, el FrePaSo y la Alianza su experiencia política e inserción territorial: “yo fiscalicé para Chacho [Álvarez]”, “en este comité [de base] se trabajó para Pino [Solanas]”, “le dimos una mano a la Alianza porque teníamos militancia compartida” son algunas de las expresiones que hoy evocan aquella “solidaridad” mencionada por Aurora páginas arriba.

Posiblemente este haya sido el ciclo en que, con mayor masividad, la militancia se encontró en los “mismos” espacios políticos en ambos países. Sin embargo, eso no significa que, en todos los casos, ambas participaciones políticas hayan sido experimentadas del mismo modo o puestas en pie de igualdad. Ser “solidarios con los compañeros argentinos”, “luchar junto a ellos”, “mezclarse para bien”, enfatiza en los relatos de varios

compañeros las identificaciones como frenteamplistas, volviendo subsidiarias el resto de las pertenencias y adscripciones políticas. Desde ya, esto no supone cuestionar el compromiso y los esfuerzos realizados en sus “militancias argentinas”, sino advertir el modo en que aquel contexto que experimentaban –y, en muchos casos, padecían– como cualquier otro habitante del país, no ganó protagonismo. Por el contrario, los relatos cultivan esta distancia: “se apoyó”, “se ayudó”, “se colaboró” con otros –“los compañeros argentinos”–, sin que ello confluyera en la enunciación de un “nosotros” unívoco.

Como puede suponerse, no hay una única explicación para esta distinción. En algunos casos, la apelación a la nacionalidad aparecía como obstáculo de una adscripción plena: “no soy argentino, no tenía derecho a opinar, yo acompañaba”, decía Alex. Pero en rigor, en la mayoría de los relatos, el discurso de la solidaridad asumía un sentido reactivo de doble partida: reaccionaba ante la imagen/amenaza de disolución del FAUA y, en el mismo gesto, hacía frente a las acusaciones morales y políticas que podían caer sobre esta mixtura. Recordemos que, en la medida en que el frenteamplismo local “militó donde le tocó estar”, el vínculo con “Montevideo” se debilitó. La sensación de “no ser escuchados” o “tenidos en cuenta” sumaba sanciones políticas y morales atribuidas a la socialización de la militancia en la vida política argentina: el “rosqueo” para lograr algún objetivo, el “clientelismo” o la “peronización” son algunos ejemplos de ello. En las conversaciones con distintos compañeros, relativizar el grado de participación política en Argentina colocándola en el terreno de la “solidaridad” heredada en parte del activismo humanitario de la década anterior parecía un modo de poner a resguardo una serie de ideales y valores consensuados entre “políticos” y “económicos”.

En síntesis, durante este ciclo podemos observar el desarrollo simultáneo –e interrelacionado– de las siguientes dinámi-

cas: al mismo tiempo que el FA se fortaleció como referencia de una izquierda posible en la Argentina, su militancia local parecía perder protagonismo en Uruguay; al mismo tiempo en que su base se ampliaba incorporando a “los económicos”, su acción territorial se licuaba en múltiples pertenencias y adscripciones solidarias; al mismo tiempo en que sus finanzas mermeaban en Argentina, convertibilidad mediante, adquirían peso en Uruguay. Navegando estas paradojas y deglutiendo la derrota electoral de 1999, la crisis de 2001 encontró al FAUA “completamente desarticulado en lo político, arrasado por la malaria”, según sintetizaba Nelson y compartían otros compañeros como Pedro, quien describía como sigue esta situación:

¡Reventó todo! Yo estaba sin trabajo, prácticamente desocupado. En ese momento hacía mantenimiento de edificios y casas particulares, casi no tenía clientes. Pasamos mal, mal. Estaba muy bajoneado. Yo perdí el contacto [con el comité del que participaba], retomé para las elecciones [de 2004]. Me parece que fue un poco así para todos: con las elecciones volvimos a arrancar.

El colapso del gobierno de la Alianza abrió un tiempo de participaciones individuales –o de pequeños grupos de compañeros– en asambleas barriales, sindicatos y organizaciones territoriales. Quienes se sumaron a estas instancias vieron en ellas “formas de organización muy familiares” en las que, según Leonel, “parecía que los argentinos se habían vuelto uruguayos”, en virtud del espíritu cooperativo que atribuía a estos espacios y a sus connacionales. Ya sea tras la fugacidad que unió “piquetes y cacerolas”, ya sea tras de un paréntesis que permitió recomponer la economía doméstica, el reencuentro de la militancia frenteamplista sucedió luego de aquella trágica crisis, bajo la configuración de formas renovadas de pensar y proyectar lo político (Semán-Merenson, 2007).

Del otro lado del mostrador

En los primeros años de los 2000, la convocatoria a “militar donde te toque estar” de la década anterior demostró sus frutos: el arribo a la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007) fortaleció varios de los nodos que integraban las redes del frenteamplismo local. La nueva coyuntura permitió la reorganización o, como decía Nelson, “barajar y dar de nuevo, creer que era posible ganar en Uruguay también”. La primera evidencia material de esta sensación radicó en el soporte territorial y la disponibilidad de diversos insumos vitales para sostener el “día a día” de acción política. En este sentido, la inusitada popularidad que alcanzó el “voto Buquebus” en 2004; la renovación de expectativas y anhelos en torno a la “construcción de una patria justa” que, para algunos, incluía la voluntad de “volver [al Uruguay] para trabajar por un país gobernado por el Frente” parecen indisociables de este entramado que no dejó de ganar densidad.

Tomemos en cuenta que, hacia fines de la primera década de 2000, la transversalidad y la construcción de hegemonía por parte del kirchnerismo sumaba en el FpV a prácticamente todas las organizaciones, partidos, tendencias y referentes políticos que habían aportado su solidaridad y colaboración al FAUA desde sus años fundacionales.²³ Tal como veremos, este alineamiento resistió “por abajo” la creciente erosión de las relaciones bilaterales en virtud de “las papeleras”, habilitó la autonomía de las y los compañeros más allá de sus pertenencias sectoriales y, lo que no es menor, anticipó los efectos de la polisémica

²³ Entre ellas el PI, el PC (Congreso Extraordinario), el Movimiento Nacional Alfonsinista liderado por Leopoldo Moreau y Nuevo Encuentro, encabezado por Martín Sabbatella, al que pronto se sumarían dos fuertes figuras de la CTA: Ariel Basteiro y Hugo Yasky.

“grieta” argentina. También fue parte de la experiencia que, sin duda, marcó este ciclo: el paso de la oposición al oficialismo, los aprendizajes asociados a “ser gobierno” fuera de las fronteras territoriales del país.

Si bien el frenteamplismo local no volvió a alcanzar el grado de movilización que caracterizó sus primeros años, recuperó su vigor deliberativo respecto de la década anterior. Algunos de los denominados “comités históricos” –“Meme Altesor” (Avellaneda) y “Che Guevara” (CABA), entre otros– incrementaron la frecuencia de sus actividades; también se crearon otros nuevos, aunque por lo general fueron desprendimientos o reagrupamientos de los ya existentes. Las denominaciones de estos últimos conjugaron el paso del tiempo –es decir los años de residencia en Argentina de la mayoría de sus integrantes– y las transformaciones de la agenda frenteamplista proyectada en la nación. Entre los nombres de los nuevos comités ya no se encontrarán las habituales referencias ideológicas o partidarias de años anteriores, sino aquellas ampliamente consensuadas en el sentir nacional –“Comité Los Charrúas” (Gral. Rodríguez) y “Comité José Pedro Varela” (Mar del Plata)– o las que dan cuenta de su inserción territorial y localización en el país– “Comité Moreno Centro” (Moreno), “Comité Florencio Varela” (Florencio Varela).

Acorde al proceso que vivió el FA –algunos sectores ganaron peso en detrimento de otros–, también fue en aumento el número de “independientes”²⁴. Pero, en términos generales, salvo por la incorporación de “los compañeritos”, no sumó un número significativo de nuevos militantes. Hacia el año 2009, en el marco de las primeras internas competitivas que tuvieron

²⁴ Cuando en 2008 el Movimiento 26 de marzo abandonó el FA, parte de su militancia local optó por permanecer dentro de la coalición en calidad de “independientes”, aunque la mayoría se dio a la tarea de organizar Asamblea Popular, que dio sus primeros pasos en Buenos Aires y Morón.

lugar en esta orilla, fue evidente la consolidación de Asamblea Uruguay y del MPP. Asamblea Uruguay inauguró la “Casa de Uruguay en Argentina” y, desde allí, coordinó la campaña de Danilo Astori, cuyo vocero fue Rafael Michelini, un dirigente con base propia en el país.²⁵ En tanto el MPP, que engrosó su base local tras el arribo a la presidencia de José Mujica (2009), definió a la Argentina como una departamental en pie de igualdad con las que funcionan en territorio uruguayo, es decir, con la consecuente representación en sus instancias resolutorias. Al igual que sucedía desde los años ochenta en el PCU, algunos de los dirigentes locales del MPP ocuparon cargos en su estructura nacional. En mayo de 2012, cuando la coalición celebró las primeras elecciones abiertas para definir sus máximas autoridades, en los 23 comités²⁶ habilitados en el país votaron casi dos mil personas, resultando ganador Juan Castillo. Estas elecciones confirmaron la persistencia de la hegemonía local del PCU; también indicaron la pérdida del alcance nacional que supo tener el FAUA. Su militancia activa, para entonces, se concentraba casi exclusivamente en la ciudad de Buenos Aires y en distintos puntos del conurbano bonaerense.

Luego de la victoria de 2004, pasar a “ser gobierno” no fue un hecho espontáneo o inmediato. Por el contrario, en pala-

²⁵ En ocasión de las elecciones internas de 2009 Danilo Astori visitó varias veces Buenos Aires, acompañado por Michelini y Nin Novoa. La campaña local, lanzada en diciembre de 2008 en el gimnasio del Club Banco Hipotecario, si bien estuvo orientada hacia la comunidad uruguaya residente en el país, prestó particular atención al empresariado y el sector financiero local, ante el cual Astori se presentaba como un candidato que generaba “certidumbres”, por oposición a José Mujica, con quien, en palabras de Michelini, “daríamos ventajas a los partidos tradicionales y tendríamos problemas para que la gente nos acompañe” (*P/12*, 19-12-2008).

²⁶ Fueron habilitados 7 comités de base en CABA, 14 en el conurbano bonaerense, 1 en Mar del Plata y 1 en Rosario.

bras de Blanca, “llevó un tiempo darse cuenta que estábamos del otro lado del mostrador”, fue parte de un proceso que supuso elaborar lecturas y sostener posiciones articuladas en torno a un nuevo discurso que no siempre resultó sencillo habitar y difundir. Configurarse como “oficialismo” implicó, por una parte, persistir en la definición institucional de la relación con la coalición y, por la otra, incorporar lenguajes, tareas y espacios de trabajo desde los cuales apuntalar e incidir sobre las políticas extraterritoriales²⁷ destinadas a la “Patria peregrina”. En esto último radicó, particularmente, la impronta local de esta nueva etapa.

Aun cuando el reconocimiento hacia la “gesta de 2004” por parte de las autoridades y máximos referentes de la coalición fue extensa e implicó gestos específicos, el vínculo orgánico con “Montevideo” continuó siendo objeto de un reclamo sostenido que buscó combatir estereotipos y prejuicios. Ángel y Claudio explicaban los motivos de esta persistencia:

A: El militante frenteamplista del exterior es ninguneado, acusado de abandonar el barco... Y no es así. Es mucho más difícil militar acá que allá, nosotros no trabajamos con masas, por ejemplo.

²⁷ Desde su inicio, la gestión de Tabaré Vázquez marcó una diferencia respecto de lo que hasta entonces había sido la relación entre el Estado y “los uruguayos por el mundo”. Su gestión avanzó en un nuevo diseño institucional “en clave de ‘reparación’ de derechos para el ejercicio de la ciudadanía desterritorializada” (Aldaba, 2017: 38). En su discurso de asunción, Vázquez anunció el envío al parlamento de un proyecto de ley para establecer el voto desde el exterior y, reformulación de la estructura presupuestal del Estado mediante, la definición de un nuevo organigrama ministerial por el que en 2005 se crearía la Dirección General de Servicios Consulares y Vinculación (DGSCV) en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Desde esta dirección se impulsó el programa “Departamento 20”.

C: Aclarar el vínculo [con el FA] no es un capricho, ¿entendés? No es que tenemos la ‘idea fija’ con eso. Es darle seriedad, un marco, a nuestra militancia para poder aportar de verdad.

Vale apuntar que, aunque Buenos Aires se transformó en “Coordinadora” y desde 2007 mantuvo dos delegados ante el Plenario Nacional, esta representación no fue exclusiva del FAUA, sino que respondía a una de las tres regionales: la Regional Uno, que incorporó a la militancia en Argentina, Brasil, Paraguay y Chile. A lo largo de todo este ciclo, pese a los múltiples reclamos y reuniones, el reconocimiento orgánico permaneció en una “zona gris” que, además de desánimo, sumaba confusión. Entre los compañeros y compañeras resulta muy difícil encontrar dos definiciones iguales para esta situación: “¿cómo te puedo explicar? Estamos y no estamos reconocidos” (Pepe); “estamos reconocidos en los sectores, pero no en el FA” (Leo); “estamos reconocidos a través de los delegados del exterior, pero no como departamental” (Ignacio); “no nos reconocen un pomo, pero votamos autoridades” (Nelson). Aun cuando cada una de estas afirmaciones derivaría en una inserción institucional distinta de las otras, todas confluían en un punto: “se acuerdan de nosotros para las elecciones”. En algunos contextos, este diagnóstico advertía decisiones políticas “de arriba” que eran experimentadas como “intervenciones” y, en otros, tal como sintetizaba Ignacio, derivaban en un paradójico proceso de “institucionalización sin reconocimiento institucional”, resultado del privilegio de la estrategia electoral por sobre la dinámica deliberativa que el FAUA supo desplegar. Entre “los políticos”, una evidencia clara de esto último era la pérdida de la propia prensa escrita que fue siendo reemplazada tanto por las “redes sociales” y las publicaciones oficiales de la coalición llegadas desde “Montevideo”, una categoría nativa que sumó nuevos sentidos y contextos de enunciación.

Si hasta entonces “Montevideo” designaba a la dirigencia y a las máximas instancias resolutorias de la coalición, desde 2005 incorporó una serie de dependencias públicas que pasaron a ser muy cercanas y familiares. Nombrar a un ministro o algún funcionario de alto rango por su apodo infantil o su nombre en los años de clandestinidad, tener sus números telefónicos personales agendados en el celular, visitarlos en Montevideo o recibirlos en sus casas en Buenos Aires era una prerrogativa que colocaba, particularmente a “los políticos”, en un nuevo umbral de la distinción. Ello se veía reforzado por el acceso a las “burocracias diaspóricas” (Smith, 2008) que ya no eran “opositoras”²⁸, especialmente tras el nombramiento como cónsul general de quien se había desempeñado como vocera durante la campaña electoral local de 2009.

Con el vigor que otorgó el acceso al cuerpo diplomático, parte de la militancia incrementó sus tiempos de trabajo, de reuniones y debates que ampliaron la agenda o, más bien, la relocalizaron desplazándola del ámbito partidario al de la gestión estatal. Estas nuevas experiencias, producto de las transformaciones de los marcos institucionales, se alojaron en el programa de vinculación “Departamento 20”, particularmente en los Consejos Consultivos de Uruguayos en el Exterior (CCUE) creados bajo su órbita.²⁹

²⁸ Esto fue un cambio sustancial, especialmente si tomamos en cuenta que pocos años antes el frenteamplismo local emprendió una serie de graves denuncias contra Lupinacci, designado embajador por el gobierno de Battle, acusado de ser quien tramitó la suspensión de los pasaportes de Zelmá Michelini y Gutiérrez Ruiz días antes de sus secuestros en Buenos Aires (*Dos Orillas*, 1989: 9).

²⁹ Los CCUE fueron concebidos como instancias ciudadanas y soberanas en cada lugar del mundo en el que la comunidad uruguaya así lo amerita. En otra ocasión (Merenson, 2015) analizamos los modos en que los CCUE trabajaron en estrecha vinculación con la DGVCV y los consu-

Como una suerte de “élite intermedia”³⁰, quienes se sumaron a los CCUE actuaron como interface entre “el Estado” y “los compatriotas”. La misión de movilizar las emociones de la diáspora para alcanzar una “verdadera vinculación con la Patria Peregrina” (Merenson, 2015) fue parte de las nuevas coordenadas con que la militancia local vivió la experiencia de “ser gobierno”, pues conformar e impulsar estas instancias demandó extender la convocatoria para llegar a quienes no necesariamente compartían las mismas identificaciones políticas. Quienes como Alex, Blanca, Leonel, Marcos y Alcida se incorporaron en diversos momentos a “los Consejos”, activaron algo fundamental entre los objetivos fundacionales del FAUA: la relación, la solidaridad y la asistencia de la “colectividad uruguaya” asentada en distintos puntos del país, una dimensión del trabajo político que había sido postergada tras el debilitamiento y las crisis “por alejamiento” que vimos para los años noventa.

La transformación del frenteamplismo local en “oficialismo” fue configurándose entonces sobre la base de nuevas instancias de participación ciudadana que tuvieron como tópico central el derecho al voto desde el exterior. Al igual que sucedió con la ampliación de otros derechos ciudadanos, el derecho al voto extraterritorial había regresado potentemente al programa de la coalición³¹ y fue incorporado a la agenda de gobierno. Todo el entramado de instituciones que dio impulso al “Departamento 20” fue un activo y persistente promotor, avanzando en

lados, señalamos también las variaciones en sus agendas de país a país, así como su funcionamiento como apoyos e instancias de escrutinio de las delegaciones diplomáticas en el exterior.

³⁰ Agradezco a Gabriel Kessler esta conceptualización.

³¹ Aunque hubo antecedentes, el programa aprobado por el V Congreso Extraordinario Zelmario Michelini del FA incorporó un sustantivo capítulo dedicado a los “uruguayos en el exterior”. Véase Baraibar (2014).

la presentación de la demanda como una “causa” que excedía a los y las emigrantes para volverse parte de los modos en que la ciudadanía uruguaya debía discutir la composición de la comunidad política y las bases de su democracia representativa.³²

Qué efectos podría tener la aprobación del voto extraterritorial sobre la dinámica y propia existencia del FAUA era una pregunta que se formulaba toda su militancia. Entre “los políticos”, algunos entendían el voto extraterritorial como una expresión minimalista de la democracia que podría poner en riesgo el modo en que reivindicaban la pertenencia y el ejercicio del juego político. En un contexto en el que el reconocimiento orgánico del frenteamplismo local era incierto, la aprobación del voto extraterritorial no dejaba de percibirse como una amenaza a los desplazamientos electorales que, tal como veremos en el siguiente capítulo, se habían transformado en su signo de distinción con el correr de los años. Esta posición, quizás la más estratégica, sostenía que de aprobarse el voto extraterritorial “hay que seguir yendo igual”, porque de esa forma se garantizaría la visibilidad de la militancia local y se legitimaría su participación en las instancias resolutorias de la coalición. “Marcar presencia”, en términos de Nelson, podía incidir y compensar la potencial pérdida de poder nominal, pero, no menos importante, también podía hacer palpable la pertenencia a la comunidad política; aquello que para Ana redundaba en las vivencias de una jornada inigualable:

No sabés lo que es. Te levantás a las ocho de la mañana, vas, votás, te pintás la cara, te llevás el mate y ya no aparecés hasta el otro día. Cuando ya está el escrutinio primario se empieza a escuchar los tambores en las esquinas, salen las murgas, te vas a donde está el escenario,

³² En su tesis doctoral, Fernanda Mora (2017) trabajó en extenso estas instancias y debates.

esperás que salgan a saludar los candidatos, gritás, cantás, bailás. No hay nada igual, nada igual.

Para otros compañeros y compañeras, por el contrario, el “voto desde el exterior” era una garantía –casi la única viable– a la hora de asegurar la sobrevivencia del frenteamplismo local que, elección tras elección, sumaba más y mayores dificultades para sostener los viajes a votar. Según afirmaba Blanca, si “lo del voto no sale” se debía a la oposición en las filas de los partidos tradicionales, el PN y el PC, pero también al hecho de que “nosotros cada vez movilizamos menos gente”. Entre quienes consideraban como ella que la actividad del frenteamplismo en el país había ido decantando hacia lo que definían como “grupo de apoyo al FA” ajustado a los procesos electorales, el voto extraterritorial también implicaba poner fin a un “desgaste innecesario”, especialmente a los problemas y conflictos que acarrearaba la gestión de los desplazamientos. Otros, como Wilson, veían en él la oportunidad de recuperar la dinámica deliberativa: de aprobarse el voto a distancia, decía, “nosotros podríamos concentrarnos en la línea política, y no en estar siendo una agencia de turismo”.

Aunque menos visibles, también se hacían presentes las posiciones que hacían lugar a los argumentos contrarios a la reglamentación de este derecho. Fuera de los ámbitos públicos, lejos de los oídos de la dirigencia, Omar reflexionaba: “vos podés militar donde quieras, en el Frente, en el Partido Nacional, en el Colorado, ¿pero votar? Ponele que yo sí, porque tengo una hija que vive allá y todavía no vota y yo con mi voto estoy decidiendo en qué país quiero que viva ella. Pero los que se fueron [de Uruguay] hace mil años... No sé, es complicado”. No solo entre las y los “económicos” como Omar estaban presentes estos dilemas: durante un viaje en auto, de regreso de una reunión en la localidad de San Martín, presencié el siguiente intercambio entre dos “políticos”. Ante la duda de uno de ellos

respecto de si era justo que voten quienes ya no son contribuyentes al fisco, el otro respondió decididamente: “¿no te parece que el exilio fue terrible impuesto?!”. En cualquier caso, lo que resultaba claro era que no existía una posición homogénea en torno a esta demanda: en las reuniones de comité, asados y conversaciones ocasionales que tenían lugar en Buenos Aires podían escucharse reflexiones semejantes a las que atravesaban a la sociedad uruguaya, incluso aquellas posiciones que hacían lugar a los argumentos contrarios a su reglamentación.

En otro orden, ser gobierno también implicó decodificar la creciente ambientalización de los conflictos sociales, concretamente el proceso por el cual “las papeleras” actualizó en Uruguay la rivalidad entre Buenos Aires y Montevideo que se remonta a la época colonial (Santos, 2019) y, en Argentina, abrió paso a lo que sería “la grieta”. Por lo “inesperado”, por lo “inoportuno” o por su “magnitud”, la repercusión que alcanzó el conflicto atravesó a la militancia frenteamplista local con una contundencia difícil de obviar; sus claves de lectura se incorporaron muy rápidamente al juego de los espejos³³.

Quienes vivieron la inédita experiencia de ser oficialistas en ambos países, es decir, quienes se definían como frenteam-

³³ En el caso de la prensa argentina, en un comienzo el conflicto fue registrado por *Clarín* y *Página 12* en la clave de “la lucha ‘del pueblo contra las multinacionales’, la justificación de la desobediencia civil o la exaltación del involucramiento y la participación como actitudes contrapuestas a la mansedumbre y la apatía” (Cortassa *et al.*, 2014: 183). Sin embargo, tras el enfrentamiento iniciado en 2007 entre el gobierno argentino y los grupos *Clarín* y *La Nación* en virtud de una nueva “Ley de Medios”, el etnocentrismo invertido habilitó la condena hacia los “cortes de ruta” y afirmaciones como “Uruguay es la Disneylandia de la política, la tierra ideal” (*LN*, 16/8/2009), que permitían presentar al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner como síntesis de todo lo contrario, como una gestión “partidaria de la confrontación y la soberbia” (*LN*, 30-6-2009).

plistas y kirchneristas, enfrentaron algo que entendieron más preocupante que las apabullantes noticias o el tono ríspido de las declaraciones presidenciales: para estos, la “señal de alarma” estuvo dada por el modo en que la identificación frenteamplista entre el electorado uruguayo en Argentina comenzó a enfatizarse en un sentimiento y posicionamiento antikirchnerista. No fueron pocos los compañeros que advirtieron que “las papeleras”, al modo de una metonimia, había logrado condensar una suma de crecientes “malestares argentinos” en clave “uruguayaya”: “desde que los Kirchner se metieron con Uruguay, soy más frenteamplista que antes”, decía Juana evocando el corte del Puente Internacional en Gualaguaychú, pero también el régimen vigente desde 2012 para la adquisición de moneda extranjera conocido como “cepo al dólar” que, por entonces, volvía más engorrosa la vida transnacional.

Entre quienes eran “oficialistas al cuadrado”, tal como ironizaba Rosa, el conflicto medioambiental estuvo lejos de provocar una “etnicidad reactiva” semejante a la expresada por Juana, más bien fue la oportunidad de marcar y criticar “lugares comunes” o “simplificaciones nacionalistas inconducentes”, de acuerdo con Ruben. Para él, “las papeleras”, más que un “conflicto ambiental” o “una pelea por intereses económicos entre dos países hermanos” como sostenía Alex, era una cuña desde la cual interpelar a sus compañeros, un modo de promover la recuperación del “espíritu crítico que debe tener un frenteamplista” para no acomodarse “en el poder”. Mientras esperábamos el inicio de una reunión con Luis Almagro –por entonces canciller– en la sede de la Universidad Tecnológica de Avellaneda, Ruben provocaba a los presentes: “¿por qué se piensan que Cristina se va [de la presidencia] con tan mala imagen y Tabaré se fue con tan buena imagen? ¿No será porque Cristina tocó más intereses económicos que Tabaré? ¿No será porque

distribuyó más la torta? Pero no importa, sigan con las papele-
ras que es lo importante, ¿eh?”.

Sin duda, la simultaneidad de las identificaciones políticas que combinaron frenteamplismo/kirchnerismo y frenteamplismo/no-kirchnerismo o antikirchnerismo se vieron atravesadas por los vaivenes de las relaciones bilaterales, pero fundamentalmente remitieron al modo en que los compañeros elaboraron los alineamientos y lealtades que componían sus redes locales: la militancia local del PSU sufrió particularmente esta situación. Según explicaba Martín, esta quedó tensionada entre “un socialismo de corte liberal, identificado con Hermes Binner”, y un “socialismo nacional afín al kirchnerismo” que derivó en el alejamiento de algunos militantes tras la decisión mayoritaria de abandonar su habitual lugar de reunión: un local del PSA porteño, incorporado por entonces al FAP encabezado por Binner. En tanto, entre los militantes del PCU y el MPP –sectores mayoritarios del frenteamplismo local– había quienes mostraban su autonomía y, al mismo tiempo, su voluntad de amortiguación. Danilo, que asistió a José Mujica en su ajetreada visita a Buenos Aires durante la campaña de 2009 – en uno de los momentos más tensos del conflicto –, compartió la siguiente reflexión:

Tenías a la militancia [frenteamplista] que era en su mayoría peronista, kirchnerista, o que veía bien algo de los gobiernos kirchneristas. Lo que te quiero decir es que no era que a todos nos gustaba lo mismo, nos gustaban cosas diferentes (...) Todos, sumados, *teníamos una visión muy abarcativa que podríamos haber trasladado a la dirigencia* (...) *Nosotros estábamos acá* [en Argentina] y veíamos lo que a la gente la enamoraba y lo que a la gente la fastidiaba, *nosotros podíamos aportar una visión más compleja de la realidad*. Capaz que suena medio romántico lo que yo te digo, pero ¿mirá si en vez de cerrarse en

Botnia y la mar en coche en Montevideo hubieran escuchado otras cosas? ¿Mirá si en vez de foguear contra el kirchnerismo ponían antes la relación que teníamos acá nosotros con los compañeros? Pero no, era más fácil ser ‘anti-k’.

La voluntad de “complejizar” la lectura del escenario político argentino en Uruguay que acompañó a una parte importante de la militancia local parece haber perseguido distintos objetivos que abrevaron en su histórica bifocalidad: se presentaba, por una parte, como un espacio discursivo legítimo – “nosotros estábamos acá” – desde el cual incidir en las definiciones políticas de la coalición, así como en su proyección fuera de las fronteras territoriales del Uruguay; por la otra, era una forma de preservar y poner de relieve lo que eran sus redes locales más sólidas. En esta última dirección, tal como veremos en el próximo capítulo, “los compañeritos” tuvieron un rol central, pues con la ayuda de otros militantes marcaron los intentos de “desengrietar” la coyuntura.

Cuando en 2011 el Frente Amplio cumplió sus primeros 40 años, “las papeleras” como tropo ya no ocupaba las tapas de los diarios ni era noticia en los canales de televisión. Entre otras cuestiones, el festejo que tuvo lugar en Buenos Aires brindó la oportunidad de dramatizar –en el sentido ritual del término– las tensiones que había generado la coyuntura, pero también las preocupaciones y las representaciones que de sí misma tenía la militancia local, o una parte de ella. Como un espacio y tiempo fuera del espacio y del tiempo, aquel aniversario permitió establecer y comunicar una agenda propia que, además de persistir en las demandas de “verdad y justicia”, señalaba a la ciudadanía extraterritorial como sujeto de políticas públicas. El documento leído en aquella ocasión invitaba a “profundizar la democracia con un programa construido a partir de la activa participación de los militantes”. Esto implicaba “anular la

Ley de Caducidad [para] terminar de una vez por todas y para siempre con la oscuridad de nuestra patria”, pero también generar “las condiciones propicias para que se produzca el retorno de los que emigraron, promoviendo un banco de empleo, disminuyendo el costo de la documentación para los orientales en el exterior”.

Aquella tarde, bajo una bandera que rezaba “Frente Amplio: 40 años de lucha *en el exilio también*”, las y los compañeros, entre quienes predominaban claramente “los políticos” que habían participado de la fundación del Frente Amplio en 1971 en Uruguay y lo habían fundado treinta años después en Argentina, bailaban y coreaban las “canciones de siempre”. “No, no nos moverán”, sonaba en la voz de Dean Reed en plena calle Independencia, a pocos metros de la sede de la CTA, como una paradoja que Alcida rápidamente se ocupó de aclarar: “bueno, nos recontra movieron, pero del Frente nunca”. Luego de la lectura de todas las adhesiones recibidas que reflejaban una historia robusta de cooperaciones y coordinaciones locales, las dos “visitas” llegadas desde Montevideo –Oscar de los Santos, por entonces intendente de Maldonado, y Alicia Pintos, por entonces senadora– tomaron el micrófono para dejar planteados dos temas que interpelaban directamente a la concurrencia: la inscripción –una vez surcado el conflicto que deparó “las papeleras”– de los vínculos entre uruguayos y argentinos en las memorias políticas metaforizadas por lo que el “río” uniría y separaría, y el “recambio generacional” en la composición de la militancia local.

El “río” permitió a Oscar de los Santos ponderar los avatares bilaterales en el marco del reconocimiento hacia el público presente, aunque para ello le resultara necesario recurrir a otra temporalidad; a una suerte de “memoria indeleble” más potente que la red que el propio frenteamplismo local había sabido construir a lo largo de los años, aquella que no solo había sido

obra de “los políticos” presentes: “[ustedes] nos hacen reconocer en el pueblo argentino una gran puerta abierta por ese Río de la Plata, por ese río Uruguay que a veces nos dividió, pero que muchas veces protegió a nuestros hombres y mujeres cuando en el exilio nos abrazaron a aquellos que están y a aquellos que ya no están hoy”. Si en su discurso el “río” “unía” un tiempo y una dirección –los años setenta, de Uruguay a la Argentina–, en la lectura de los organizadores del acto “separaba” en otro tiempo, en otra dirección: concretamente habilitaba un nuevo llamado de atención a “los dirigentes históricos del Frente que nos tienen olvidados de este lado del río”³⁴.

La intervención de Alicia Pintos recogió en otra clave aquel reconocimiento a la militancia local: luego de felicitar a “los frenteamplistas que están en Buenos Aires porque se animaron a hacer un acto en la calle, porque la calle es del Frente Amplio”, apuntó lo que era un tema candente: “*son preciosas las consignas y los cantos del Frente Amplio, nos encanta oírlos... ¡pero necesitamos una juventud que cante nuevas consignas! ¡Nuevos cantos al Frente Amplio y a la América unida!*”. Sus palabras, tal como vimos en el capítulo anterior, no podían sintonizar mejor con las conversaciones irresolubles que persistían entre los y las compañeras.

Las dificultades para incorporar “gente joven” se conjugaban de forma ambigua con afirmaciones recurrentes: “ya estamos todos viejos”, “esto se acaba con nosotros”. El marcado corte etario resultaba entre algunos de los compañeros inevitable pero, al mismo tiempo, parecía garantía de una serie de prácticas que rescataban y valoraban positivamente, entre ellas las reuniones periódicas de los comités de base que Rodrigo des-

³⁴ La cita corresponde al video que los integrantes del Comité Centenario “subieron” a la plataforma Youtube, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=3yKhcbhS_NU

cribía como “una estructura perimida, superada por las redes sociales en Uruguay”, pero todavía vigente en Argentina. Esta reivindicación, crucial entre quienes desde hacía décadas desarrollaban en los comités gran parte de su sociabilidad, no solo la política, respondía a las transformaciones operadas sobre las formas de organización y participación derivadas, entre otras cuestiones, de la incorporación de las tecnologías digitales.

Los usos de dispositivos móviles y redes sociales no era un denominador común ni masivo entre la militancia frenteamplista local y, mucho menos, ha sido una condición necesaria para el ejercicio de sus prácticas políticas transnacionales. Sin embargo, desde la primera década de este siglo se presentaban como un desafío estimulante para algunos, y amenazante para otros. Buena parte de la militancia contaba con más opciones para informarse y mantenía un contacto más fluido con familiares, amigos y compañeros radicados tanto en Uruguay como en otros países del mundo. Entre las y los compañeros, estas mediaciones que revolucionaban el activismo político en la escala global, más que traer novedades, visibilizaban sedimentaciones de su hacer. Hacia fines de 2015 los llamados telefónicos para extender invitaciones a actos y actividades estaban siendo reemplazados por el envío de correos electrónicos o posteos en *Facebook*. Algo semejante ya había sucedido con la prensa escrita que fue sustituida por distintas emisiones radiales que en varios casos podían seguirse por la web. Los debates iniciados en los comités comenzaban a prolongarse en distintos grupos de *WhatsApp* que demostraban los accesos diferenciales a la información, especialmente cuando se trataba de saber qué decía o pensaba “Montevideo”.

Con vaivenes y enorme tesón, los y las compañeras celebraban cuarenta años de Frente Amplio y treinta de Frente Amplio de Uruguay en Argentina y, con ellos, una vida en clave política transnacional basada en deseos, expectativas y acciones

“en red” que, lejos de situarse “más allá de las fronteras”, había logrado territorializar hábil y laboriosamente sus debates y prácticas. En el próximo capítulo nos ocuparemos de aquellas que hacen a los desplazamientos electorales.

DESPLAZAMIENTOS

La promoción, gestión y organización del voto frenteamplista radicado en diferentes puntos geográficos de la Argentina comenzó para el FAUA con las elecciones presidenciales de 1984. Por una parte, su hechura se fue afirmando y transformando a partir de las redes que abordamos en el capítulo anterior y, por la otra, por la consolidación del FA como fuerza electoral. Cuando se observan los diálogos, las cooperaciones y la infraestructura sobre la que se montan los “viajes electorales”, puede advertirse que se trata de algo más complejo que el mero hecho de cruzar la frontera “para ir a votar”. En sí mismas, las travesías por tierra y mar marcan un punto de llegada, no de partida.

Antes de abordar masivamente automóviles, ómnibus o barcos, cada desplazamiento implicó para la militancia frenteamplista local idear una campaña, discutir estrategias, conformar comandos electorales, organizar actividades territoriales a cargo de los distintos comités de base, organizar las visitas y la recepción de las y los candidatos, arbitrar canales de circulación de la información y recaudar fondos para financiar tanto la campaña como el traslado propiamente dicho. Cada nuevo proceso electoral supone entonces una dislocación que incluye la movilización de personas, ideas, valores, insumos, dinero y, claro está, votos. Estos desplazamientos –colectivos, voluntarios y cíclicos– fueron transformándose en el principal signo de distinción de la militancia en el país, aquel que supo soste-

ner y *aggiornar* en una articulación variable con la dirigencia y las instancias resolutorias de la coalición.

Como todo ritual, las elecciones nacionales siguen una estructura que dramatiza y pone “en foco” lo cotidiano; al mismo tiempo que expresan y refuerzan relaciones sociales, condensan lecturas del pasado y proyecciones a futuro. Por esta razón, si bien a los ojos de las y los compañeros cada proceso electoral es “único” y ocupa un lugar en los recuerdos, no todos portan el mismo peso específico. Los dos primeros desplazamientos, “el de la vuelta a la democracia” (1984) y el del “triumfo en Montevideo” (1989) conforman una unidad narrativa marcada por una misma expectativa: el retorno al Uruguay. Pero también señalan el compromiso con la defensa y la consolidación de las democracias recuperadas en ambos países. En los dos casos, el carácter “artesanal” de la organización de los viajes se corresponde con un periodo de expansión y sumo vigor del FAUA que, llegados los años 1990, ya no sería tal.

En la década neoliberal, el proceso electoral de 1999 implicó para la militancia local redoblar el esfuerzo organizativo a fin de concretar dos viajes al cabo de un mes. Esto, sumado a su coincidencia con las elecciones presidenciales en las que triunfó la Alianza en Argentina, disipa las referencias y los recuerdos asociados a las elecciones del año 1994, cuya elipsis se ve reforzada por la crisis que experimentó el frente amplismo local en la primera parte de esta década. Iniciado el siglo XXI, el viaje de “la victoria” (2004) y “el de Mujica” (2009) resultan tan inolvidables como excepcionales; configuran un tándem que, en buena medida, abreva en la erosión de las relaciones bilaterales, así como en los efectos de la polarización del escenario político argentino. Ambos desplazamientos colocan blanco sobre negro las alegrías por dos triunfos que encontraron a la militancia en posiciones y condiciones políticas locales sumamente diferentes. Finalmente, el desplazamiento de 2014 cristaliza algu-

nas de las dinámicas anticipadas en los dos procesos electorales anteriores: la institucionalización por parte de “Montevideo” y las acciones adoptadas para contener las desestabilizaciones de las redes que hasta entonces habían hecho posible los viajes; también los márgenes para desplegar una agenda propia que señale a la militancia local como parte activa en la construcción del rumbo de la coalición y del gobierno nacional, tanto fuera como dentro de las fronteras territoriales del Uruguay.

A pulmón

Las elecciones presidenciales de 1984 y 1989 estuvieron dominadas por las expectativas que traía consigo el retorno a la democracia que, como vimos en el capítulo anterior, para muchos incluía el proyecto de regresar al Uruguay, así como el compromiso y la responsabilidad de arbitrar los medios para preservar la existencia del FAUA. También están marcadas por los “errores” atribuidos a la falta de experiencia en la organización de los viajes. Más allá de los tropiezos que hoy son materia prima de anécdotas sumamente graciosas, estas primeras travesías guardan el registro de un periodo en el que el FAUA desplegó todo su agenciamiento y poder de convocatoria en un grado de autonomía respecto del FA que, paulatinamente y de acuerdo con cada quien, fue cediendo o perdiendo.

En 1983, al calor de la democracia recuperada en Argentina, la militancia frenteamplista local discutió los términos de la participación en las negociaciones que derivaron en la convocatoria a las elecciones uruguayas de 1984. Desde las páginas de *Volveremos*, el FAUA advertía que “la etapa de las dictaduras en Latinoamérica ha llegado a su fin”, pero que éstas serían sustituidas por “civiles identificados con el Imperio” (*Volveremos*, 1983, 1-4: 3). Ante esta “trampa”, el FAUA llamaba a la unidad,

la organización y al rechazo de toda forma de violencia. Este diagnóstico, sumado a la demanda de la “eliminación de los obstáculos vigentes para todos los exiliados y [la] creación de condiciones económicas y sociales que permitan su reintegro definitivamente al país” (FAUA, CP, BPU, 1984: 7), orientó la primera campaña local bajo la consigna “Uruguay: amnistía general e irrestricta, sin presos, proscriptos ni exiliados”.

A lo largo de 1984, una serie de actos masivos secuenció la movilización de la “colonia oriental”: la concentración en la Capital Federal y otras ciudades del país convocada el 27 de junio, día en que se cumplieron 11 años de la dictadura uruguaya; aquella que celebró la liberación del Gral. Líber Seregni (19-3-1984) y la que, una semana después, conmemoró en el obelisco porteño el 13er aniversario del primer acto público del FA (26-3-1984). En esta última ocasión, los legisladores peronistas Miguel Unamuno y Adam Pedrini presentaron ante la Cámara de Diputados un proyecto por el cual proponían invitar a Seregni a visitar Argentina como parte de un acto de desagravio a “los pueblos latinoamericanos, algunos de cuyos líderes fueron asesinados en el país” (*Tiempo Argentino*, 26-3-1984). Si bien estos actos fueron instalando el clima electoral, el arribo de Seregni a Buenos Aires en el mes de septiembre, muy poco después de recuperar la libertad, marcó una clara inflexión: no solo por su poder de convocatoria, sino también por lo que su visita traía en términos de reconocimiento y legitimidad política para el FAUA. La militancia local se ocupó entonces de la recepción del líder en Aeroparque, de la organización de la multitudinaria conferencia de prensa y del acto que siguió a ella, aquel que reunió a miles de personas en la intersección de las calles Corrientes y Maipú. Unos años después, también en Buenos Aires, el máximo líder frenteamplista recordaba aquel acto como “una cosa única en el mundo: un partido político realiza en tierra extraña un acto que era igual,

y de repente superior, al de sus fuerzas políticas en Uruguay” (FAUA, DLS, 1987: 3).

Durante su visita, Seregni se entrevistó con el presidente Raúl Alfonsín, quien ya se había reunido con Wilson Ferreira Aldunate y Julio María Sanguinetti. Aquel encuentro, que Seregni sintetizó escuetamente ante la prensa como “un aporte de datos para la transición”, posiblemente haya sido más trascendente para el presidente argentino que para el líder frenteamplista. Hasta entonces, el radicalismo había apostado fuertemente a la candidatura de Wilson Ferreira Aldunate, cuyo retorno al Uruguay había propiciado y, en cierta medida, custodiado³⁵. Sin embargo, proscripta su candidatura, afirmaba Carlos Torrenco desde las páginas de *Tiempo Argentino*, “sobrevino un cambio de estrategia en la Casa Rosada en materia de apoyos a la democratización oriental, [que] se vertebró alrededor de la necesidad de dialogar con todas las fuerzas uruguayas, colocándolas en un mismo sitio de jerarquía” (*TA*, 19-9-1984: 9). En esta dirección, la recepción de Seregni en la Quinta de Olivos buscaba aquietar los ánimos diplomáticos: “al dialogar ahora con todas las fuerzas opositoras del vecino país”, escribía Torrenco, “Alfonsín reduce las tensiones con los militares liderados por Gregorio Álvarez y amplía sustancialmente el prestigio del radicalismo dentro de toda la clase política uruguaya” (*TA*, 19-9-1984: 9). Más allá de esta intención, lo cierto es que, sobre el final de la campaña uruguaya, distintos gestos señalaron la inclinación del gobierno radical hacia la fórmula colorada. Además, la prensa argentina se ocupó particularmente de señalar los puntos en

³⁵ Ferreira Aldunate anunció públicamente su retorno al Uruguay durante el acto oficial celebrado el 25 de mayo en la ciudad de Concordia, al que fue invitado por Sergio Montiel, gobernador radical de la provincia de Entre Ríos y, antes de emprender el viaje y quedar detenido, se reunió con Raúl Alfonsín.

que Sanguinetti y Alfonsín convergían como demócratas de una nueva etapa en la región, cuestión que en buena medida fue posible porque ambos se encontraban simultáneamente “en campaña”. En el caso de Alfonsín, impulsando el voto por el SÍ en la consulta popular que dirimió el conflicto con Chile por el canal del Beagle. El 25 de noviembre de 1984, tanto la ciudadanía uruguaya como la ciudadanía argentina concurren a las urnas: una coincidencia icónica que fue primera plana de todos los diarios de alcance nacional.

MAÑANA
DOS PUEBLOS ELIGEN SUS DESTINOS

ARGENTINA
TODOS LOS DETALLES DE
LA CONSULTA POPULAR
POR EL BEAGLE

URUGUAY
DE REGRESO
A LA DEMOCRACIA CON
ELECCIONES PRESIDENCIALES

• TRANSMISION SIMULTANEA • INFORMACION INMEDIATA
• MOVILES EN LOS LUGARES CLAVE • COAXILES CON TODAS LAS PROVINCIAS ARGENTINAS

80 PERIODISTAS TRABAJANDO PARA QUE
USTED SE INFORME PRIMERO Y MEJOR

LA NOTICIA
EDICION ESPECIAL
DESDE LAS **10.00**

canal **1**

Publicidad de ambas coberturas electorales en *Tiempo Argentino*,
24-11-1984. Biblioteca Nacional, Argentina.



Portada de *Clarín Revista*, 25-11-1984. Biblioteca Nacional, Argentina.

Con la contribución financiera de militantes y adherentes, el FAUA rentó ómnibus que arribaron mayoritariamente a Montevideo por los pasos fronterizos del litoral; también confeccionó un listado de personas que viajarían en vehículos particulares y contaban con lugares disponibles para trasladar votantes. El “boca en boca”, la prensa partidaria, las audiciones radiales de la colectividad, los llamados telefónicos, el envío de telegramas y las mesas de información en las principales plazas y espacios públicos de varias ciudades del

país fueron los principales canales de difusión de la campaña, también las pegatinas o pintadas realizadas con el apoyo de la militancia argentina. En este primer momento en el que “hacer padrón” resultaba tan imperioso como complejo, las cadenas de contactos muchas veces se gestaban en Uruguay y eran refrendadas por distintas adhesiones locales “de peso”. Según explicaba Blanca:

Compañeros de allá [Uruguay] decían ‘tengo una prima en Buenos Aires’ o ‘mi tío vive en Ituzaingó’, y nos pasaban la dirección o el teléfono. Nosotros los contactábamos para hacerle llegar la plataforma y los invitábamos a viajar juntos. Buscábamos a los compañeros que eran artistas famosos acá para que nos ayuden a difundir. Me acuerdo que un día yo me fui hasta ATC [el canal de la televisión pública] y me quedé en la puerta esperando que salga [uno de los integrantes del programa Telecataplúm] que estaba viviendo acá, para que firme nuestra convocatoria. Era más o menos así, artesanal, la cosa.

El “artesanal” descrito por Blanca, que en nuestra conversación asumía como punto de comparación la modalidad que siguieron los desplazamientos tras la victoria de 2004, no solo radicaba en la tarea minuciosa de construir el registro más completo posible del potencial electorado que buscarían movilizar. En 1984 también suponía despejar las dudas de muchos compatriotas respecto de su habilitación para ejercer el voto. No todos tenían la seguridad de estar inscritos en el padrón electoral o, peor aún, temían estar en las listas de requeridos por la dictadura. El miedo a ser detenidos al llegar al Uruguay o a no poder sufragar era frecuente, por lo que la militancia se ocupó de corroborar la inscripción electoral o de tramitar y trasladar gratuitamente la documentación necesaria para re-

gularizar tal situación. Este control y asesoramiento es, desde entonces, parte de las tareas que hacen a la gestión de los desplazamientos electorales.

Podría decirse que las elecciones de 1984 fueron aquellas que menos esfuerzos de persuasión requirieron a la hora de movilizar al electorado uruguayo radicado en Argentina, dispuesto de por sí a emprender el viaje. Más allá de los debates que despertó la proscripción de Seregni, viajar a votar fue un hito que refundó las trayectorias de “los políticos”. Entre ellos se impuso poner fin a la dictadura: “en el ‘84 era que se vayan los militares y punto”, decía Leo, uno de los tantos compañeros que en esta ocasión no fue de la partida, pues temía no poder pasar la frontera sin ser detenido. No solo la militancia frenteamplista local vivió el imperativo de la hora: este se extendió y plasmó en acciones tan concretas como excepcionales. Durante aquella campaña, el FAUA, el PN y el PC coordinaron la instalación en Buenos Aires de un centro de cómputos. Desde Buenos Aires, tanto la prensa argentina como los compatriotas que no pudieron viajar, celebraron colectivamente el cierre de las urnas y siguieron los resultados que llegaban telefónicamente desde Uruguay.

Las elecciones de 1984 también reinauguraron un modo de cubrir los procesos electorales uruguayos en la prensa argentina. Desde entonces, aproximadamente un mes antes de los comicios, las semblanzas y reportajes a los principales candidatos, las crónicas de los actos de cierre de campaña en Montevideo y en Buenos Aires, los resultados de las encuestas y las consultas a diversos analistas políticos montevideanos anticipaban lo que, ya en los días previos a las elecciones, eran las noticias sobre pasajes agotados, las largas filas en el consulado porteño y el imponderable pero inevitable conteo de arribos por tierra, mar y aire de uruguayos procedentes de la Argentina y otros países del mundo. Pero a diferencia de todas las coberturas que le

sucedieron, en 1984 el pulso emotivo resultó sin igual y se vio particularmente condensado en el “voto emigrado”. Las declaraciones profundamente sensibles de quienes cruzaban la frontera para emitir su voto se tramaron en datos cuantitativos que interesaban particularmente a la militancia del FAUA no solo por la contribución a la difusión de su convocatoria, también por el “efecto de realidad” que estas lecturas podrían crear. Me refiero, concretamente, a cálculos como el que sigue y que se repetirían en otras ocasiones:

En una elección reñida como la que se pronostica para el próximo domingo, el triunfo puede darlo una diferencia de 20.000 votos, aseguran observadores locales. En Montevideo, agregan, ese margen puede ser de 5.000 votos. Tal vez sean estas especulaciones muy exageradas, pero hasta el momento parece claro que nadie ganará por abrumadora mayoría, y los que viajan desde el exterior se calculan en 30.000. Más del 10% del electorado total, suficiente para torcer un resultado (C, 23/11/1984: 20).

Si en 1984 la recuperación de la democracia había sido suficiente motivo para lanzarse a la travesía, en 1989 asegurar una masiva concurrencia a las urnas requería un plan de movilización que despertara sensibilidades e intereses locales lo suficientemente potentes como para interrumpir el curso cotidiano por unos días, organizar la logística familiar, pedir licencia en el trabajo e invertir un dinero que, en muchos casos, no sobraba. Si bien el FAUA mantenía una comunicación fluida con la Comisión Delegada del Interior y la Comisión Nacional de Organización, estos dos primeros desplazamientos no contaron con su aporte económico. “Hacer finanzas” fue entonces una tarea crucial, “revestida de la seriedad que este aspecto de la lucha revolucionaria merece” (FAUA, LGT,

1986: 3), por lo que el FAUA creó tres subcomisiones bajo la órbita de su Comisión de Organización: Pasajes, Plan de Ahorro Previo y Solidaridad. La primera se ocupó del alquiler de los ómnibus, la segunda de llevar las cuentas de quienes fueron pagando en cuotas sus pasajes y, la tercera, de reunir “todos los recursos monetarios y no monetarios provistos [en Argentina] por partidos políticos, organizaciones sociales, sindicatos y gente: afiches, pegotines, pintura, camiones” (FAUA, CO 1989: 5).

Las elecciones de 1989 coincidieron con la escalada hiperinflacionaria argentina, por lo que la implementación del denominado “Plan de Ahorro Previo” resultó crucial a la hora de garantizar pasajes que a último momento hubiesen resultado económicamente inviables. El plan de ahorro, una práctica habitual entre las clases medias para acceder a distintos bienes de consumo, hizo posible la concreción material del compromiso cívico y político. El recuerdo de “laburantes” yendo todos los meses al comité o a la Casa del FA para pagar una parte de aquel pasaje que sería voto resulta conmovedor: “capaz que había épocas [en las] que no llegaba a ahorrar ni dos pesos, pero la conciencia es antes”, decía Pedro; “cuando se acercaban las elecciones yo ya separaba un poquito [de dinero] todos los meses y llegaba al pasaje. ¡Ay, qué alegría que era! ¡te juro que lo festejaba!”, contaba Aurora.

¡AHORRO YA!

Ahora sí!... El Frente Amplio instrumentó un plan de ahorro anticipado para el viaje de la esperanza (Elecciones el próximo 26 de noviembre)

Un plan diseñado para brindar la mayor comodidad y seguridad - Consultas en; Sarmiento 1518, 2do. piso, tel. 35-4208 o en todos los comités de base.



Campaña publicitaria del FAUA, elecciones 1989. *Boletín* 6, septiembre de 1989. Archivo personal de Darío.



Campana publicitaria del FAUA, elecciones 1989. *Boletín 6*, septiembre de 1989. Archivo personal de Darío.

En mayo de 1989, con aquella mezcla de bronca y tristeza que había dejado la campana y el cruce del río en pos del frustrado “voto verde”, el FAUA comenzó a plantear la estrategia electoral que seguiría en el país: diseñó un plan de abordaje zonal, disputó con “Montevideo” la agenda y la distribución de las visitas de los candidatos a los distintos comités y debatió su propia plataforma. ¿En base a qué propuestas concretas podía el FAUA convocar el voto de los uruguayos residentes en Argentina? ¿Cómo explicar y sobrellevar la fractura que, tras la creación de Nuevo Espacio (NEs), introdujo una opción más en el mapa electoral? ¿Cómo presentar en Argentina a los nuevos –y en algunos casos desconocidos– candidatos? Estas parecen haber sido algunas de las preocupaciones que dominaron las traspasadas en la Casa del FA.

El FAUA barajó distintas consignas de campana. El MLN propuso dos: “Por el derecho a vivir en la Patria” y “Elecciones sin proscriptos económicos” (FAUA, MLN a la MP, 1989: 1). Esta última, explicaba en su carta a la MP, buscaba captar

al electorado que había migrado al país en los últimos años, un segmento cuantitativamente significativo que, muy posiblemente, aun figuraba en los padrones. Además, agregaba, el FAUA “tiene un espacio político ganado que se deberá utilizar para obtener formas alternativas y económicas de viajar, [apelando a] la solidaridad (utilizando el planteo de la proscripción económica) de las organizaciones políticas argentinas y sus organismos sociales” (FAUA, MLN a la MP, 1989: 2). Aunque la propuesta del MLN contó con la adhesión de varios comités de base, se impusieron otras consignas, quizás menos imperativas y más emocionales: “Para hacer posibles nuestros sueños” y “Por la reunificación de la familia oriental”. También el viaje electoral en sí mismo tuvo su propia leyenda: “¡Orientales al Frente! Un cruce a la vida”.

En 1989 la apelación a una sensibilidad exacerbada medió lo familiar del pasado con lo que podía resultar distante o desconocido en el presente. Tras el congreso de Palacio Peñarol, el FAUA interpretó la proclamación de la fórmula presidencial (Seregni-Astori) y la candidatura de Vázquez a la intendencia de Montevideo como una opción “realista, convocante y movilizadora” (*Boletín*, 1989, 1-6: 2). En el caso de este último, avizoró sin embargo la necesidad de una suerte de presentación en sociedad, especialmente ante quienes llevaban varios años de residencia en Argentina. “¿Quién es Tabaré Vázquez?” es el título de la nota en la que Enrique Aguilar asumía la introducción local del candidato. En ella, Vázquez es definido por su barrio natal, La Teja, a partir de una extensa enumeración de escenas y lugares que, si bien en muchos casos ya no eran referencias materiales contemporáneas, guardaban la potencia movilizadora de la memoria afectiva que configura en parte el voto extraterritorial. “Tabaré”, escribía Aguilar,

es La Reina, Codarvi, El Venus, Araca, la Plaza Lafone,
El Casto, El Arbolito, Los Diablos, La Cumparsita, El

Bao, El Tobogán (...) Es el conventillo del Ruso Juan, lleno de maricas, milicos y vino suelto; es las putitas baratas en oscura adolescencia; el Chato Baltazar apuntando el dedo desde una canchita (...) El antiguo cine Miramar, la sede de “Los Gauchos”. [Es] esa tierrita en la que fue profeta (*Boletín*, 1989, 1-6: 5).

La prensa del FAUA dedicó varias notas a la descripción y análisis del escenario electoral. La plataforma de cada partido fue objeto de minuciosos análisis y comentarios, pero sin duda la propuesta de NEs fue la que resultó más escrutada y criticada. Su presentación como una “alianza prefabricada”, con “efectos electoreros”, buscó contener una posible fuga de votos –“compañero, no se deje engatusar”– (*Boletín*, 1989, 1-6: 4) que, de acuerdo con los balances poselectorales, no fue tal. Anulada esta opción, el FAUA ensayó la polarización –“más allá de las 7 candidaturas a la presidencia, se optará por dos modelos de país” (*Boletín*, 1989, 1-6: 7)– y para ello introdujo una dicotomización que subvertía el determinismo territorial. Votar al Frente era votar contra un “proyecto conservador” identificado con “esos pocos que *viven de espaldas al país*, que lo han empobrecido sacando sus ganancias fuera de las fronteras” (*Boletín*, 1989, 1-6: 2).

Como vimos en el capítulo anterior, “vivir de cara al país” fue, en muchas circunstancias, el modo en que la militancia local se caracterizó a sí misma y enunció su legitimidad a la hora de intervenir en la vida política uruguaya pese a no residir dentro de las fronteras territoriales. Quienes dentro del territorio nacional vivían “de espaldas al país” reforzaban y justificaban el compromiso político local que excedía la coyuntura electoral. Por ello, se sostenía desde la nota editorial de *Boletín*, “no le pedimos solamente su voto: le pedimos que se convierta en un trabajador de nuestra propuesta” (*Boletín*, 1989, 1-6: 2). De la plataforma del Frente, que mantuvo un “fuerte tono ‘anti-

oligárquico y antiimperialista” (Garcé-Yaffé, 2006: 101) muy caro a “los políticos”, el FAUA destacó las propuestas en materia de “cooperación latinoamericana”, así como el plan económico destinado a reactivar el rol del Estado, aquel que podría promover el retorno “masivo pero ordenado” que solicitaban algunos sectores activos en el país, entre ellos el PCU.

El diseño territorial de la campaña, que incluyó la organización de una serie de actos preparatorios del central –llevados a cabo en Parque Lezama–, expresó la rigurosidad y el compromiso con que los compañeros vivían la “hora electoral”. Su capacidad de movilización, el monitoreo incisivo de los comités y las negociaciones con “Montevideo” –a fin de resguardar la representación y cohesión sectorial de la coalición en el país– fue minuciosamente asentado en los informes de la Comisión de Organización ante el Plenario del FAUA:

En principio el único orador propuesto por Montevideo era el senador Gargano. Después, a raíz de los planteos de la Mesa [Política del FAUA], se planteó que [se] debía traer compañeros representantes de las cuatro grandes vertientes que integran el FA. Hecho el planteo a Montevideo, se comprometen a integrar un equipo con compañeros representantes de las diversas tendencias (...) Se definió al compañero Cultelli para Morón, Gargano para el Sur, la compañera González para Capital y el compañero Arana para el Norte (...) El balance de esta serie de actividades muestra una convocatoria de 1500 personas (...) Capital debería haber convocado a 850 personas. Estamos seguros de que, si Capital hubiera arrancado con su trabajo al mismo tiempo que el Sur, lo hubiera logrado. Hubo fallas, como siempre, pero esperamos corregirlas a poco que entendamos que las cosas no SALEN bien o mal, sino que se HACEN bien o mal (...). Mar del Plata [convoca] 750 personas en el

auditorio. Con todo esto, queda la convicción de que ajustando el nivel organizativo estamos en condiciones de llevar adelante una gran campaña electoral. (FAUA, CO, 9/1989: 3).

Llegado el momento de emprender la travesía, quienes protagonizaron estos primeros desplazamientos recuerdan particularmente los problemas que encontraron al llegar a la frontera. Además del atiborramiento de los pasos internacionales que los demoró por horas, aquellos viajes estuvieron atravesados por una serie de denuncias sobre estafas, intentos de frenar la caravana y pedidos de sobornos para permitir su marcha. Estos hechos, desarrollados en la prensa uruguaya (*MA*, 11/1989; *LR*, 25/11/1989 y 26/11/1989), fueron decodificados como parte de la contienda política. En una de nuestras conversaciones, Ignacio lo explicaba como sigue: “los de la aduana nos hicieron la vida imposible, nos pedían plata, nos pedían papeles de no sé qué, listas de esto, de lo otro. Eran todos colorados, entonces obviamente no querían que pasemos. Nosotros, imagínate, íbamos cantando, con las banderas, ¡éramos voto cantado al Frente!”.

Más allá de las denuncias específicas, la prensa uruguaya registró estos arribos entre el compromiso y la épica. La idea de estar cumpliendo con un deber cívico, la responsabilidad con que lo hicieron y el esfuerzo que ello supuso se combina en las crónicas con la descripción de escenas sumamente emotivas, como la entonación del himno nacional por parte de “los sufragantes” de todos los colores al pisar suelo uruguayo (*EP*, 26/11/1984), o el hecho de dormir en plazas y espacios públicos a la espera de poder votar (*EP*, 27/11/1989). A ello se suma un dato no menor dadas las transformaciones posteriores operadas sobre la percepción de los viajes electorales en una parte de la prensa de ambos países, me refiero a la valoración positiva del rol desempeñado por los partidos políticos en tanto “facili-

tadores” de la “gesta cívica” que protagonizaron miles de compatriotas (*EP*, 27/11/1989). Lejos de ser condenado o puesto en cuestión, el trabajo de los partidos en función de los desplazamientos electorales era alentado por la prensa que divulgaba los costos de los pasajes, las direcciones y horarios de atención de las distintas sedes partidarias en las cuales podían adquirirse; también se informaba sobre las gestiones estatales realizadas para facilitar el traslado, como el decreto presidencial por el que el Estado argentino otorga desde entonces licencia con goce de sueldo a la ciudadanía uruguaya empleada en la administración pública nacional, la eliminación de la confección de formularios migratorios y la exención del pago de peajes por el tránsito sobre los puentes internacionales.

Buena parte de la “solidaridad” o “apoyo” registrado en estas crónicas sobrevuela las escenas evocadas por la vieja guardia del FAUA, especialmente cuando se trata de narrar la recepción que encontraron al llegar al Uruguay. El recibimiento de la caravana de centenas de ómnibus y vehículos particulares, el cartel con la frase “Bienvenidos a la Democracia” que Marcos divisó desde un desvencijado ómnibus de la línea 60, o el pasacalle que en Plaza Cuba rezaba “¡Bienvenidos a casa!”, grabado en el corazón de Carlos, forman parte de los recuerdos que se cuentan con lágrimas en los ojos. La contracara de aquellos recibimientos era, sin duda, los retornos. “La vuelta con la derrota en mano”, diría José, condensaba las intersecciones de las trayectorias migratorias, las consecuencias más terribles del terrorismo de Estado y los persistentes compromisos políticos. En este sentido, el relato de Javier es semejante al de otros compañeros:

Las vueltas [a la Argentina] eran terribles, tristísimas (...) Venías de unos días de estar con tus amigos de toda la vida, de estar con tu familia, de estar en tu barrio, que asado de acá y que asado de allá; de vivir el día de las

elecciones, de esperar los resultados... Y en un par de horas pasabas a volver [a Buenos Aires] y no era fácil, porque además de la tristeza que te agarraba volvíamos habiendo perdido (...) Las caras en los colectivos eran todas iguales, todos serios, todos angustiados... Se te venía toda la historia a la cabeza, ¿viste? Los compañeros asesinados, los desaparecidos (...) Me acuerdo de las elecciones del '89, que unos meses antes había sido la consulta por la Ley de Caducidad, que la perdimos. Fue terrible para nosotros, las broncas en el viaje, compañeros que decían 'se va a la mierda, no vengo más [a votar]' y, después, llegaban de nuevo las elecciones y ahí estaban, repartiendo volantes y 'vamo' arriba el Frente'. Esas cosas pasaban, eran muchas emociones mezcladas.

Entre las "emociones mezcladas" se encontraba la nostalgia reactualizada por la visita al país y el lamento por los resultados, también la satisfacción que brindaba el haber podido concretar un voto que, como decía Leonel, fue hecho "a pulmón".

Malos viajes

Hay una crisis por alejamiento. Militamos casi por costumbre, casi por necesidad moral. Me sorprende a mí mismo pensando en la militancia 'deber', en la militancia 'rutina', en la militancia 'sacrificio', y muy pocas veces me sorprende pensando en el triunfo. Creo que *lo que nos está faltando a todos es oler de cerca, como huelen los compañeros que viven en el Uruguay, que el triunfo es posible* (FAUA, CO, 1989: 3).

En el umbral de lo que sería la presidencia de Luis Alberto Lacalle (1990-1995), Gustavo, que por entonces integraba la

Comisión de Organización del FAUA, anticipaba los ánimos que encuadraron las lecturas y debates correspondientes a los procesos electorales de los años 1990. Pese al crecimiento sostenido del caudal electoral, el balance general de las y los compañeros incluía la descripción de los desplazamientos electorales gestionados en 1994 y 1999 como “malos viajes”. Esto es, “desorganizados” o “descoordinados”, producto de la dispersión de la militancia y el debilitamiento del vínculo orgánico con el FA. Todo ello, sumado al tiempo que en promedio llevaban de residencia en Argentina, explicaba la dificultad para “oler de cerca el triunfo” mencionada por Gustavo en su informe. Al mismo tiempo, desplazaba la militancia de un terreno que, en buena medida, la había definido décadas atrás: la abnegación personal y moral. No es un dato menor, resulta más bien indicativo de una transformación en las izquierdas que revisaron sus bases programáticas y fueron transformándose en opciones electorales.

Algo particular sucede, decía, con los relatos para las “elecciones de los noventa”: el proceso electoral de 1994 se diluye en la relevancia otorgada al de 1999. La introducción de las elecciones internas, la imposición del candidato único y el balotaje que, de acuerdo con Moreira, “parecen haber tenido un impacto decisivo en los resultados electorales y en la recomposición del sistema político” (2004: 44), encontró traducciones y desafíos específicos en esta orilla: además de enfrentar el esfuerzo de gestionar un segundo traslado de votantes en el término de pocas semanas, sumó una nueva dificultad a la hora de mantener la habilitación legal de su base electoral. Sin embargo, entre todas las razones por las cuales el desplazamiento de 1999 adquiere preeminencia, la más destacada es la coincidencia de los cronogramas electorales en ambos países: entre las elecciones que en Argentina ganó la “Alianza” y la primera vuelta en Uruguay que dio a la fórmula Vázquez-Nin Novoa casi el 40%

de los votos, medió sólo una semana. Si como venimos apuntando, el sentido de bifocalidad es una constante de la vida política transnacional, el calendario lo hizo más evidente aún. La percepción de un tiempo de acuerdos plurales en el Cono Sur, refrendada por los triunfos de Fernando de la Rúa en Argentina y Eduardo Frei en Chile, enfatizaron las expectativas electorales del frenteamplismo local, aun cuando el programa de la coalición no terminaba de comprender o visibilizar del todo sus reivindicaciones.

A diferencia de lo sucedido en 1994, la militancia se encontró demandada por el electorado residente en el país: “antes de empezar la campaña, te digo antes, ya había gente que te llamaba preguntando por los pasajes”, recordaba Pepe. En esta ocasión, la comisión ocupada de negociar el traslado introdujo con mayor masividad la oferta de pasajes en barco para quienes sufragaban en Montevideo o puntos cercanos a la capital, en tanto los ómnibus pasaron a cubrir otros destinos, como Salto y Paysandú. Tras las denuncias que se registraron al atravesar la frontera en los viajes electorales anteriores y a fin de asegurar que cumplieran con todos los requisitos legales, los ómnibus fueron contratados a partir de los contactos con distintos sindicatos nucleados en la CTA. Su financiamiento contó, como en otras ocasiones, con la contribución de las redes locales, integradas por fuerzas políticas argentinas cuyos dirigentes habían accedido a cargos públicos.³⁶ Por eso, tal como veremos, las elecciones de 1999 guardan el vértigo de dos victorias que se creían inminentes –localmente alentadas por el eclipse del menemismo– y la subsecuente frustración para el Uruguay.

³⁶ Entre ellos, el denominado “Grupo de los ocho”, integrado entre otros por Germán Abdala y Carlos “Chacho” Álvarez, los socialistas Alfredo Bravo y Guillermo Estévez Boero y los radicales Marcelo Stubrin y Leopoldo Moreau fueron algunos de los interlocutores atentos a las solicitudes de cooperación presentadas por el frenteamplismo local.

En consonancia con lo descrito en el capítulo anterior, los discursos de campaña experimentaron algunas variaciones. Si hasta entonces era común que los y las candidatas llegadas desde Uruguay reprodujeran palabras que podían ser pronunciadas en cualquier punto geográfico del Uruguay, comenzaron a considerar en sus intervenciones los modos en que su relocalización invitaba a desregular formatos para dirigirse a una audiencia que ya no veía ni creía “inminente” su retorno. Tal vez porque se trataba de una de sus primeras visitas a Buenos Aires en calidad de candidato, las palabras de Eleuterio Fernández Huidobro durante el acto celebrado en Casa Cultural ilustran este cambio de registro: “es medio alucinante para uno a estar acá, nada menos que en Buenos Aires. Le quedan grandes las luces del centro, y cuesta venir de los barrios más humildes de Canelones y desembocar acá, en la gran ciudad, *con discursos que de pronto no están preparados para este lugar*, y la forzada necesidad de improvisar” (CC, DEFH, 1998: 1). Como en otros casos, la “improvisación” ensayada por Fernández Huidobro consideró las especificidades de la audiencia, su contexto y localización.

En buena medida, la capacidad de las y los candidatos de visita en el país para advertir sus propias dislocaciones territoriales, definió aquello que podía ser considerado un “buen discurso”. La necesidad de un “cambio” –consigna central de la campaña de 1994– se impuso en las intervenciones públicas como parte de una lucha común contra el neoliberalismo que, en palabras de Alicia Pintos, captaba y reflejaba el sentido de bifocalidad que impulsaba a la “militancia doble”:

El neoliberalismo (...) ha aumentado las cifras de desocupados, las cifras de pobres en nuestros países, cerrado las industrias, cercenado los derechos laborales (...) Esto ofrecen los gobiernos que hoy tenemos. Los frenteamplistas que están trabajando en Argentina, los compañeros progresistas de Argentina, tienen que ayudar

a sacar de la cabeza de la gente que esto es irreversible
(*Dos Orillas*, 1999: 5).

La tarea de “combatir la desesperanza” fue uno de los objetivos compartidos. A él seguía, de acuerdo con la intervención de Marina Arismendi en el auditorio porteño de la Unión Tranviarios Automotor (UTA), “luchar contra la idea de que, si ganamos, igual no vamos a poder gobernar” (FAUA, DMA, 10-4-1999: 1). En este punto, las dos gestiones consecutivas de la intendencia de Montevideo por parte del FA era parte del capital político que el frenteamplismo local tenía para exhibir y compartir con aquellos partidos y organizaciones sociales argentinas que, de acuerdo con Nelson, enfrentaban “el ajuste”, privilegiando a “los seres humanos por encima de la economía”.

A fines de la década de 1990 la lucha contra las desgarradoras consecuencias del neoliberalismo se tornó un denominador común que, como ya mencionamos, encontró en la coincidencia de los cronogramas electorales un plus de significado. La victoria de la Alianza se apoderó de las lecturas del proceso electoral uruguayo que EP-FA buscó capitalizar. El último tramo de la campaña procuró alentar un “efecto arrastre” basado en la consigna aliancista “Chau Menem”. Ni bien se conocieron los resultados argentinos, Tabaré Vázquez viajó a Buenos Aires para felicitar al presidente electo, Fernando de la Rúa y, una semana después, Mary Sánchez, electa diputada nacional por la Alianza, encabezó la nutrida delegación que llegó a Montevideo para acompañar a la fórmula Vázquez-Nin Novoa. En esta ocasión, el entusiasmo con el espejo parecía tal que el comando electoral lanzó un controvertido *spot*, de amplia repercusión en la prensa argentina y uruguaya.³⁷ En él, un hombre arrojaba al

³⁷ El *spot* motivó la queja del embajador argentino en Montevideo por su tono “agraviante y revanchista” (*LN*, 28/10/1999: 2), por lo que Vázquez se disculpó y fue retirado del aire.

piso la bandera argentina –como metáfora del fin del menemismo– y, a continuación, colocaba la del cambio elegido. Una voz en *off* preguntaba a la teleaudiencia qué esperaba Uruguay para hacer eso mismo. De este modo, “Montevideo” apostó fuerte a una analogía que, en esta orilla, impulsó lecturas dispares.

Consulté a Alex y a Ruben por el *spot* en cuestión. Al primero porque, como describí en el primer capítulo, su participación política siempre estuvo circunscripta al FA: es uno de sus “militantes puros” y, entre mis interlocutores, quien mayor reparo demostraba a la hora de formular “mezclas y comparaciones”. Al segundo porque, por el contrario, su traducción de la consigna “militar en donde te toque estar” que abordamos en el capítulo anterior, implicó colaborar activamente con la campaña de la Alianza, desempeñándose como fiscal en una escuela del norte del conurbano bonaerense. Ninguno recordaba haber visto el *spot* de campaña ni tenía idea del mismo. Sin embargo, al leer las notas publicadas en la prensa que compartí con ambos en distintas circunstancias, elaboraron una serie de reflexiones que despliegan lógicas, estrategias y matices de la situacionalidad. Como en otras ocasiones en las que el juego de los espejos entró en acción, los compañeros no se vieron igualmente reflejados en ellos.

Alex objetó de plano el *spot*: para él se trataba de procesos políticos que, ante las coyunturas electorales simultáneas, resultaban incomparables. En cierta medida, su descripción del FA coincide con la propuesta por Moreira; es la de “una izquierda ‘solitaria’ y no-aliancista, [que] tiene frente a sus pares de la región la enorme ventaja de mantener su consistencia ideológica, y de no verse desafiada por pactos de compromisos con gobiernos de “centro” y “centro-derecha” (2000: 22). En sintonía con ello, decía Alex:

La Alianza era un rejunte electoralista, estaba unida por el espanto, como se dice. Nada que ver con el Fren-

te. El Frente es una fuerza que tiene una historia de consensos y de espacios de representación de sus sectores, de las bases, que tenían tremenda heterogeneidad. No hay comparación, es una mala comparación. No era el mismo “cambio” [el] que proponíamos, ni [era en] las mismas condiciones (...) A la Alianza la unía el espanto y por eso terminó como terminó, y al Frente lo unía su tradición política (...) Lo que sí sirvió es que la derrota del menemismo, es como que eso dio ganas de ir a votar. Cruzamos más gente para la segunda vuelta que para la primera vuelta, y eso que tuvimos muy poco tiempo para militar ese viaje, porque enseguida se nos vino encima.

En tanto para Ruben, que en el término de poco más de un mes vivió intensamente tres jornadas electorales que le hicieron perder varios kilos, la ubicación del FA “dentro del molde de la socialdemocracia, aunque en una versión más a la izquierda que la europea contemporánea” (Garcé-Yaffe, 2006: 106), encontraba una constatación a dos orillas que para la militancia local resultaba difícil de asimilar:

[El *spot*] tiene un mensaje que podíamos entender nosotros [la migración uruguaya en Argentina], pero allá [en Uruguay] no. Allá es al revés, cualquier cosa que los haga diferentes de los argentinos vale, ¿no? Hasta jugaba en contra [risas]. Pero la comparación era buena, porque me parece que no había muchas diferencias. En lo grueso, yo por lo menos no las notaba.

S: ¿En qué no notabas diferencias?

R: Y, en el punto de vista productivo, la justicia social, la distribución de la riqueza, el cambio de mirada [sobre el] Estado, el fin de la corrupción eran cuestiones que podías encontrar en la Alianza y en el Frente (...)

Es que el Encuentro Progresista hizo al Frente una fuerza socialdemócrata, aunque muchos compañeros no te lo querían reconocer, incluso hoy no te lo reconocen, ¿viste? Viven en su burbuja, [en] lo que era el Frente que dejaron cuando se vinieron, pero con esas elecciones empezó el cambio. ¿Qué diferencia había entre de la Rúa y Nin Novoa? Con una mano en el corazón, decime, ¿qué diferencia había? (...) Viendo estas notas que me traes... Esas elecciones se perdieron porque todavía no resultaba creíble que el Frente pueda ser socialdemócrata. Nos ganaron con el miedo. Acá [en Argentina] el miedo ya no se podía usar más, la sociedad estaba harta. El uruguayo en Argentina ya no lo compraba a eso, pero el uruguayo en Uruguay, sí. Si querés diferencia, esa es la diferencia.

La coincidencia electoral y “el cambio de rumbo en nuestros países” que Vázquez proponía en Buenos Aires como parte de una revolución cautelosa (*PI2*, 2/11/1999: 21) alentaron las traducciones locales de las “estrategias del miedo” mencionadas por Ruben. A medida que las encuestas evidenciaban el incremento en la intención de voto a la fórmula de EP-FA, el diario *La Nación* combinó los temores que ello generaba en el *establishment* local con su impugnación ideológica al FA; aquella que a su vez permitía señalar los reparos hacia algunas de las fuerzas políticas que integraban la Alianza argentina. En el juego de los espejos, además de situar al EP-FA “más a la izquierda que el FrePaSo”, el diario elucubraba sobre “el peligro de la retirada de capitales, de una política híperestatista, el derrumbe del sistema financiero local y la revisión de la guerra antisubversiva” en caso de un eventual triunfo de la izquierda uruguaya (*LN*, 30/10/1999: 2). De cara a la segunda vuelta, el influyente periodista Mariano Grondona proponía el siguiente razonamiento, tan estratégico como anticipatorio:

Si uno es de izquierda, desearía que gane Vázquez. Si uno es de centro o centro-derecha, ¿desearía que gane Batlle? En principio, sí (...) Si podemos imaginar que los blancos son como nuestros conservadores, los colorados como nuestros radicales y el EP-FA como nuestro FrePaSo, parece natural que alguien situado en el centro o en la centroderecha desee que el 28 triunfe Batlle (...) Pero la victoria de 1999 podría traducirse en una derrota más contundente que la de hoy, si la izquierda sigue creciendo. ¿Qué vale más para un liberal y un conservador preocupado, pero inteligente? ¿Asumir ahora el costo económico de corto plazo de la incorporación política de la izquierda o demorarlo cinco años, cuando la izquierda podría volverse arrolladora? Para un moderado que piense en el corto plazo, lo peor es que gane Vázquez. Para un moderado que piense en el largo plazo, quizás lo peor sea lo mejor (*LN*, 4/11/1999: 4).

La militancia local encontró en el diario *La Nación* su propio medio “medio opositor”, aquel con el que no perdió la oportunidad de polemizar desde sus audiciones radiales que por entonces se multiplicaban. En esta tarea, otro diario argentino –*Página 12*– resultó crucial, pues contribuyó a definir el rumbo que tomaría la campaña local, visibilizando las diferencias que atravesaron a la militancia en el país. En octubre, un mes antes de iniciar la cobertura específicamente electoral que denominó “Otro Uruguay”, *Página 12* publicó la célebre carta abierta del escritor Juan Gelman a Julio María Sanguinetti. La carta contó con la adhesión de cientos de renombradas figuras artísticas, periodísticas e intelectuales cuyos textos, en algunos casos, fueron publicados a lo largo de varias semanas en la icónica contratapa del diario. La respuesta de Sanguinetti y la denuncia contra *Página 12* formulada por Hierro López,

candidato a la vicepresidencia por el PC³⁸, no solo movilizaron el repudio de la militancia local, también promovieron la radicalización de su agenda: el FAUA, que desde su fundación mantenía un firme compromiso con las causas por las violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura, llamó la atención sobre lo que creía no resultaba prioritario o se percibía como objeto de un tratamiento “tibio”, incluso “errado”, en la campaña que llegaba al país.

Si los candidatos y referentes de la coalición llegados a Buenos Aires promocionaban el “Uruguay Productivo” y el “Plan de Emergencia”, dos tópicos centrales de aquella campaña, algunos sectores de peso local sumaban –y en algunos casos privilegiaban, tal como lo hacía el PVP– la consigna “Al Frente con verdad y justicia”, que expresaba un posicionamiento en materia de derechos humanos más intransigente que la promesa de Vázquez respecto de hacer cumplir el artículo 4 de la Ley de Caducidad (P12, 29/10/1999: 23). “No perdonamos, no nos reconciamos”, decía el cartel que Leonel llevó en su pecho a uno de los actos en que se presentó la fórmula en Buenos Aires. Decidió hacerlo, explicaba, porque era una forma de “recuperar nuestros principios. El Frente acá nació luchando para que tengamos eso, Verdad y Justicia. Acá acompañamos a las Madres, a las Abuelas, a la APDH, al CELS y ellos nos acompañaron a nosotros. Si el Frente llegaba al gobierno, no podía dejarlo a un costado”.

Tal vez, las tiras publicadas en *Página 12* por el humorista gráfico Miguel Repiso (Rep) los domingos correspondientes a la primera y segunda vuelta en Uruguay ayuden a comprender la permeabilidad que caracterizó aquel proceso electoral, especialmente en lo que hace a las combinaciones de los significados otorgados a la distancia, la proximidad y la extranjería que fue-

³⁸ El candidato denunció la “notoria intención electoral en el seguimiento del ‘caso Gelman’” por parte del diario (P12, 27/11/1999: 18).

ron parte de la subjetivaciones político-electorales que acompañaron los comicios en ambos países. En el caso de la primera tira, la expectativa por la victoria del FA se convierte en el punto de fuga de una heterogénea “familia bonaerense” –cuyos votos reflejaban el comportamiento electoral de la provincia– al conocerse que Carlos Ruckauf, que acababa de ser electo gobernador, designaría como ministro de seguridad al ex “carapintada” Aldo Rico. En este caso, el humor es habilitado en la secuencia que señala la proximidad ideológica y extranjería.



Contratapa, *Página 12*, 31-10-1999.

En la segunda tira, publicada el domingo del balotaje, el festejo en Argentina del voto frenteamplista y su doble sanción –normativa en Uruguay, en Argentina– rompe la secuencia anterior: la extranjería, desbordada por la proximidad ideológica, clausura la expectativa y la posibilidad de fuga sugerida en la tira anterior.



Contratapa, *Página 12*, 28/11/1999.

Para la militancia local, las elecciones de 1999 fueron excepcionales en más de un sentido. Las nuevas reglas introducidas por la reforma constitucional, el debilitamiento del vínculo orgánico con el FA, las dificultades –pero también la autonomía– derivadas de ello y de la convocatoria a “militar donde te toque estar”, potenciaron la coincidencia de los cronogramas electorales y la –hasta entonces inusitada– cobertura de la prensa argentina. Esta última medió y tradujo las coordenadas de la campaña, siendo un insumo fundamental de los programas radiales que sustituyeron, en gran medida, a la propia prensa partidaria cuyos costos de producción fueron cada vez más difíciles de solventar. La contienda de 1999 puso fin al ciclo de desplazamientos aspiracionales. Terminarían entonces los “malos viajes” y, de los próximos, regresarían como anhelaban: “siendo gobierno”.

Victorias encontradas

Luego de más de dos décadas de militancia transnacional, el desplazamiento electoral de 2004 se grabó a fuego en las memorias del frenteamplismo local. No solo porque su resultado, deseado y fantaseado tantas veces, se hizo realidad con la contundencia de un triunfo obtenido en la primera vuelta, sino porque aquel desplazamiento, aseguran, “no pudo ser mejor”. Ignacio, que integró el comando electoral en Buenos Aires, puntualizaba aquello que hizo la diferencia: “movimos lo que movimos porque la campaña estuvo bien pensada, bien organizada, bien acompañada acá por todos, por los compañeros argentinos”. Es que en esta ocasión, la militancia local no sólo festejó el arribo a la presidencia y el logro de la mayoría parlamentaria, también celebró la consagración del propio viaje electoral. Distintos medios de comunicación y analistas políticos de ambos países se hicieron eco del “voto Buquebus” que fue tapa del diario *Página 12*

tras conocerse los resultados. Desde entonces, “voto Buquebus” pasó a designar y visibilizar a un segmento del electorado uruguayo extraterritorial y, con él, a quienes lo gestionaban.



Portada de *Página 12*, 2/11/2004. Biblioteca del Congreso de la Nación, Argentina.

La combinación de la intención de voto arrojada por las encuestas en los días previos al acto electoral, las especulaciones respecto de la cantidad de votantes que se trasladaron desde Argentina y la diferencia porcentual entre el FA y el PN –la segunda fuerza más votada– dieron lugar a una serie de interpretaciones que atribuyeron, nada más y nada menos, la primera victoria nacional frenteamplista a “los votos llegados desde Argentina”. Aun cuando este dato es materia de

debates e impugnaciones, lo cierto es que encontró un masivo “efecto verdad” que puso en valor las representaciones que circulaban sobre la militancia local en ambos países. Por esta razón, el desplazamiento de 2004 señaló un “doble triunfo”. Sin embargo, como veremos para los siguientes dos desplazamientos (2009 y 2014), la visibilidad traería también sus complicaciones.

Haberse hecho “famosos”, en palabras de Eleonor, no sólo estaba vinculado con las interpretaciones del resultado electoral, también se debía a las transformaciones operadas sobre la infraestructura y los canales de circulación que hasta entonces hacían posible los viajes. Nunca las redes locales habían estado en tan buenas condiciones de apuntalar la campaña frenteamplista en Argentina. Al mismo tiempo, nunca antes el FA había accedido a las posiciones de enunciación y negociación que detenía en 2004. En este sentido, el desplazamiento de 1999 había dejado un aprendizaje: no alcanzaba con trasladarse al país para recorrer comités, realizar actos y convocar al cruce del río “aunque sea nadando”, tal como arengó José Mujica en el acto de cierre de aquella campaña; también era necesario trabajar sobre la presentación del Frente ante actores locales clave. De la mano de Juan Carlos López Mena, titular de Buquebus, Danilo Astori se reunió con inversores y empresarios argentinos. En el Hotel Alvear, durante el encuentro convocado por el Consejo Interamericano de Comercio y Producción y la Cámara de Comercio Argentino-Uruguay, el candidato a vicepresidente aseguró, entre otras cuestiones, el mantenimiento del secreto bancario, la política monetaria y el régimen de sociedades anónimas financieras de inversión (*LN*, 7/10/2004), anticipando así las críticas y temores del sector.

En tanto, Tabaré Vázquez y los mismos dirigentes anteriormente demonizados por su participación política en los años la década de 1960, se ocuparon de los medios de comunica-

ción. En las antípodas de 1999, el diario *La Nación* tituló “La izquierda está madura” a la extensa entrevista que realizó al candidato presidencial. En ella, ante la consulta por la revisión de la Ley de Caducidad, Vázquez respondía: “vamos a hacer todas las investigaciones necesarias, no para poner preso a nadie, porque la ley no lo permite, pero sí para que la sociedad uruguaya sepa lo que pasó” (*LN*, 19/10/2004). En un sentido similar, las declaraciones de Mujica –“tenemos que intentar averiguar lo máximo posible sobre lo que pasó, y podemos hacerlo aplicando la ley vigente. No puedo pasarme la vida intentando cobrar cuentas, que además son impagables” (*LN*, 31/10/2004)– ratificaron un rumbo que abría serias polémicas entre la militancia local.

El “tranquilizador viraje hacia el centro del espectro político” que, un día antes de las elecciones, registraba la nota editorial de *La Nación* (*LN*, 31/10/2004) estaba lejos de reflejar las expectativas que la militancia local depositaba en el triunfo. Sin embargo, el resultado apaciguó las diferencias surgidas a partir del tono que “Montevideo” dio a la campaña en Buenos Aires. Entre ellas, recordaba y enumeraba Rosa: “cosas que al frenteamplista de acá no le cerraban, la Ley de Caducidad, que Tabaré en Buenos Aires dijo que no iba a sacar, las reuniones con los empresarios, ir a comer a lo de Mirtha [Legrand]... Al frenteamplista de acá le costaba todo eso, lo sentía como una renuncia. Bolches, tupas, eso era el Frente acá”. Tal vez por estos desacoples, la militancia frenteamplista local hizo a su propia victoria.

Los diálogos y experiencias trasversales que habían resultado de la crisis de 2001 abrieron la posibilidad de impulsar una campaña extensa y masiva que redundó en la organización de una gran cantidad de actos en clubes de barrio, sedes sindicales y teatros que trascendieron Buenos Aires para llegar a varias ciudades del conurbano, La Plata, Rosario y Mar del Plata. A

pocos días de las elecciones, pero con el tiempo suficiente para recoger sus frutos, el cierre de campaña incluyó una caravana que atravesó la capital argentina desde la Plaza de Congreso al barrio de Liniers y un festival musical en el Estadio de Obras Sanitarias cuya recaudación fue destinada al alquiler de ómnibus –para cubrir el traslado de quienes sufragaban en ciudades próximas al litoral– y al financiamiento del descuento partidario para la compra de pasajes en Buquebús que, tras la negociación de la Comisión de Organización, la empresa ya de por sí ofreció a menos de la cuarta parte de su costo habitual.

En la medida en que las encuestas comenzaron a reflejar que la victoria podía alcanzarse en primera vuelta, en “Montevideo”, decía Mariano, “se tomaron en serio, organizativamente hablando, nuestros viajes”. Esto, entre otras cuestiones, implicó hacerse eco de indicadores y cálculos como el que mencionaba Javier:

Nos explotaban los teléfonos, los pasajes se iban de las manos, tenías cola en las mesas [de información], en los comités. Sabíamos que podíamos convocar y nos mandamos (...) Allá [el comando electoral del FA] tenían dudas, ¿viste? Preguntaban a quiénes nos mandaban [en referencia a los candidatos], y nosotros: “¡qué vengan todos!” ¿En dónde íbamos a juntar la cantidad de gente que nosotros juntamos acá? ¿En Treinta y Tres? ¿En Artigas? (...) En 10 días armamos el acto de cierre [de campaña], sacamos los permisos, conseguimos el escenario y el sonido, mandamos las invitaciones a todos los compañeros argentinos (...) Había que hacer un acto de fuerza, y nos salió bien.

Como en los años ochenta, los compañeros volvieron a ocupar “la calle”: el acto de cierre, realizado en plena avenida Corrientes bajo la consigna “Por una victoria popular” –escri-

bía Martín Granovsky–, logró “el milagro de juntar, por una noche, a los argentinos” (*PI2*, 19/10/2004).³⁹ En rigor, tratándose de una convocatoria impulsada por la militancia local, no había mucho de “milagro” en aquella confluencia: todas las organizaciones, fuerzas y partidos argentinos presentes aquella tarde mantenían vínculos de larga data y eran parte de las redes labradas desde los años fundacionales del FAUA. Aquel “clima de concordia y hermandad” que, según Aurora, rodeó este proceso electoral, se potenció tras conocerse el resultado que fue saludado por Néstor Kirchner y proyectado por prácticamente todo el arco político nacional. En el caso del presidente argentino, la victoria de Vázquez suponía, entre otras transformaciones, dejar atrás el enfrentamiento con Jorge Battle (*LN*, 1-11-2004 y *PI2*, 1-11-2004); un enfrentamiento que cinco años después, “papeleras” de por medio, resultaría bastante anecdótico. Para cuando en 2009 llegó el momento de “aprontar corazones”, las cosas habían cambiado sustantivamente.

El desplazamiento electoral que contribuyó al segundo triunfo nacional y depositó en la presidencia a José Mujica no pudo darse en circunstancias más diferentes al anterior. Muy posiblemente, por esta razón, ambos (2004 y 2009) se configuran en los recuerdos de los compañeros que los organizaron como una suerte de tándem que coloca en las antípodas las condiciones materiales, las estrategias electorales y las tensio-

³⁹ Desde Montevideo, además de la fórmula Vázquez-Nin Novoa, llegaron Mariano Arana, Danilo Astori, Carlos Pita, Alberto Curiel, Marina Arismendi, José Mujica, Rafael Michelini, Enrique Rubio y Reinaldo Gargano. Entre los invitados argentinos estuvieron presentes Aníbal Ibarra, Martín Sabbatella, los socialistas Hermes Binner, Oscar González, Jorge Rivas y Héctor Polino, el secretario de la CTA Víctor De Gennaro y la frepasista Diana Conti; también Abuelas y Madres de Plaza de Mayo en sus dos sectores, el de Hebe Bonafini y Línea Fundadora (*PI2*, 19/10/2004).

nes con “Montevideo” para cada caso. En este sentido, si algo confirma la suma de las comparaciones es el modo en que el contexto local y la hiperintegración de la militancia gravitan y guían la vida política transnacional. En este caso, la diferencia entre un desplazamiento gestionado en el marco de relaciones armónicas entre los candidatos y las redes locales, y uno gestionado en el marco de las tensiones y controversias que siguieron a “las papeleras” es elocuente, aunque no se agota allí. El contraste también radica en la inédita disponibilidad de recursos que, sumado al debilitamiento institucional del FAUA que vimos en el capítulo anterior, se tradujo en un paulatino proceso de institucionalización de los desplazamientos. En términos organizativos y materiales, el desplazamiento de 2009 marcó un parteaguas.

“Ser gobierno” desde 2004 contribuyó a que la militancia local se mantenga activa fuera del periodo de zafra electoral. Para 2009, además del local central en la calle Riobamba compartido con el PI, se encontraban en funcionamiento 24 comités de base cuyo despliegue territorial reflejaba, al menos en parte, las relaciones sostenidas con algunas de las intendencias del conurbano bonaerense.⁴⁰ Estas interlocuciones “por abajo”, que cooperaron con la habilitación de espacios para actos, el recibimiento de candidatos y la disponibilidad de sus bases militantes en tareas de propaganda y difusión, no lograron aminsonar el peso de una campaña que resultó “cuesta arriba”, más allá del resultado o de la disponibilidad de recursos.

Aunque en términos materiales parecía que “nada podía ser mejor”, Nelson matizaba la situación como sigue:

⁴⁰ Funcionaban 2 comités en CABA, 6 en Zona Sur (Avellaneda, Lanús, Quilmes, Ezeiza, Monte Grande), 7 en Zona Oeste (Ramos Mejía, Moreno, General Rodríguez, Ituzaingó, Rafael Calzada, Morón, San Justo), 2 en Zona Norte (San Martín y Tigre) y 3 en Mar del Plata.

Teníamos todo junto. Teníamos al mejor candidato [en referencia a Mujica], [el] que mejor podía representarnos a los compañeros acá, porque tenía el apoyo de los dos sectores mayoritarios que eran el partido [PCU] y el MPP. Y teníamos dos temas súper importantes para los uruguayos en Argentina, [los plebiscitos sobre] la Ley [de Caducidad] y el voto epistolar. Todo eso junto y ¡en el peor momento posible!

Puestos a diseñar la campaña, las y los compañeros coincidían en que era “demasiada información” la que había que transmitir al electorado local. Se trataba de difundir los logros del primer gobierno frenteamplista, instalar la fórmula, las propuestas de gobierno y las razones por las cuales debía apoyarse el “SI” en ambos plebiscitos. La estrategia adoptada consistió en dividir las tareas: además de la MP local que funcionó como interlocutor válido del comando electoral del FA, un grupo de compañeros, en su mayoría independientes, se incorporó a las comisiones para trabajar “la ley” y “el voto”. Sobre el primero de los casos, la anulación de la Ley de Caducidad, Leonel apuntaba lo siguiente:

El contexto argentino colaboraba muchísimo, porque acá había avances notables en varias causas [y] la sociedad argentina reaccionaba bien, pero éramos pocos los que nos dedicábamos al tema. Ese aire fresco de Argentina te quedaba empañado por las papeleras. Porque cualquier cosa que salías a elogiar [del gobierno argentino], te venía el palazo (...) Además no teníamos fondos y no había tanto acuerdo, ¿no? (...) Mismo acá, [en Buenos Aires], no todos los compañeros estaban de acuerdo, y era difícil, porque ahí tenés vos una diferencia de lo que era militar acá [en Argentina] y allá [en Uruguay]. Allá tenías acceso a lo que decían todos los

compañeros que apoyaban el ‘SI’. Pero ¿qué llegaba acá? Lo que llegaba era lo que decía Mujica, que cuando le preguntaban daba su opinión personal sobre la justicia y tener la verdad de lo que pasó [pero] sin condena.

La campaña en torno al plebiscito que proponía la habilitación del voto epistolar a los nacionales residentes en el exterior también resultó problemática, aunque, claro está, por otras razones. Por una parte, parecía difícil ganar terreno ante las expectativas que despertaba la posibilidad de “terminar una vez y para siempre con la impunidad”, tal como decía Blanca. Por la otra, más compleja que la anterior, implicaba dar explicaciones respecto de los motivos por las cuales no había prosperado su tratamiento parlamentario: “arrancabas un punto abajo, la gente te decía que esa era una promesa que el gobierno no había cumplido, y entonces te tenías que poner a explicar que los blancos y los colorados lo habían trancado, que gobernar no era fácil, etc., etc. Era un garrón”, recordaba Rosa, quien tras el resultado de las internas en las que apoyó a Constanza Moreira prefirió concentrarse en la difusión de los plebiscitos más que en la campaña electoral. Según explicaba,

Después de las elecciones de Tabaré se fue viendo la merma de la cantidad de gente que viaja[ba] de la Argentina. Muchos te decían: “bueno, ya está, llegamos al gobierno, objetivo cumplido”, como “no voy más”. Y eso no es porque no quieran votar, es porque se empezó a sentir el rechazo de allá [Uruguay]. Para mí había que repartirse, ¿viste? Había que hacer campaña, que la gente entienda lo doloroso que es para un país tener tanta población en el exterior sin votar y ¡para que haya justicia! ¡Elemental en un gobierno del Frente!

Como analizamos en otra ocasión (Merenson, 2016b), ambos plebiscitos ponían a consideración causas sensibles, aunque

de arraigo diferente entre el electorado residente en Argentina. Sin embargo, el rumbo que tomó la contienda electoral parece haber dejado poco margen para su instalación: “las papeleras” y el deterioro de las relaciones bilaterales acapararon todos los esfuerzos. Aquella campaña, “la más sucia que yo me acuerde”, decía Nelson y coincidían varios compañeros, estuvo plagada de denuncias de “intromisión” o “injerencia” en el proceso electoral uruguayo por parte del gobierno y de políticos argentinos. Aunque estas denuncias eran una recurrencia que se actualizaba ante cada desplazamiento electoral, la diferencia fue que, en esta ocasión, su “blanco” resultó la propia militancia frenteamplista local, acusada de repartir pasajes gratuitos, incluso dinero, entre los votantes (*EP*, 1-11-2009 y *EO*, 1-11-2009).

Las respectivas campañas del PN y el PC habían logrado instalar “las papeleras” como uno de los ejes de distinción de sus propuestas electorales, para lo cual abrevaron en fuertes críticas al gobierno kirchnerista, pero fundamentalmente al gobierno frenteamplista por su incapacidad para arribar a una adecuada resolución. En Buenos Aires –hasta entonces una plaza tranquila, sin la presencia movilizada de adversarios políticos– y ante la mirada atónita de la militancia local que temía por la estabilidad de sus redes, se “jugó duro”: tan duro como en Uruguay. En virtud de ello, este desplazamiento incluyó lo que los compañeros llaman “operetas”, es decir operaciones políticas, en este caso reterritorializadas. Si en 2004 la contienda fue “sobre rieles”, como decía Alex, en 2009 traería un montón de “dolores de cabeza”.

El 10 de diciembre, el día que la fórmula frenteamplista realizó su primera visita oficial al país, el centro de Buenos Aires amaneció colmado de afiches que rezaban “Bienvenido Mujica”, sugiriendo así la identificación del candidato presidencial con el kirchnerismo. En aquella ocasión, Mujica y Astori viajaron a Buenos Aires para reunirse con la presidente Cristina

Fernández de Kirchner y con algunos funcionarios y referentes del arco político argentino, entre ellos el jefe de gobierno porteño Mauricio Macri y el gobernador de la provincia de Buenos Aires Daniel Scioli. También encabezaron el acto central de campaña que tuvo lugar en el estadio Luna Park, que compartieron con Los Olimareños. La definición de aquella pegatina como “opereta” fue incorporada al modo político de la bifocalidad, es decir a la sistemática ponderación diferencial de los efectos que una misma acción podía despertar en uno y otro país. Esta lógica que, como venimos describiendo, es constitutiva de las prácticas políticas transnacionales, impulsó a Javier en la siguiente lectura:

Yo no te puedo decir que eso [la pegatina] estuvo arreglado, no tengo esa información, pero lo que era obvio era que era un mensaje que servía a la campaña del Partido Nacional en Uruguay, y no tanto acá [en Argentina]. Allá era una locura, cualquier cosa que se dijera en contra del gobierno de Cristina te daba votos, ¿viste? Pero con estas cosas a los uruguayos que vivían acá no los convencías tanto, me parece. Yo creo que esta fue la primera vez que el Partido Nacional hizo campaña en serio en Argentina. De una forma distinta, ¿no? Porque acá, votos, no vienen a buscar, tienen pocos, pero lo que hacen acá les da votos allá, no sé si se entiende. Lo que digo es que poner a Mujica con los Kirchner suma[ba] allá, no acá. Por eso te digo, nosotros en el comité lo discutimos mucho, y nos parece que sí, que fue una “opereta”.

Los problemas que rodearon el acto del Luna Park, el más importante de los organizados hasta el presente por el frenteamplismo local, no agotaron las dificultades. Pocos días antes de la primera vuelta, la publicación de “Pepe Coloquios”,

el libro en el que el periodista Alfredo García recopiló sus conversaciones con José Mujica, marcó otro cimbronazo. Si en 2004 Vázquez había comenzado el discurso con que cerró la campaña en Buenos Aires pidiendo perdón “por la ‘ofensa’ que cometió el ex presidente Jorge Batlle cuando dijo ante una cámara de televisión encendida que los argentinos ‘son todos unos ladrones’” (*PI2*, 19-10-2004), cinco años después, durante una entrevista en un canal televisivo argentino, el candidato del PN, Luis Alberto Lacalle, repetía el gesto en relación con las declaraciones de Mujica. Luego de pedir disculpas en nombre de la sociedad uruguaya, afirmó que Mujica “agrede a la Argentina de un modo que no debe hacerse. Nos está haciendo mucho daño” (*LN*, 17-9-2009).

¿Cómo y en qué medida podía colaborar la militancia local a bajar el tono de las polémicas despertadas por el libro de García? Las respuestas alternaron entre restarle trascendencia a fin de preservar las redes locales –“en ese sentido, decía Mónica, por suerte [Mujica] no había dejado muñeco en pie, repartió para todos lados por igual”– y hacerse eco de aquellas expresiones que generaban empatía, como por ejemplo su afirmación respecto de la Argentina como principal destino de la emigración uruguaya, aquello que “políticos” y “económicos” podían testimoniar juntos y por igual.⁴¹ Aunque el pedido de disculpas de Mujica no se hizo esperar, su impacto en las redes locales no pudo ser completamente neutralizado: las expectativas sobre el triunfo frenteamplista pasaron a condensarse más en las redes opositoras al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner que en las oficialistas. Paradójicamente, las organizaciones y partidos que integraban el FpV, pese a ser aquellas que mayor

⁴¹ En este punto, Mujica declaró que “nosotros, cuando tenemos que rajar, el primer lugar es allá (...) El uruguayo es como un yuyo en Buenos Aires” (*PI2*, 18-9-2009).

apoyo y colaboración brindaron a la campaña, fueron las que más dificultades encontraron para capitalizar públicamente el triunfo de 2009.

Tanto en la primera como en la segunda vuelta, llegado el momento de abordar ómnibus o buques se impuso, de acuerdo con Rosa, “el palpitar de un nuevo encuentro y de un triunfo a pesar de todo”. El desplazamiento de 2009, tan complejo en términos políticos, contó con un financiamiento inédito: como decía Pepe, el dinero “fue el menor de los problemas”. A la campaña financiera local se sumó la desafiante propuesta del “voto amigo” que buscó desindividualizar el sufragio para multiplicarlo. Concretamente, el “voto amigo” invitó al frenteamplismo radicado en países distantes (en Europa y Estados Unidos) a donar el dinero de sus pasajes para comprar los de quienes residían en Argentina. La propuesta se basó en un cálculo simple: con el costo del pasaje de un votante frenteamplista residente en un país lejano, podían financiarse varios pasajes de votantes frenteamplistas residentes en Argentina⁴². Sin importar entonces quien lo depositara en la urna, el “voto amigo”, multiplicado vía el “voto Buquebus”, contribuiría a ganar las elecciones por segunda vez consecutiva. De este modo, el derecho de voto como un atributo personal, parte fundamental de la existencia de una colectividad, dejaba de ser el mero acto de un solo individuo despojado de determinaciones y pertenencias (Rosanvallon, 2012).

Más allá del éxito que pudo tener el “voto amigo”, lo cierto es que el contexto económico por el que transitaba Argentina –“había plata en el bolsillo, se podía viajar”, recordaba Alcida– fue decisivo; también la negociación que había logrado el comando electoral local con la empresa Buquebus, que en esta

⁴² Sobre la gestión del “voto amigo” para el caso de los residentes uruguayos en España véase Moraes (2009).

ocasión ofertó los pasajes a un costo único –en todas las clases y servicios– que representaba la mitad del valor habitual en clase turista. En aquella travesía, y como nunca antes, algunos compañeros tuvieron la oportunidad de viajar a votar “por un país de primera” ... “en primera” clase.

Aunque en un sentido completamente diferente, el viaje también fue inédito para quienes lo hicieron por tierra. Desde 2006, el Puente Internacional Libertador General San Martín permanecía bloqueado por la Asamblea de Gualaguaychú, por lo que la caravana debió alterar su recorrido habitual y cruzar la frontera por Concordia. El “puente cortado” resultó un límite que “agrietó” a la militancia local. Pedro, que desde 1989 realizaba este trayecto para votar en Paysandú, lo dejaba en evidencia: “los piqueteros de Gualaguaychú no nos dejaron pasar. Por eso no me banco a los Kirchner, porque no hicieron nada. Yo crucé llorando de bronca, mucha impotencia sentía. Íbamos a votar... ¿Vos sabés lo que es eso para nosotros? ¿Lo que nos cuesta ir? Es una cosa injustificable, no hay perdón”.

Entre la primera y la segunda vuelta había pasado el resultado negativo de los dos plebiscitos en concurso. Según recuerdan los compañeros, si bien el objetivo para la segunda vuelta era trasladar al menos la misma cantidad de votantes que en la primera, “sobraron pasajes”. Algunos creen que incidió el cansancio o el momento del calendario: “programar un viaje a fines de noviembre es muy complicado, todo el mundo está cerrando el año. Los que se van a pasar las fiestas allá tenían que hacer dos viajes en menos de un mes”, hipotetizaba Blanca; otros, en cambio, lo atribuyeron al resultado adverso de los plebiscitos: “te están diciendo ‘no quiero que vos votes’”, afirmaba Leonel. “Yo entiendo al compañero que dijo ‘se van al carajo, no voy más’. Allá ustedes con su impunidad”, agregaba Sabrina. Sin embargo, “el viaje de vuelta” con el resultado esperado –aun cuando no los colocó en las páginas de los diarios como sus

hacedores, tal como sucedió en 2004– suturó las controversias, brindó “una chance más” y, retrospectivamente, creó una sensación de fortaleza que no enmascara cierto orgullo entre la militancia local: “si sobrevivimos a esas elecciones, sobrevivimos a cualquier cosa”, concluía Nelson su balance.

La más uruguaya

El desplazamiento que se corresponde con las elecciones presidenciales de 2014 comenzó bastante tiempo antes que la campaña propiamente dicha: se remonta a las primeras elecciones abiertas de autoridades de la coalición, aquellas que el 27 mayo de 2012 dieron por ganador a Juan Castillo en Argentina. Suma también las elecciones internas del 1 de junio de 2014, en las que Constanza Moreira cosechó varias adhesiones, pese a que prácticamente todos los sectores activos en el país apoyaron la candidatura de Tabaré Vázquez. De algún modo, ambas instancias anticiparon el flujo a contracorriente que marcó la militancia local, particularmente en lo que hizo al proceso de institucionalización de los desplazamientos por parte de la coalición. Por esto último, a los ojos de Marcos y otros compañeros, la campaña de 2014 se presentó como “la campaña más uruguaya de todas”. Sin embargo, la “más uruguaya” de las campañas para las elecciones uruguayas no tardó en abrir debates y despertar tensiones que pusieron en evidencia modos alternativos, incluso antagónicos, de interpretar y gestionar este nuevo desplazamiento.

Como mencionábamos en la introducción, las teorías de la competencia partidaria sostienen que los partidos políticos compiten y fortalecen sus esfuerzos de campaña en el exterior cuando los beneficios superan su costo (Østergaard-Nielsen-Ciornei, 2018). En este sentido, la experiencia de 2009, ro-

deada de denuncias y traspies, introdujo una serie de modificaciones sustanciales en términos materiales, financieros y organizativos cuyo beneficio parecía estar guiado, más que por el caudal de votos, por el reaseguro de una campaña centralizada y controlada, libre de sospechas y tensiones. La firme presencia de “Montevideo” en Buenos Aires podía interpretarse entonces como una “intervención”, según Ignacio, o como una “ayuda fundamental” que, de acuerdo con Mónica, aliviaba el trabajo de “una militancia ya mayor, a la que le cuesta cada vez más encarar toda esta movida”.

En términos materiales, la institucionalización del desplazamiento implicó que, como decía Marcos, “ahora todo se manda de allá [Montevideo]: prensa, propaganda, pegotines, banderas, carteles, todo”. En una plaza del conurbano bonaerense, en una feria dominical de la ciudad de Buenos Aires, podía recibirse el “mismo” volante, las “mismas” calcomanías, o escuchar los “mismos” jingles de campaña que en cualquier punto geográfico del Uruguay.





Campana electoral de 2014. Fotos del Comité de Base Centenario (CABA), el Comité de Base Julio González (Avellaneda) y la autora.

Sin embargo, lo que la militancia local tenía claro era que aquellos compatriotas que recibían los “volantes importados” no eran asimilables a las y los habitantes de Montevideo o de alguno de los departamentos del país. Los debates que trajo consigo la instalación de la fórmula Tabaré Vázquez-Raúl Sendic tal vez puede ayudar a comprender el modo en que la militancia ponderaba el sentido de bifocalidad que, en esta oportunidad, tal como vimos en el capítulo anterior, surcaba la creciente polarización política argentina alineando sus redes locales entre el FpV y el FAUNEN.

Si bien la mayoría de los y las compañeras reconocían que en Uruguay “es distinto”, en Buenos Aires Vázquez portaba, de acuerdo con Carlos, “una carga difícil de trabajar”: sus declaraciones respecto de una hipótesis de guerra con la Argentina a raíz de la instalación de la planta Botnia durante su primer mandato, así como el pedido de ayuda al gobierno norteamericano de George W. Bush ante un eventual conflicto bélico, actualizaba y relocalizaba la experiencia de “la grieta”. Entre “los políticos”, mayoritariamente apegados a las definiciones fundacionales del FA, las declaraciones de Vázquez no solo causaban malestar, también complicaban la estrategia electoral: “imagínate vos lo que eso es para nosotros”, decía apesadumbrado Javier, “tenemos que ir a decirle al uruguayo que hace 40, 30 años que vive en Argentina, ‘dejá todo y andá a votar al tipo que pensó entrar en guerra con el país en el que vivís, con el país en el que nacieron tus hijos, tus nietos, en el que lograste armar tu vida cuando tu país te expulsó’”. “¡Pidiéndole ayuda a los yankies!”, agregaba Leonel, “eso es inaceptable en un frenteamplista: el Frente Amplio es antiimperialista, así lo definimos desde el ’71”. Otra lectura, aunque minoritaria en relación con la anterior, justificaba la posición de Vázquez señalando, como lo hacía Pedro, que la reacción del candidato fue producto de “la prepotencia de los Kirchner” y auguraba la hazaña que

motoriza cada nuevo viaje: “si no hay micros, iremos a pata. Si no hay barco, iremos a nado”.

Aun cuando en esta ocasión la militancia local no formuló consignas propias para la campaña, la estrategia electoral se basó en dos premisas que buscaron evitar el estímulo de comparaciones que decantaran en la creciente polarización: “hay que ir a votar, porque ir a votar es seguir siendo parte” del Uruguay y “hay que votar al Frente, porque fue el Frente el que hizo un mejor país que el que dejaste”. La coordinadora en Buenos Aires y los 22 comités de base activos⁴³ trabajaron con este horizonte, tuvieron a su cargo la difusión de información, las jornadas de propaganda en los espacios públicos, el contacto y la recepción de las consultas de los compatriotas y la organización de los actos que contaron con la presencia de candidatos departamentales y legislativos, funcionarios de gobierno o referentes de los distintos sectores. En cada caso, al igual que sucedió con los cuatro actos en Buenos Aires en los que se presentó la fórmula presidencial⁴⁴, los “nodos neutrales” de las redes locales aportaron la locación: sindicatos, universidades nacionales y distintas asociaciones de la sociedad civil eran imaginados como espacios convocantes y “desengrietados” cuyo resultado, sin embargo, no siempre fue todo el esperado. Así lo advirtieron los compañeros, también el semanario *Brecha*:

⁴³ Funcionaban 5 comités en CABA, 8 en Zona Sur (Avellaneda, Lanús, Quilmes, Ezeiza, Florencio Varela, Monte Grande y La Plata), 7 en Zona Oeste (Moreno, Ituzaingó, Morón, San Justo), 2 en Zona Norte (San Martín y Tigre) y 1 en Mar del Plata.

⁴⁴ En el primer tramo de la campaña la fórmula se presentó en el auditorio de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en el sindicato de las telecomunicaciones FOETRA, en el Teatro Bambalinas de la Federación de Asociaciones Gallegas y, de cara a la segunda vuelta, en el Parque Patricios.

A diferencia de 2004 y 2009, esta vez la fórmula frenteamplista no fue recibida por un Kirchner: la foto y el abrazo que antes evidenciaban un gesto de apoyo ahora podían ser leídos más como una resta que como una suma (...). Si en 2004 en el acto de cierre de campaña realizado en Buenos Aires el FA logró reunir a casi 2 mil personas en la esquina de Corrientes y Uruguay (pleno centro porteño) ante la presencia de figuras de la política argentina (...) esta vez el encuentro se limitó a un grupo de 300 uruguayos de pura cepa que aún sienten los acordes de “Guitarra negra” de Zitarrosa como si se tratara de la alarma de un despertador (*B*, 17-10-2014).

Aun cuando eran franca minoría, “los compañeritos” perturbaron la opción “salomónica” que la dinámica del frenteamplismo local ya no permitía enmarcar en el principio de “no intervención” de los años ochenta. Fue este agrupamiento el que se puso al hombro la campaña “NO a la baja” de la edad de imputabilidad penal que se dirimió junto al primer turno electoral y el reclamo del voto extraterritorial, dos causas en las que sin embargo encontraron “muy poco apoyo”⁴⁵, según decía Sabrina, una de sus promotoras más activas. También fueron “los compañeritos” quienes visibilizaron los compromisos de los dirigentes de la nueva generación frenteamplista, cuyos vínculos con el kirchnerismo se tramaron en coincidencias ideológicas y amistades personales. El acto encabezado por los candidatos Alejandro Sánchez (MPP), Óscar Andrade (PCU) y Gonzalo Civila (PSU) en la “Casa Patria Grande-Presidente Néstor

⁴⁵ En el caso del voto extraterritorial, las tensiones que el tema suponía entre la militancia quedaron cabalmente expresadas en las dos instancias fallidas que durante la campaña no lograron reunir a más de un puñado de personas a fin de conformar una coordinadora “por el voto en el exterior” en Argentina.

Kirchner” fue una de las ocasiones en que quedó expuesta esta articulación.

Durante aquel acto, conducido por Sabrina y Martín, Gonzalo Civila se refirió al “compromiso de una generación política que no se define por la credencial o por los años que tenemos, se define por la pertenencia a un proyecto político que no reconoce fronteras, que sabe pensarse más allá de los sectores, de los partidos que integran el Frente y también de los límites de la patria chica”. Ese proyecto, retomado en el discurso de Sánchez, enfrentaba “a una derecha que se define sin ideología, que es la propuesta de Lacalle Pou en Uruguay y de Macri en Argentina”. Aunque posiblemente no toda la militancia local presente en el acto –entre la que era notable la ausencia de algunos sectores, entre ellos Asamblea Uruguay– haya estado de acuerdo con esta posición, expresaba los márgenes y cierta autonomía para imaginar qué frenteamplismo podía ser proyectado más allá de las fronteras territoriales. La envergadura del desafío asumido aquella tarde en Buenos Aires se cifraba en un símbolo que tanto “compañeritos” como “políticos” no pasaron por alto: el gran mural que decoraba el ingreso a la casona de la calle Juncal retrataba a Néstor Kirchner, Evo Morales, Ignazio Lula da Silva, Fidel Castro y Rafael Correa en un abrazo –un encuentro de la Patria Grande– del que no participaba el entonces candidato Tabaré Vázquez, mandatario contemporáneo a todos los mencionados.

Al igual que otras instancias de encuentro menores llevadas a cabo en comités de base, aquel acto indicó que, para la militancia local, “desengrietar” reconocía límites y márgenes de acción. Estos no sólo sopesaban sus redes argentinas, también instituían un modo de definir al propio Frente Amplio. Las desavenencias en este sentido se hicieron visibles, por ejemplo, en el control de la agenda de la fórmula en Buenos Aires. Si bien las visitas incluyeron una serie de recepciones y entregas

de títulos honoríficos que fueron entendidos como adhesiones más redituables que las fotos con políticos locales⁴⁶, las reuniones que Vázquez sostuvo con Daniel Scioli, gobernador de la provincia de Buenos Aires y candidato presidencial del FpV, y con Hermes Binner, precandidato presidencial del FAUNEN, movilizaron distintas reacciones. En el último caso, la comisión de prensa de la coordinadora en Buenos Aires se apresuró a emitir la siguiente declaración: “los contactos de Tabaré Vázquez con el FAUNEN que existe en Argentina [son] simplemente protocolar[es], ya que ideológicamente no tiene nada que ver en su metodología y características con el Frente Amplio” (CBA, CP, 11-6-2014). Este cruce o evidencia de desacople entre la campaña uruguaya en Uruguay y la campaña uruguaya en Argentina, como veremos, no fue el único.

Pese a los esfuerzos y a las distintas estrategias implementadas, la organización y gestión del desplazamiento electoral de 2014 ingresó, una vez más, en el terreno de la “campaña sucia”. Durante un acto en Paysandú, Jorge Larrañaga se refirió a “un operativo con la ayuda de agrupaciones kirchneristas de la República Argentina para traer uruguayos a votar”. Como en otras ocasiones, entre la militancia local esta denuncia pasó de intrascendente a preocupante cuando contó con la mediación de la prensa argentina que, vale mencionar, en esta oportunidad estuvo más atenta al proceso electoral brasileño que al uruguayo.⁴⁷ El diario *La Nación* informó que “el operativo de La

⁴⁶ En su paso por Argentina, durante la campaña electoral de 2014, Tabaré Vázquez fue declarado “Huésped de Honor” de la ciudad de Buenos Aires y recibió el doctorado *honoris causa* por parte de la Universidad Nacional de Córdoba. Danilo Astori, recibió la misma distinción por parte de la Universidad Nacional de Misiones.

⁴⁷ El 26 de octubre, mientras en Uruguay tuvo lugar el primero de los turnos electorales, en Brasil se desarrolló el balotaje por el que resultó reelecta Dilma Rousseff.

Cámpora” incluía el préstamo de uno de sus locales “para instalar un *call-center* gratuito desde donde se realizan entre 200 y 300 llamadas diarias para convocar a votar a los uruguayos residentes en Argentina” (*LN*, 20/10/2014).

Aun cuando no existía algo así como un *call-center* y la información era parte de lo que todavía no se conocía masivamente como *fake news*, nadie podía negar la existencia de aquella cooperación que, aunque con otras denominaciones, hacía a la existencia y capacidad de acción del FAUA desde sus años fundacionales. “Otra típica nota malaleche”, comenzaba el texto que Héctor difundió en su perfil de *Facebook* y fue compartido por varios otros:

Pareciera ser que está mal colaborar para que los uruguayos puedan ejercer su derecho al voto. Es absolutamente lógico este pensamiento para un diario que siempre se ha sentido ‘más cómodo’ con las botas que con los votos. Es necesario aclarar que en ningún lugar se les está preguntando a quienes viajan por quién van a votar para decidir si se los lleva o no (...) Lo que realmente le molesta a la derecha, es que se vote.

En esta misma línea, la Coordinadora en Buenos Aires, lejos de denunciar la falsedad de la articulación, optó por extender y reivindicar los frutos de sus redes, ahora sintetizadas en “oposición y gobierno nacional [argentino]”. Ambos “polos”, tal como escribía la Comisión de Prensa, “han sido solidarios con nuestro Frente Amplio, cediéndonos instalaciones, logística e innumerables favores que agradecemos a todos parejo” (CBA, CP, 11-6-2014: 1).

En 2014, la institucionalización del desplazamiento electoral abarcó la organización y gestión del viaje: el FA estableció una comisión –integrada por miembros de las comisiones de Transporte, Organización y Finanzas– que se ocupó específi-

camente de la negociación de los costos de los pasajes y de la supervisión de la entrega de *vouchers* con el descuento partidario. Dos de sus miembros, que habían residido por tiempos variables en el país, se instalaron en Buenos Aires varios días antes de las elecciones para ocuparse de estas tareas. La decisión de dejar la entrega de *vouchers* en manos de militantes “especialmente llegados desde Montevideo” que, según se rumoreaba, buscó neutralizar posibles prácticas discrecionales, modificó lo que hasta entonces era la dinámica de los comités de base en tiempos de campaña.

Buena parte del “saber hacer” y de las estrategias que desde hacía décadas permitían nutrir de votantes las travesías se vieron limitadas o, al menos, escrutadas. Por ejemplo, los modos en que la militancia local examinaba al potencial electorado a fin de distinguir “votantes frenteamplistas” de quienes se acercaban a los comités o las mesas de información “para aprovechar un pasaje barato”. Aunque no se trataba de una regla infalible, para los compañeros existía una notable diferencia –que buscaban hacer evidente– entre quienes se valdrían de la jornada electoral para viajar “de paseo” al Uruguay y quienes viajarían convencidos de la importancia de su voto al Frente. Esta distinción que por lo general se enmarcaba, interpretaba y dramatizaba en términos de clase, permitía imaginar la composición del electorado que movilizaban. Esto último no es un dato menor, los y las compañeras definían así una concepción particular respecto de los desplazamientos electorales, cuyo criterio era ideológico y no meramente electoral: “nosotros no cruzamos a cualquiera”, “cuidamos la plata del FA”, parecían tiros por elevación a las decisiones tomadas en “Montevideo”. En este mismo sentido, la experiencia acumulada también oponía a los cálculos más optimistas los condicionales de la coyuntura: la diferencia cambiaría existente entre ambos países, el “cepo al dólar” vigente y los análisis de las consultoras que aseguraban

que el “voto Buquebus” no tendría incidencia en el resultado electoral orbitaba las discusiones sobre la cantidad de *vouchers* que deberían emitirse.

Si algo demostraba el contraste entre los desplazamientos de 2004 y 2009 era que existía el “tanque de reserva” (PI2, 19/10/2004) frenteamplista en Argentina, pero que su movilización no era obvia ni automática, menos aun cuando la coalición llevaba ya dos periodos presidenciales que, entre otras muchas cuestiones, habían transformado a la población emigrante en sujeto de políticas públicas (Aldaba, 2017), tal como vimos en el capítulo anterior. En este sentido, no sólo “la diáspora” aguardaba gobernabilidad extraterritorial, también la militancia local esperaba protagonizarla, asegurando la continuidad en una agencia estatal que se había vuelto referencia en los últimos años, al menos para una buena parte de ella. Ambas expectativas se hicieron evidentes en el transcurso de la última presentación de la fórmula en Buenos Aires que tuvo lugar en Parque Patricios. En esta ocasión, rumbo ya al balotaje, Tabaré Vázquez se apartó de “los 10 puntos” de campaña reseñados en los actos anteriores e incluyó en su discurso temas de interés para una audiencia que no vivía dentro de las fronteras del Uruguay pero que, pese a ello o por ello mismo, participaba activamente de la dinámica política uruguaya desde hacía más de 30 años. Un aplauso cerrado emergió cuando el candidato afirmó que una tercera gestión del FA trabajaría para que “el Uruguay de los próximos años sea una sociedad que pueda recibir a quienes quieran regresar”, asegurando una vez más que “la patria los necesita”. Sin embargo, fuera del libreto parecía estar lo que necesitaban de “la patria” las y los presentes: desde el público, una señora pidió en un grito la derogación de la Ley de Caducidad; cerca del escenario podía verse una pancarta que formulaba otra solicitud concreta: que la cónsul general en

Buenos Aires “siga en sus funciones”. De este modo, los compañeros posicionaron sus propias demandas.

Además de las transformaciones que introdujo la presencia de “Montevideo” en Buenos Aires, a nadie escapaba que aquel viaje electoral se realizaría bajo el signo del resultado del plebiscito de 2009. Más allá de todas las interpretaciones que podían matizar su efecto –“lo que se rechazó fue la forma epistolar, no el derecho”, decía Rosa–; lo cierto es que para los y las compañeras que emprendían análisis más sutiles no era lo mismo. Javier y Leonel, por ejemplo, creían que el resultado adverso podía tender al desaliento; Nelson, Rodrigo y Danilo, por el contrario, consideraban que ese posible efecto era a favor del FA: “no cruzarán blancos y colorados, pero el voto frenteamplista acá es distinto, tiene una historia larguísima que no se para con plebiscitos”, afirmaba Rodrigo con mucha convicción.





Recepción en la Terminal Tres Cruces, Montevideo. 25 de octubre de 2014. Fotografías de la autora.

Por primera vez, a contracorriente de la emoción latente en la sala de embarque de Buquebus o de la felicidad reinante en

la terminal de Tres Cruces, *Página 12* informaba que “miles y miles de orientales que viven en la Argentina se moviliza[ban] a su Uruguay para votar” como “una repetición que *no debería alegrar* (...), consecuencia de la derrota en un referéndum celebrado cinco años atrás, cuando José Mujica fue ungido presidente” (*PI2*, 26-10-2014). Sin embargo, lo hacía: definitivamente alegraba, emocionaba, implicaba. Tal vez porque, como tratamos de describir en este capítulo, los desplazamientos ideados por el FAUA indican más que una respuesta pragmática ante la inexistencia de un mecanismo que habilite el voto en el exterior; posiblemente porque constituyen la oportunidad de poner en acto algo mucho mayor, indicativo de cooperaciones, voluntades y sensibilidades colectivas transnacionales que se abrieron y abren paso en las inequidades y asimetrías que persisten en la norma; porque, posiblemente, el sabor de andar la historia en ómnibus y en barcos no hace a las y los compañeros que gestionan desplazamientos desde 1984 “más uruguayos”, sino más militantes.

ANOTACIONES FINALES

Mientras escribo estas últimas y desordenadas páginas, el frenteamplismo uruguayo en Argentina transita una nueva campaña y se prepara para un nuevo desplazamiento electoral. El 27 de octubre de 2019, como una hipérbole de la simultaneidad transnacional, ambos países llevarán a cabo sus respectivas elecciones presidenciales; habrá quienes se las ingenien para ejercer su derecho al voto tanto en Argentina como en el Uruguay, también quienes opten por participar en uno de los dos comicios. Todo es inminente y está por suceder, pero, al mismo tiempo, ya ha sucedido mucho de aquello que dinamiza y ritualiza reflexiones, acciones, voluntades y emociones desde hace más de tres décadas.

Por lo general, los libros académicos destinan el último capítulo a las conclusiones o consideraciones finales. En este caso, prefiero centrarme en algunas de las dudas y preguntas que fui formulándome a lo largo de la investigación y que, posiblemente, también acompañaron su lectura. Más que pretender anudar los “cabos sueltos” que forman parte del balance de varios años de trabajo, intentaré explicitar algunos de los debates que, hasta aquí, estuvieron presentes en la narración etnográfica. Esto implica apartarnos un poco del FAUA y de su militancia, sin por ello perderles de vista. A fin de ganar claridad, diría que deseo reflexionar acerca de algunos de los desafíos derivados de los Estudios Transnacionales a la hora de abordar procesos y prácticas políticas. Entre ellos, el impacto de las críticas al

“nacionalismo metodológico” (Khagram y Levitt, 2005) y la problematización de la escala, concretamente de la frontera. También me interesa apuntar algunas de las condiciones que contribuyeron a que el frenteamplismo uruguayo en el país sostenga su actividad en el tiempo. Pienso que ello puede ayudarnos a comprender las (re)configuraciones ciudadanas y comunitarias en nuestras sociedades, especialmente en momentos en que los flujos migratorios se encuentran en el centro de los discursos excluyentes promovidos, entre otras cuestiones, por políticas migratorias restrictivas que, si bien arrecian en el Norte global, encuentran audiencias y modulaciones específicas en nuestra región.

Con más de tres décadas de trabajo acumulado, los Estudios Transnacionales lograron un éxito notable en la tarea de observar que los procesos sociales no pueden confinarse *a priori* a las fronteras geográficas de un Estado-nación o, dicho de otro modo, que es necesario desnaturalizar la escala nacional en el análisis social. Desde entonces, el monitoreo y las críticas al “nacionalismo metodológico” impactaron decididamente en las formas de abordar las biografías migrantes, también introdujeron nuevas inquietudes y preguntas acerca de la diversidad de actores, instituciones y organizaciones que toman parte de sus movilidades. En este punto, como mencionamos en la introducción, los análisis de las movilidades humanas y no humanas incorporaron la extraterritorialización de los estados, los sistemas y los partidos políticos.

Aun cuando este libro no se propuso una “historia del Frente”, tal vez pueda contribuir a complejizar algunas de sus coyunturas y dimensiones. Desde comienzos de los años ochenta, las trayectorias y experiencias de la militancia del FAUA informan acerca de dinámicas que contemplan, al mismo tiempo que exceden, su relocalización. Los vaivenes en el vínculo con la dirigencia y las máximas instancias resolutorias de la coalición

cifradas en “Montevideo”, los debates en torno a cuestiones cruciales como el abordaje de las consecuencias más terribles del terrorismo de Estado y el ejercicio del gobierno, o las preocupaciones en torno al recambio generacional y las evidentes asimetrías sexo-genéricas no son ajenas al conjunto de la fuerza política. En todo caso, lo distintivo es la perspectiva y los recursos disponibles para afrontarlas. El cruce de fronteras, el “sentido de bifocalidad” y la “simultaneidad” que caracteriza a la experiencia transnacional moldea las prácticas políticas que buscamos registrar y hacer evidentes de diversas formas. Por ejemplo, en las categorías nativas –“políticos”, “económicos” y “compañeritos”– que integran el sistema clasificatorio abordado en el capítulo uno.

En sí mismo, este último es producto de la experiencia transnacional, pues da cuenta de los modos en que los actores perciben las “mezclas”, crean categorías para dar cuenta de ellas y las vuelven estructuras normativas poderosas que, sin embargo, no todo el tiempo son excluyentes. En buena medida, en su reproducción y actualización podemos hallar las claves de la viabilidad del FAUA y, en el reconocimiento de su heterogeneidad interna, la alerta contra la tentación de homogeneizar las trayectorias que lo integran, desconociendo sus variaciones locales y temporales. Las trayectorias políticas y migratorias reseñadas para cada categoría buscaron expresar las lecturas e interacciones que fueron configurando los términos de traducción –políticos, sociales, afectivos y morales– que habilitaron las redes de cooperación y coordinación con las diversas organizaciones sociales y sindicales, así como con los partidos y dirigentes políticos argentinos, tal como vimos en el capítulo dos. En esta tarea, además de considerar las representaciones y argumentaciones tramadas en las redes, me propuse prestar particular atención a su dimensión material.

Como observa Pascucci (2016), la literatura existente sobre el lugar y la importancia de las materialidades en la vida transnacional tiende por lo general a privilegiar las prácticas y objetos domésticos que son fácilmente identificables por su significado cultural o afectivo, como los documentos, artículos de viaje y *souvenirs* que sirven de soporte a la nostalgia y hacen a la configuración de paisajes e identidades (Hirai, 2009). Aquí, a lo largo de la narrativa etnográfica, busqué ampliar este alcance para concentrarme en los procesos que conectan individuos y cosas más allá del significado cultural afectivo y biográfico de los objetos. Puse particular empeño en dar cuenta de la infraestructura, los canales de circulación, las locaciones, tecnologías y medios de transporte empleados en la acción política. En principio porque las transformaciones y persistencias materiales testimonian las redes “en acción” que hicieron a la continuidad en el tiempo del frenteamplismo en la Argentina; también porque, al menos en este caso, estas materialidades colectivas –enunciadas en términos nativos como “recursos monetarios y no monetarios”– constituyen un buen punto de partida para captar y analizar la distancia existente entre lo enunciado y lo practicado; aquello que, como es sabido, distingue el análisis etnográfico.

Por otra parte, las materialidades y recursos gestionados “en red” son cruciales a la hora de explicar la circulación de remesas políticas que aquí presentamos a partir de los desplazamientos electorales. Estas últimas, de acuerdo con Lacroix, pueden interpretarse como una respuesta –“un tipo de acción comunicativa” y no un “mero acto de transferencia” (2014: 665)– que, además de perseguir la afirmación de la inscripción comunitaria, pone en evidencia los múltiples agenciamientos derivados de la “hiper-integración” de las y los compañeros. En el capítulo tres me propuse, siguiendo a Rosanvallon, una suerte de “historia material del voto”, a veces “descuidada en provecho de

una historia jurídica y política del derecho al sufragio” (2012: 59). Abordó la organización de los desplazamientos –colectivos, voluntarios y cíclicos– desde las elecciones presidenciales de 1984 y su construcción como principal signo de distinción de la militancia frenteamplista local, aquel que supo sostener y *aggiornar* en una articulación variable con los diversos actores e instancias institucionales.

En algunas ocasiones no pude evitar preguntarme cuánto del devenir y de la continuidad en el tiempo del FAUA podía explicarse por estos desplazamientos, incentivados por la proximidad geográfica, amarrados en principio a la inexistencia de un mecanismo que habilite el voto extraterritorial. Aunque no tengo una respuesta, vale apuntar que la promoción, gestión y organización del voto frenteamplista radicado en diferentes puntos geográficos del país parece indicar, como ya mencioné, algo más que una respuesta pragmática ante esta situación; más bien parece la oportunidad ritual de poner en acto cooperaciones, voluntades y sensibilidades colectivas que resultan más trascendentes que las inequidades normativas. Como vimos, se trata de instancias en las que los vínculos políticos se renuevan, fortalecen o, de lo contrario, resultan puestos en cuestión más allá de las relaciones institucionales u “orgánicas”. Tal vez por ello, en los desplazamientos radica la diferencia y el disfrute de andar una historia móvil que enfatiza, más que la dimensión nacional, el carácter político de este segmento migratorio en particular.

Los desplazamientos electorales también permiten escrutar los modos sutiles en que, en algunas ocasiones, las tramas transnacionales reproducen inequidades sociales basadas, como en este caso, en el género, la edad y, en términos nativos, la “generación”. Distintas investigaciones han llamado la atención sobre la disociación existente entre la literatura sobre estratificación e inequidades sociales y la literatura sobre formaciones sociales transnacionales. Para Faist (2013), esta desconexión conduce

a que la perspectiva transnacional asuma “una concepción extremadamente simplista de las inequidades sociales (...), porque con frecuencia confunde la transnacionalidad, como una marca de distinción o heterogeneidad, con el resultado” (2013: 70). En otros términos: aun cuando las investigaciones acerca de las prácticas políticas y las luchas por los derechos cívicos y políticos transnacionales suelen considerar los mecanismos de exclusión o las formas más crudas de las desigualdades entre las motivaciones o las razones que impulsan a la acción de las y los migrantes, raramente se detienen en las asimetrías o inequidades reproducidas en su propia trama. Su planteo, además de abrir una promisorio agenda de investigación, coincide con lo que buscó transparentar esta etnografía sobre la historia de la militancia frenteamplista local.

Finalmente, también apuntaría que seguir las redes del frenteamplismo local puede señalar un camino más, entre otros posibles, para abordar críticamente las generalizaciones y estereotipos estimulados por el “juego de los espejos” entre nuestros países. En este libro vimos varios de ellos y, aun así, constituyen una pequeña parte de los existentes. Entre muchas otras cuestiones, suele decirse que “Uruguay” mira a la “Argentina” mucho más que a la inversa, también que esas miradas están plagadas de emociones equidistantes. Las redes labradas por el FAUA desde comienzos de los años ochenta indican que no se trata de una regla inquebrantable: al menos desde nuestras transiciones, el FA ha sido para distintos sectores del arco político argentino un horizonte, incluso un “modelo” de acuerdos y consensos por alcanzar. Más allá de los vínculos institucionales, dirigenciales y personales “por arriba”, estas ponderaciones no pueden recortarse de la existencia del frenteamplismo organizado en el país, aquellas que también contribuyeron a su sostén en el tiempo.

Los desplazamientos electorales iluminan algo del modo en que los espejos y estereotipos configuran las imágenes del electorado movilizado. Aunque el electorado no ha sido el centro de este libro, vale mencionar que, al menos desde las primeras elecciones tras la dictadura, ocupa un lugar en los medios de comunicación de ambos países. En algunos casos, hace a las notas que no quiebran la veda, amenizan la espera de los resultados y suman la emoción de aquello que sus protagonistas viven –entre otras formas– con la alegría del carnaval. Los arribos de barcos, ómnibus y automóviles traen colores, sonidos, reencuentros, lágrimas y abrazos. En otras ocasiones, como en el 2004, también fue incorporado a los cálculos de lo insondable: ¿cuántos son? ¿Influyen en los resultados? ¿Mueven “la aguja”?

Recientemente, entre la calculadora y las notas de color, comenzaron a circular los juicios de valor: algunos relativizan su compromiso –“vienen, votan y se van”– y objetan las prácticas que lo sostendrían: “les regalan el pasaje”. Como caras de una misma moneda, la moralización del voto extraterritorial se completa en las lecturas relativas a la participación cívica y política de la población extranjera residente en Uruguay. Sobre ella también se juegan y se dirimen legitimidades. El 26 de octubre de 2019, de cara al primer turno electoral, el diario *El País* informaba sobre la cantidad de inmigrantes empadronados. En su portada, el título de la nota era “Votar en casa ajena...”. Este segmento no es el que “viene, vota y se va”: de hecho, para seguir con la imagen, está integrado por quienes “llegan y se quedan”. Sin embargo, su voto no parece resultar menos extraño o impropio, dos de los sinónimos de “ajeno”. Más allá de lo habilitado por las leyes, unos y otros expresan la distancia que procura un “nosotros” –una “casa”, una comunidad política– probo a la hora de decidir. Claro está, aunque en el proceso electoral de 2019 estas representaciones han encontrado referentes políticos y voceros públicos, no son las únicas posibles.

Los desplazamientos del electorado extraterritorial también movilizan gratitudes inscritas en la historia reciente de un país –imaginado y proyectado “puertas abiertas”– que reconoce a quienes lo habitan pero no residen en él. En estos casos, la valoración del esfuerzo, el compromiso y la voluntad acompañan las descripciones de la diáspora que llega a votar como la que viene a “apoyar” o “dar una mano”, más que a pronunciarse sobre su propia gobernabilidad. En el mundo dislocado que habitamos, distintas investigaciones se dedicaron a analizar como los estados también administran a su población más allá de las fronteras territoriales: lo hacen, como vimos en estas páginas, a través de dispositivos como las políticas consulares, los programas de vinculación y retorno. En esta materia, Aldaba (2017) se ocupó de estudiar las transformaciones del estado uruguayo a partir del primero de los gobiernos frenteamplistas, cuando el país comenzó a avanzar en el diseño de una ciudadanía transnacional, dejando atrás los criterios restrictivos que lo habían dominado desde la recuperación democrática. Marcados y marcadas por una historia –más o menos “reciente”–, quienes pueden acercarse, también llegan para emitir su opinión al respecto. No se podrá asignar un número exacto, tampoco se podrá determinar en qué proporción su voto es frenteamplista, pero esto no significa que no pueda explicarse su contexto de producción, al menos eso intentamos para el caso de Argentina.

Mientras desarrollaba el trabajo de campo, también mientras escribía este libro, dudé acerca de la escala –y la perspectiva– adoptada al respecto. Con buen tino, algunos colegas me interrogaron: ¿por qué pensar a la militancia del FAUA como transnacional y no como “translocal” o “transfronteriza”? En el primero de los casos, la observación destacaba la preeminencia de la trama entre Buenos Aires y Montevideo; en tanto, la se-

gunda perseguía la visibilización de la frontera territorial y de la condición de países limítrofes de Uruguay y Argentina.

Avanzando de lo más simple a lo más complejo, la opción por la escala y la perspectiva transnacional obedece a varios motivos. En principio, parte de la territorialización operada por los propios actores. Aun cuando en los últimos años el frenteamplismo políticamente activo se ha concentrado particularmente en CABA y el conurbano bonaerense, esto no siempre fue así. De hecho, la nominación elegida en los años fundacionales –Frente Amplio de Uruguay en Argentina– buscó dar cuenta no solo de la existencia de comités de base en diversas ciudades de distintas provincias argentinas, sino también de los lugares de origen de sus militantes que, desde ya, no se limitaban a la ciudad de Montevideo. Pero más allá de contemplar la presencia de militantes sanduceros o montevidianos radicados en Mar del Plata, Buenos Aires o Santa Fe, la nominación también alude a la agenda privilegiada y a la proyección de su acción política. Dicho de otro modo, aquello que ha movilizó y convocado al frenteamplismo local a lo largo del tiempo han sido cuestiones consideradas de “interés nacional”: las causas por las violaciones a los derechos humanos durante el terrorismo de Estado, la política exterior –particularmente, las relaciones bilaterales– o la activación de los desplazamientos en ocasión de las elecciones presidenciales, aquellas en la que su apuesta se eleva sustantivamente. Aun cuando todo ello pueda dirimirse entre “Buenos Aires” y “Montevideo”, esto no parecería una razón suficiente para afirmar el carácter translocal de las prácticas políticas o, al menos, no respondería a la perspectiva de los actores que operan sobre “topografías transnacionales” configuradas, para retomar a Besserer (2004), no en la ubicación y distancia que las separa, sino en la densidad, frecuencia y escala que las alienta.

En buena medida, como señalamos en la introducción, los Estudios Transnacionales han basado sus análisis y propuestas teóricas en los flujos y movibilidades –no sólo poblacionales– que parten del Sur rumbo a los grandes centros urbanos del Norte Global. Esta dirección, además de redundar en algunos de los etnocentrismos ya apuntados en la introducción, tiende, de acuerdo con algunas perspectivas críticas, a invisibilizar las fronteras territoriales. Al respecto, Guizardi y sus colaboradores observaron que la perspectiva transnacional hace del “cruce fronterizo” una metáfora, más que un eje prioritario de análisis. Esto, señalan, resulta un tanto contradictorio, pues el atravesamiento de las fronteras es parte fundamental de la configuración de los migrantes como sujetos transnacionales. Retomando a Stephen (2012) a fin de avanzar en su problematización, contemplan la condición “transfronteriza” de los sujetos para captar “una experiencia de simultaneidad entre espacios nacionales mucho más radical que la migración transnacional de larga distancia, provocando, al mismo tiempo, una interacción más intensamente radical entre elementos constitutivos de la interseccionalidad” (Guizardi *et al.*, 2019: 79). De acuerdo con los autores, “comunidad transfronteriza” sería entonces “una alternativa a ser empleada incluso en los debates sobre los migrantes que no viven en espacios de frontera” (2019: 78).

Encuentro muy estimulante esta propuesta, particularmente por lo que habilita a pensar y debatir en y desde el Sur. Aun así, admito algunas dificultades para incorporarla plenamente al análisis etnográfico del proceso histórico-político que me propuse abordar en este libro. En virtud del tiempo que pasé haciendo trabajo de campo en la triple frontera territorial que comparten Uruguay, Brasil y Argentina (Merenson, 2016), creo comprender la radicalidad de la simultaneidad observada por Guizardi *et al.* (2019). Incluso, respecto del caso que nos ocupa aquí, me animaría a decir que, aun cuando difícilmente

mis interlocutores se piensen y definan a sí mismos como “sujetos transfronterizos”, no son pocas las prácticas sociales, culturales y económicas que, más allá de sus territorializaciones, permitirían pensarlos como tales. Los motivos para sostener el carácter transnacional del FAUA y su militancia son, entonces, de otro orden. En principio, como ya fue dicho, la adopción de la perspectiva transnacional responde a la evidencia empírica, es decir, al modo en que las y los compañeros conciben, diseñan, promueven e intervienen políticamente en esta escala y no en otra. Pero, fundamentalmente, porque tiendo a pensar que la sustitución de términos –léase transnacional por transfronterizo– no necesariamente hace a la visibilización de los modos en que operan las fronteras –no solo las de orden literal– en el análisis de las movilidades humanas y no humanas. Dicho de otro modo, creo que la visibilidad o invisibilidad de los “procesos de fronterización” (Grimson, 2003) es independiente de su nominación, pero no así de la perspectiva y la selección de las dimensiones analíticas.

En este libro, como indiqué en su introducción, “prácticas políticas transnacionales” alude a diversas formas de participación transfronteriza, tanto en el país de origen como en el país de residencia. La adopción de la escala y perspectiva transnacional para el análisis etnográfico del proceso histórico-político que tuvo por foco al FAUA y a su militancia, implicó considerar los procesos de fronterización cifrados en distintas operaciones nativas de traducción. Más allá de las interacciones obvias con aquellas fronteras demarcadas por los estados, me interesaron aquellas traducciones puestas en juego cada vez que mis interlocutores se enfrentaron a la necesidad de elaborar comparaciones, proponer analogías o establecer semejanzas y distinciones a partir de las cuales argumentar y actuar ante una decisión o posicionamiento político. Dicho en otros términos, hay fronteras y hay procesos de fronterización allí en

donde hay distintos modos de actuar y leer, entre otros ejemplos posibles, “el peronismo”, el “comunismo argentino” y “la Alianza”; también el surgimiento y la asimilación del Nuevo Espacio uruguayo o el conflicto binacional por “las papeleras”.

Finalmente, existe una última razón para insistir en el campo de los Estudios Transnacionales. Esta, de alguna manera, orienta el desorden de estas notas finales en una misma dirección o interrogante: ¿qué nos permiten comprender los procesos y las prácticas políticas transnacionales a la hora de pensar las (re)configuraciones ciudadanas y comunitarias en nuestras sociedades? Para abordar algunas de claves e intuiciones posibles, es necesario evocar otro de los debates teóricos que orbitó este libro.

En las últimas décadas, distintas investigaciones ayudaron a demostrar que no existe una definición objetiva de “ciudadanía”, situada allí afuera y lista para usar, sino que su conceptualización depende de aquello que queramos aludir o abordar. “Ciudadanía” puede referir a un *status* legal, a un sistema de derechos, a una forma de actividad política, a una identidad o, incluso, a un sentimiento colectivo que trasciende las fronteras territoriales y jurisdiccionales de los Estados-nación (Bosniak, 2000: 452). El reconocimiento de este amplio y heterogéneo rango que estimuló la propuesta de nuevas conceptualizaciones tales como “ciudadanía flexible” (Ong, 1999), “ciudadanía denacional” (Bosniak, 2000) y “ciudadanía posnacional” (Sassen, 2000), fue posible en la medida en que la noción se desplazó de su sentido normativo clásico para incorporar las lógicas presentes en las prácticas que hacen a sus usos concretos. En términos de Sassen (2010), estos usos concretos cuestionan la asociación acrítica entre territorio, autoridad y derechos.

En esta última dirección crítica, Mitra (2013) propone entender “ciudadanía” como un “flujo cultural”, resultado de un contexto político, histórico y espacial específico, así como

del entrecruzamiento de distintas ideas de persona, políticas públicas y acciones colectivas en la lucha por los derechos. La definición de “ciudadanía” como flujo cultural busca complejizar su definición formal sumando a ella los modos en que circulan símbolos, valores y relaciones de poder; también pretende llamar la atención sobre las múltiples inequidades cifradas en su pretensión universal. Para evitar etnocentrismos, los esfuerzos, tanto empíricos como teóricos, se concentraron en indicar la pluralidad del estatus ciudadano para captar las diversas relaciones, identificaciones y lealtades que, en el caso de la “ciudadanía transnacional”, atraviesan las fronteras literales. Ésta alude, en términos de Bauböck (2013), a las estructuras de oportunidad política que permiten o restringen a las personas migrantes y no migrantes a la hora de actuar sobre los criterios de membresía y participación. Dicho de otro modo, alude a las dimensiones que configuran una determinada idea de “comunidad”.

Desde la teoría crítica, no son pocas las intervenciones que parecen estar de acuerdo en que las prácticas políticas transnacionales abonan una idea de “comunidad política pos-territorial” (Chandler, 2012). Esta lectura, particularmente anclada en reflexiones acerca de la crisis de legitimidad de los cuerpos representativos en las democracias liberales, busca visibilizar la acción de una serie de actores en red, más o menos estructurada o institucionalizada, que expresaría la fuerza y dinámica de los mercados, el flujo de poder de las políticas internacionales y la creciente influencia de las ONG sobre distintas dimensiones de la experiencia humana. Si como ya ha sido señalado, las categorías no resuelven *per se* lo que en rigor debería partir del análisis empírico –por ejemplo cuáles son los límites de este tipo de comunidad o quién sería su sujeto–, vale reconocer lo que ésta nos invita a pensar en términos de estructura y agencia. Entre otras cuestiones, nos alerta sobre algunas ideas estáticas o

confinadas respecto del Estado, el territorio nacional y el juego de la política. Hoy, cuando los discursos sobre la eliminación del otro arrecian, no está de más recordar que entre estado, territorio, comunidad y cultura no existe una relación unívoca, también que esos términos pierden su densidad si son enunciados en singular y con mayúscula sustancialista.

Al menos en parte, las prácticas políticas transnacionales son respuestas a las movilidades humanas que, a su vez, traen consigo preguntas sobre los desafíos que actualmente enfrentan las democracias liberales y los modos en que las sociedades reconfiguran su comunidad política. Sus flujos permiten pensar las competencias institucionales y explorar, entre otras cuestiones, los criterios de representatividad, legitimidad y participación. No parecen cuestiones menores: aun en tiempos de malestar en la representación, las y los transmigrantes no solo votan, también influyen el modo en que otros lo hacen, introducen ideas y estrategias políticas, disputan las agendas de las campañas y proveen o demandan fondos para llevarlas a cabo. Como bien saben las y los compañeros radicados en Argentina, todo ello implica aprendizajes, experiencias y afectos que, “acá” y “allá”, nutren y densifican la vida y la política. Hacia ellas orientan el empeño obstinado de sus pasos.

REFLEXIONES

Daniel Pisciotano⁴⁸

Me han encargado una tarea que resulta hermosa y complicada; comentar un libro en el cual está reflejada una parte importante de mi vida, junto con la de mis compañeros, un país y una región. No será fácil poder poner en estas líneas algo justo y coherente que, además, resulte útil e interesante; prometo intentarlo.

Leer las líneas que escribió Silvina no ha sido tarea sencilla; en ellas uno encuentra parte de lo vivido en todos estos años de exilio, el cual no termina por decreto o porque se hayan logrado las condiciones para poder volver. Muchas veces, legalmente podemos desandar el camino y retornar a los lugares en que comenzamos nuestra lucha, pero el devenir de la vida nos lleva a tener compromisos laborales, familiares, económicos, políticos y sociales que hacen imposible el retorno, y eso se vive como un exilio tan concreto como fuera antes de que cambiaran las condiciones.

En mi caso, he vivido la posibilidad de un retorno, siempre, como algo muy lejano. En primer lugar, por las condiciones políticas, pero también porque me embarqué en la continuidad de una carrera profesional y porque, seguramente, por

⁴⁸ Secretario de Organización del Frente Amplio de Uruguay en Argentina.

ser quien soy, siempre caminé hacia adelante y construyendo a futuro.

La vida nos depara sorpresas, ¡vaya si lo hemos aprendido!, y muchas veces no esperamos ver concretados los objetivos de nuestra lucha. Sin embargo, pertenezco a una de las generaciones –la de “los políticos”, como describe Silvina– que hemos podido ver “un futuro mejor” concretado, aunque sea en parte. Me queda claro que ese mundo no es aquel con el cual uno sueña a los 20 pero, en el corto tiempo histórico que significan 30 o 40 años, hemos podido ver cómo cambiaba nuestro país. Sólo basta con haber recorrido el Uruguay en los últimos 15 años, el de los años de gobiernos del Frente.

Tuvimos que sobrevivir al Plan Cóndor; tarea que no resultó fácil. En el camino vimos caer a muchos compañeros, otros sufrieron la cárcel, tortura y desaparición. A nosotros nos tocó luchar desde el exilio. Nos juntamos y trabajamos “desde el pie”; al principio, muchas veces en silencio y con grandes criterios de seguridad. En este libro leemos la pelea que nos planteamos a partir de 1982 como FAUA o, desde que cada uno de nosotros llegó a la Argentina; lucha que siempre estuvo presente en distintas formas. El 30 de noviembre de 1980 fue una de las fechas que ha marcado mi vida social y política cuando el pueblo dijo “¡NO!”. Un 56,83% no quería más milicos y eso era contundente. La silenciosa pero concreta y constante lucha que dimos muchos para que eso suceda nos mostró que nuestra tarea tenía sus frutos, que era posible pensar, imaginar y soñar un futuro.

Trabajamos en silencio, sin hacer ruido, contra las dictaduras y por las democracias desde los dos márgenes del Plata. Localizamos uruguayos, vimos quienes podían ir a votar, los convencimos de lo importante que era hacerlo, les explicamos por qué nosotros no íbamos a poder acompañarlos, les facilitamos la ida a algunos de ellos y los alentamos en cada momento. No todos contábamos con una forma de seguir en

directo el resultado del escrutinio. En mi caso, la noche del 30 de noviembre de 1980, me fui a dormir sin saberlo; recién cuando salí hacia la facultad me pude enterar. Al abrir la puerta del edificio donde vivía escuché el grito de Roberto, el compañero argentino que trabajaba en el kiosco de diarios de la esquina: “¡¡Ganó el NO, carajo!!”. Le di un enorme abrazo y seguí camino hacia la clase teórica que tenía esa mañana y a la cual no podía faltar. Escuché muy poco de ese teórico y me interrumpió una compañera de clase al decirme: “¿Te sentís bien? Estás llorando”. Tuve que mentirle y decirle que solamente me dolía una muela, porque no podía compartir con ella –hija de un militar– mi enorme alegría. Tuve que esperar hasta las cuatro de la tarde para poder abrazar a mi hermano y a otro compañero, y así festejar en serio.

A partir de ese día nos quedó muy en claro que los uruguayos no habían cambiado tanto como nos decían. Los compañeros en Argentina, aquellos que nos bancaron en mil y una batallas, también estaban contentos y nos agrupamos desde entonces con más fuerza que nunca para concretar cosas. De allí fue surgiendo el FAUA, siempre con la pregunta por la razón por la cual existía, si tenía sentido o era, solamente, una forma de sobrellevar el exilio y la nostalgia. Nos fue quedando muy claro que sí tenía y tiene sentido, como escribe Silvina: no somos ni juntadores de votos, ni melancólicos. Somos militantes políticos transnacionales. Venimos en cada momento a reivindicar nuestro lugar, nuestros derechos y el orgullo de estar presentes teniendo responsabilidades, metas, sueños e ideales. El tema de las fronteras no es fundamental para ello, porque el capitalismo es el mismo, el Plan Cóndor fue el mismo, los compañeros son los mismos, los objetivos son los mismos.

Muchas veces nos han preguntado el por qué de una militancia orientada hacia el Uruguay cuando vivimos, al igual que nuestras familias, en Argentina. Siempre tuvimos claro que

aprendimos a combatir con los códigos y los parámetros del Uruguay, sufrimos eso y entendimos eso; cada quien debe buscar el lugar donde sentirse más útil y cómodo para militar y, como para eso las fronteras son algo ficticio, siempre pude contestar: “si en el Uruguay el Frente Amplio es el que gobierna, Argentina va a estar mejor y mis hijos también”, y lo seguimos creyendo.

Los compañeros argentinos que militan junto a nosotros en los Comités de Base y en cada instancia del FAUA constituyen una parte fundamental de nuestro quehacer diario. Además de los que nos acompañan desde su lugar de militancia en Argentina, están aquellos que se han enamorado de los sueños del Frente Amplio en Uruguay, pero no encontraron un lugar de militancia que los identifique o con el que se sientan cómodos entre las fuerzas políticas de Argentina; militan como frenteamplistas, más allá de poder o no votar. Para nosotros forman parte fundamental del FAUA y nos nutren con el esfuerzo que ponen. A ellos, gracias.

Creo que el trabajo que ha hecho Silvina nos honra y nos hace sentir muy claramente que desde nuestro lugar hemos ido poniendo nuestro granito de arena, que pudimos juntar varios granitos y hacerlos llegar al Uruguay en cada momento que se necesitaron como para poner parte del material imprescindible para construir un país nuevo, con una mirada social, necesaria para caminar hacia un futuro mejor, más justo y más equitativo. Pudimos hacer parte de lo que soñamos en algún momento, acá y allá.

Seguiremos unidos, creciendo y haciendo un Uruguay mejor, trabajando hacia la Patria Grande, soñada desde hace 200 años. No podemos fallar, y esa también la vamos a gozar. ¡¡¡Vamo' arriba!!!

LISTADO DE SIGLAS

CARIFA: Comisión de Asuntos y Relaciones Internacionales del Frente Amplio

EP: Encuentro Progresista

FA: Frente Amplio

FAP: Frente Amplio Progresista

FAUA: Frente Amplio de Uruguay en Argentina

FAUNEN: Frente Amplio UNEN

FG: Frente Grande

FpV: Frente para la Victoria

FrePaSo: Frente País Solidario

M26: Movimiento 26 de Marzo

MLM-T: Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros

MPP: Movimiento de Participación Popular

MTP: Movimiento Todos por la Patria

NEn: Nuevo Encuentro

NEs: Nuevo Espacio

PCA: Partido Comunista de Argentina

PCU: Partido Comunista de Uruguay

PDC: Partido Demócrata Cristiano

PI: Partido Intransigente

PSA: Partido Socialista de Argentina

PSU: Partido Socialista de Uruguay

PVP: Partido por la Victoria del Pueblo

UCR: Unión Cívica Radical

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Bayley, Miguel (2007). *Frente Amplio. Uno solo dentro y fuera del Uruguay en la Resistencia a la dictadura*. Montevideo: Cauce.
- Aldaba, Juan (2017). *De andar lejos: la idea de ciudadanía transnacional y la política exterior de vinculación con los uruguayos en el exterior durante el primer gobierno del Frente Amplio*. Tesis de Maestría, Universidad de la República, Montevideo.
- Bauböck, Rainer (2003). Towards a political theory of migrant transnationalism. *International Migration Review*, 37(3): 700-723.
- Bauböck, Rainer (2013). Studying Citizenship Constellations. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, (36)5: 847-859.
- Benencia, Roberto (2007). La Migración Limítrofe. En: Susana Torrado (ed.) *Población y Bienestar en la Argentina del Primero al Segundo Centenario*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bertoncello, Rodolfo (2001). Migración, movilidad e integración: desplazamientos poblacionales entre el Área Metropolitana de Buenos Aires y Uruguay. ScriptaNova, disponible en <http://www.raco.cat/index.php/ScriptaNova/article/viewArticle/58995/0>
- Besserer, Federico (2004). *Topografías transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*. México: JP/UAM-I

- Bocagni, Paolo, J-M. Laffleur, y P. Levitt (2015). Transnational politics as cultural circulation: Toward a conceptual understanding of migrant political participation on the move. *Mobilities*, 11(3): 444-463.
- Bosniak, Linda (2000). Citizenship Denationalized. *Indiana Journal of Global Legal Studies*, 7(2): 447-509.
- Cabella, Wanda y A. Pelegrino (2005). Una estimación de la emigración uruguaya entre 1963 y 2004. *Serie Documentos de Trabajo N° 70*. Montevideo: Universidad de la República.
- Cacopardo, María Cristina y E. López (1997). Familia, trabajo y fecundidad de los migrantes de países limítrofes. En: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 35: 187-217.
- Calderón Chelius, Leticia (2010). *Los superhéroes no existen. Los migrantes mexicanos ante las primeras elecciones en el exterior*. México: Instituto Mora.
- Canelo, Brenda, C. Gallinati, N. Gavazzo, L. Groisman, y L. Nejamkis (2012). "¡Todos con Evo! El voto boliviano en Buenos Aires. En: Jean-Michel Laffleur (Ed.) *Díspora y voto en el exterior: la participación política de los emigrantes bolivianos en las elecciones de su país de origen*. Barcelona: CIDOB.
- Castles, Stephen y M. Miller (2003). *The age of migration*. Palgrave Macmillan: Hampshire.
- Cerruti, Marcela (2009). Diagnóstico de la población de inmigrantes en Argentina. En: *Documentos de la Dirección Nacional de Población 2*. Buenos Aires: Ministerio del Interior, República Argentina.
- Chandler, David (2012). The limits of post-territorial political community. En: Eva Erman y Ludvig Beckman (eds.) *Territories of citizenship*. New York: Palgrave Macmillan.
- Comaroff, John y J. Comaroff (1992). *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder-Colo: Westview Press

- Conversi, Daniele (2012). Irresponsible Radicalisation: Diasporas, Globalisation and Long-Distance Nationalism in the Digital Age. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 39(9): 1357-79.
- Coraza, Enrique (2002). Las relaciones político sindicales de los exiliados uruguayos en la transición española. En: Carlos Navajas Zubeldia (coord.) *Actas del IV Simposio de Historia Actual*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Coraza, Enrique (2014). Los exilios ¿un estado permanente? Exilio, retorno y re emigración en una relación transnacional permanente. En: *Anuario digital CEMI*, 33-51.
- Cortassa, Carina, G. Andrés y A. Wursten (2014). Encuadres mediáticos de las controversias tecnoambientales. El caso del “Conflicto de las Papeleras” entre Argentina y Uruguay. *Anuario Electrónico de Estudios en Comunicación Social*, 7(1). Disponible en: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/Disertaciones>
- De Giorgi, Ana Laura (2011). *Las tribus de la izquierda. Bolches, latas y tupas en los 60*. Montevideo: Fin de Siglo.
- De Giorgi, Ana Laura (2018). *Democracia en el país, en la casa y en la cama. El feminismo de izquierda en el Uruguay de los ochenta*. Tesis doctoral, IDES/UNGS: Buenos Aires.
- Domínguez, María Eugenia (2009). *Suena el Río. Entre tangos, milongas, murgas e candombes: músicos e géneros rio-platenses em Buenos Aires*. Tesis doctoral, UFSC, Santa Catarina.
- Elias, Norbert y J. Scotson (2000) *Os Estabelecidos e os Outsiders. Sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Espeche, Ximena (2016). *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Faist, Thomas (2000). *The Volume and Dynamics of International Migration and Transnational Social Spaces*. Oxford: Oxford University Press.

- Feld, Claudia y M. Franco (2015). *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*. Buenos Aires: FCE.
- Fernández Álvarez, María Inés y S. Carengo (2012). “Ellos son los compañeros de Conicet”: el vínculo con organizaciones sociales como desafío etnográfico. *Publicar*, (10)12: 9-33.
- Fortuna, Juan Carlos, N. Niedworok y A. Pellegrino (1988) *Uruguay y la emigración de los 70*. Montevideo: Banda Oriental.
- Garcé, Rodolfo (2006). *Donde hubo fuego. El proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Garcé, Rodolfo y J. Yaffé (2006). La izquierda uruguaya (1971-2004). Ideología, estrategia y programa. *América Latina Hoy*, 44: 87-114.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Glick Schiller, Nina y G. Fouron (1999). Terrains of Blood and Nation: Haitian Transnational Social Fields. *Ethnic and Racial Studies*, 22(2): 340-366.
- Glick Schiller, Nina, L. Basch y C. Szanton Blanc (1992). Transnationalism: A New Analytic Framework for Understanding Migration. En: Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Szanton Blanc (eds.) *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and nationalism Reconsidered*. Annuals of the N.Y. New York: Academy of Science 645.
- Goldring, Luin (2004). Family and Collective Remittances to Mexico. *Development and Change*, 35(4): 799-840.
- Grimson, Alejandro (1999). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina. En: Alejandro Grimson y Elizabeth Jelin (comps.) *Migraciones regionales hacia la*

- Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Grimson, Alejandro (2003). *La nación en sus límites. Contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil*. Barcelona: Gedisa.
- Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura. Críticas de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Guizardi, Menara, F. Valdebenito, E. López y E. Nazal (2019). *Des/venturas de la frontera. Una etnografía sobre las mujeres peruanas entre Chile y Perú*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Halpern, Gerardo (2009). *Etnicidad, inmigración y política. Representaciones y cultura política de los exiliados paraguayos en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hirai, Shinji (2009). *Economía política de la nostalgia. Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. México: JP/UAM-I
- Huntington, Samuel (1997). *Who we are? America's great debate*. London: The Free Press.
- Itzigshon, José y S. Saucedo (2002). Immigrant Incorporation and Sociocultural Transnationalism. *International Migration Review*, 36: 766–798.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth (2006). Migraciones y Derechos: Instituciones y prácticas sociales en la construcción de la igualdad y la diferencia. En: Alejandro Grimson y Elizabeth Jelin (comps.) *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Khagram, Sanjeev y P. Levitt (2005). Towards A Field of Transnational Studies and a Sociological Transnationa-

- lism Research Program. *The Transnational Studies Reader: Intersections and Innovations*. New York – London: Routledge Press.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semiótica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lacoix, Thomas (2014). Conceptualizing Transnational Engagements: A Structure and Agency Perspective on (Hometown) Transnationalism. *International Migration Review*, 48(3): 643–679.
- Larrobla, Fabiana (2013). El exilio combatiente: La fundación del Partido por la Victoria del Pueblo (Uruguay) en la Argentina. Ponencia presentada en el marco de las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Lastra, María Soledad (2014). Los retornos del exilio en Argentina y Uruguay: una historia comparada de las políticas y tensiones en la recepción y asistencia en las posdictaduras (1983-1989). Tesis doctoral, UNLP, La Plata.
- Levitt, Peggy (1998). Social Remittances: Migration Driven Local-Level Forms of Cultural Diffusion. *International Migration Review*, 32(4): 926-948.
- Levitt, Peggy y N. Glick Schiller (2004). Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad. *Migración y Desarrollo*, segundo semestre: 60-91.
- Lyons, Terrence (2007). Conflict-Generated Diasporas and Transnational Politics in Ethiopia. *Conflict Security and Development*, 7(4):529-549.
- Manzano, Valeria (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: FCE.
- Marcus, George (1995). Ethnography in/of the Word System: The emergence of Multi-sited Ethnography”. *Annual Review of Anthropology*, 24: 94-117.

- Marchesi, Aldo (2019). *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro de Berlín*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Markarian, Vania (2006). *Idos y recién llegados. La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de Derechos Humanos, 1967-1984*. México: Uribe y Ferrari.
- Merenson, Silvina (2014). Uruguayos en Buenos Aires: procesos sociales de marcación, trabajos de legitimación y desigualdad entre el primer peronismo y 'las papeleras'. *Dados* (57)4: 1077-1108.
- Merenson, Silvina (2015). Del exilio a la diáspora. Lenguajes y mediaciones en el proceso de diáspora uruguayo". *Horizontes Antropologicos*, 21(43): 211-238.
- Merenson, Silvina (2016a). *Los peludos. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay*. Buenos Aires: Gorla.
- Merenson, Silvina (2016b). Movimientos políticos de la ciudad fronteriza. El Frente Amplio de Uruguay en Argentina: intersecciones entre memoria, pertenencia y ciudadanía. En: Federico Besserer (ed.) *Intersecciones urbanas: ciudad transnacional/ciudad global*. México: UAM-I.
- Miller, Daniel (ed.) (1998). *Material Cultures*. London: UCL Press/University of Chicago Press.
- Mitra, Subrata (2013). Introduction: Citizenship as Cultural Flow –Shifting Paradigms, Hybridization. En: Subrata Mitra (ed.) *Citizen as a Cultural Flow. Structure, Agency and Power*. New York: Springer.
- Mora, Fernanda (2017). Citoyenneté diasporique. Problématiques et horizons sous le prisme de l'expérience uruguayenne. Tesis doctoral, Université Paris VIII, París.
- Moraes, Natalia (2009). El voto que el alma no pronuncia: un análisis de las movilizaciones y los discursos sobre el derecho al voto de los uruguayos en el exterior. En: Ángeles Escrivá, Anastasia Bermúdez y Natalia Moraes (eds.) *Migración y participación política. Estados, organizaciones*

- y migrantes latinoamericanos en perspectiva local-transnacional*. Córdoba: CSIC-IESA.
- Moreira, Constanza (2000). Elecciones en Uruguay 1999: comportamiento electoral y cultura política. Ponencia presentada en el XXII International Congress, Miami: Estados Unidos.
- Moreira, Constanza (2004). *Final de juego. Del bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Novick, Susana (2010). Migraciones, políticas e integración regional. Avances y desafíos". En: Susana Novick (dir.) *Migraciones y Mercosur: una relación inconclusa*. Buenos Aires: Catálogos.
- Oddone, Juan (2004). *Vecinos en discordia. Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos (1945-1955)*. Montevideo: El Galón.
- Ong, Aihwa (1999). *Flexible Citizenship. The Cultural Logics of Transnationality*. Durham – London: Duke University Press.
- Østergaard-Nielsen, Eva (2003a). *Transnational Politics. Turks and Kurds in Germany*. London: Routledge.
- Østergaard-Nielsen, Eva (2003b). The Politics of Migrants. Transnational Political Practices. *International Migration Review*, 37(3): 760-786.
- Østergaard-Nielsen, Eva e I. Ciornei (2018). Political parties and the transnational mobilisation of the emigrant vote. *West European Politics*, 42: 618-644.
- Palermo, Vicente y C. Reboratti (2007). *Del otro lado del río. Ambientalismo y política entre argentinos y uruguayos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Parody, Viviana (2016). *Candombe afrouruguayo en Buenos Aires. Territorio, cultura y política (1974-2014)*. Tesis de Maestría, FLACSO, Buenos Aires.

- Pascucci, Elsa (2016). Transnational disruptions: materialities and temporalities of transnational citizenship among Somali refugees in Cairo. *Global Networks*, 16: 326-343.
- Pellegrino, Adela (2003). *La emigración en el Uruguay actual. ¿El último que apague la luz?* Montevideo: Centro UNESCO-Montevideo.
- Porta, Cristina y D. Sempol (2006) En Argentina: algunas escenas posibles. En: Silvia Dutrénit (coord.) *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios*. Montevideo: Trilce.
- Portes, Alejandro y R. Rubaut (1990). *Immigrant America: A Portrait*. California: University of California Press.
- Portes, Alejandro, C. Escobar y A. Walton (2006). Organizaciones transnacionales de migrantes y desarrollo: un estudio comparativo. *Migración y Desarrollo*, 6 (1): 3-44.
- Recalde, Aranzazu (2002). Los Inmigrantes de Origen Latinoamericano en la Ciudad de La Plata. En: Martha Maffia (ed.) *¿Dónde Están los Inmigrantes? Mapeo socio-cultural de los grupos de inmigrantes y sus descendientes en la provincia de Buenos Aires*. La Plata: Al Margen.
- Rodríguez, Martín y P. Touzon (2019). *La grieta desnuda*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Rodrigo, Federico (2017). *La producción transnacional del Estado y la nación. La política consular boliviana y los procesos de constitución de la "colectividad" en la ciudad de La Plata*. Tesis doctoral, IDES/UNGS: Buenos Aires.
- Rodrigo, Federico (2018). *Género y nacionalidad en la cotidianeidad política. Migrantes bolivianas en un movimiento piquetero de la ciudad de La Plata*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Rosanvallon, Pierre (2012). *La sociedad de iguales*. Buenos Aires: Manantial

- Santos, Carlos (2019). Naturaleza y hegemonía progresista en Uruguay. Los conflictos ambientales durante los gobiernos del Frente Amplio. Tesis doctoral, IDES/UNGS: Buenos Aires.
- Sassen, Saskia (2000). The Need to Distinguish Denationalized and Postnational. *Indiana Journal of Global Legal Studies*, 7(2): 575-582.
- Sassen, Saskia (2010). *Territorio, autoridad y derechos*. Buenos Aires: Katz.
- Schavelzon, Salvador (2012). La reelección de Evo Morales en São Paulo: análisis del día de la votación. En: Jean-Michel Laffeur (Ed.) *Diáspora y voto en el exterior: la participación política de los emigrantes bolivianos en las elecciones de su país de origen*. Barcelona: CIDOB.
- Semán, Pablo y S. Merenson (2007). Percepción de la historia, sentimientos e implicación nacional en Argentina y Brasil. En: Alejandro Grimson (comp.) *Pasiones Nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Sheffer, Gabriel (2013). Integration impacts on Diaspora-homeland relations. *Diaspora Studies*, 6(1): 13-30.
- Smith, Michel (2007). The two faces of transnational citizenship. *Ethnic and Racial Studies*, 30(6): 1096-1116.
- Smith, Robert (2008). Contradictions of diasporic institutionalization in Mexican politics: the 2006 migrant vote and other forms of inclusion and control. *Ethnic and Racial Studies*, 31(4): 708-741.
- Stephen, Lynn (2012). Conceptualizing Transborder Communities. En: Marc Rosenblum y Daniel Tichenor (eds.) *Oxford Handbook of the Politics of the International Migration*. Oxford: Oxford University Press.
- Traverso, Enzo (2018). *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*. Buenos Aires: FCE.

- Velázquez Ramírez, Adrián (2019). *La democracia como mandato. Radicalismo y peronismo en la transición argentina (1980-1987)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Vertovec, Steven (1999). Conceiving and researching transnationalism. *Ethnic and Racial Studies*, 22(2): 447-462.
- Waldinger, Roger (2010). Rethinking Transnationalism. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 19: 21-38.
- Waldinger, Roger (2013). *Engaging from Abroad: The Sociology of Emigrant Politics*. UCLA: UCLA International Institute.
- Weinar, Agnieszka (2010). Instrumentalising diasporas for development: International and European policy discourses. En: Rainer Bauböck y Thomas Faist (eds.) *Diaspora and Transnationalism: Concepts, Theories and Methods*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Wilcock, Cathy (2018). Why are migrant campaigns different from homeland campaigns? Understanding belonging in context among UK-Sudanese activists. *Global Networks*, 19(2): 179-196.
- Wonsewer, Israel y A. Teja (1985). *La Emigración Uruguaya, 1963-1975*. Montevideo: Banda Oriental.

Fuentes consultadas

Frente Amplio

- Balance Comisión Nacional de Organización, 1986. Fuente citada en página 23.
- Balance de la Comisión Delegada del Interior a la Comisión de Organización Nacional (noviembre 1986-julio 1987). 3 de agosto de 1987. Fuente citada en página 23.

- Baraibar, Julio (2014) *Frente Amplio. Apuntes históricos, presente y perspectivas*. Montevideo: s/r.
- Germán Wettstein (1993) *El Frente Amplio en el Umbral del gobierno nacional*. Montevideo: La República, volumen 6.

Frente Amplio de Uruguay en Argentina

Documentos, discursos e informes

- Apertura de Casa del FA en Buenos Aires. Discurso de Líber Seregni, 27 de octubre de 1987. Fuente citada en páginas 103,109,145.
- Apertura de Casa del FA en Buenos Aires. Discurso del representante de la Mesa Política. 27 de octubre de 1987. Fuente citada en página 102.
- Carta del Movimiento de Liberación Nacional a la Mesa Política. Plan de movilización por un voto frenteamplista. Aporte para le segunda etapa de la campaña electoral, 29 de agosto de 1989. Fuente citada en páginas 153, 154.
- Casa Cultural. Discurso de Eleuterio Fernandez Huidobro, 1998. Fuente citada en página 119,162.
- Casa Cultural. Discurso de Raúl Sendic, 1998. Fuente citada en página 115.
- Comisión de Organización, informe al plenario del Frente Amplio de Uruguay en la Argentina, 9 de septiembre de 1989. Fuente citada en páginas 151, 157, 159.
- Comité de Base Andrés Guacururí/ Partido por la Victoria del Pueblo, carta a la Mesa Política del Frente Amplio de Uruguay en Argentina, 30 de mayo de 1984. Fuente citada en página 94.
- Coordinadora Buenos Aires, Comisión de Prensa, comunicado del 11 de junio de 2014. Fuente citada en páginas 192, 193.

- Discurso de Marina Arismendi en Buenos Aires, 10 de abril de 1999. Fuente citada en página 163.
- Estatuto del Frente Amplio de Uruguay en Argentina. Reglamento de Organización, 1988. Fuente citada en página 110.
- Hacia las jornadas latinoamericanas sobre nacionalismo revolucionario, Ponencia presentada en 1990. Fuente citada en página 117.
- Hermandad entre los dos pueblos. Centro de prensa para uso interno. Reimpreso por Comisión de Propaganda del Frente Amplio de Uruguay en Argentina, mayo de 1984. Fuente citada en página 91.
- Informe de la Mesa Política del Frente Amplio de Uruguay en Argentina, 1989. Fuente citada en página 103.
- Informe del Comité de Base Chaves Sosa a la Mesa Política, 27 de mayo de 1989. Fuente citada en página 108.
- Informe del Presidente del Frente Amplio Gral. Liber Segregni a los militantes. Centro de Prensa para uso interno. Reimpreso por Comisión de propaganda del Frente Amplio de Uruguay en Argentina, agosto de 1984. Fuente citada en página 91.
- Medidas de Emergencia. Punto: sobre la realidad política y social. Bases Programáticas de la Unidad. Líneas fundamentales de acción y medidas de emergencia. Editado por la Comisión de propaganda del Frente Amplio de Uruguay en Argentina, 1984. Fuente citada en página 144.
- Mesa Ejecutiva del Frente Amplio de Uruguay en Argentina, Lineamientos Generales de Trabajo para 1986, enero de 1986. Fuente citada en páginas 92, 98, 150.
- Por un proyecto de país democrático, nacional y popular. Lineamientos Políticos Básicos para 1987. Editado por la Comisión de propaganda del Frente Amplio de Uruguay y Argentina. Fuente citada en página 91.

Prensa partidaria

Volveremos. (1983-1989), varias ediciones

Boletín. Órgano informativo del Frente Amplio de Uruguay en Argentina (1988-1989), varias ediciones.

Dos Orillas. Frente Amplio de Uruguay en Argentina (1992-1999), varias ediciones

Boletín del Partido Socialista de Uruguay en Argentina (1985), número 2.

Movilización Juvenil (1983), año 1, número 2.

Prensa uruguaya

(MA) Mate Amargo, noviembre de 1989.

(LH) La Hora, 16 de abril de 1989.

(LR) La República (1989-2014), varias ediciones

(EO) El Observador (1994-2014), varias ediciones

(EP) El País (1984-2014), varias ediciones

(B) Brecha (1994-2014), varias ediciones

Prensa argentina

(LN) La Nación (1983-2014), varias ediciones

(C) Clarín (1983-2014), varias ediciones

(TA) Tiempo Argentino (1984), varias ediciones

(P12) Página 12 (1987-2014), varias ediciones

ÍNDICE

Agradecimientos /7

Presentación /9

Introducción /19

Prácticas políticas transnacionales:
debates desde el Sur / 24

Recorridos de la investigación / 31

Trayectorias /41

Políticos / 45

Económicos / 61

Compañeritos / 70

Cuidadoras y madrinas / 81

Redes /87

Una promesa, una esperanza / 89

Vencedores vencidos / 109

Del otro lado del mostrador / 123

Desplazamientos /141

A pulmón / 143

Malos viajes / 159

Victorias encontradas / 170

La más uruguaya / 184

Anotaciones finales /199

Reflexiones /213

Listado de Siglas /217

Bibliografía /219

Fuentes consultadas / 231

Este libro se termino de imprimir en el mes de Junio
En Pausa Impresores S.R.L.
Anatole France 360, Avellaneda, Bs As, Argentina



TRAZOS Y PERSPECTIVAS

Frente amplismo uruguayo en Argentina

Trayectorias, redes
y desplazamientos
transnacionales

SILVINA MERENSON

Tras el golpe de estado de 1973 en Uruguay y el exilio de buena parte de su militancia, el Frente Amplio se reorganizó en Europa, América, Oceanía y África. Este libro se ocupa de su experiencia en la Argentina, iniciada institucionalmente hacia 1982. Desde entonces, sin interrupciones y con todas sus transformaciones, la historia del Frente Amplio de Uruguay en la Argentina (FAUA) y la de su militancia acompañan la vida de ambos países.

Por su densidad y creatividad, por su continuidad en el tiempo, por las redes tejidas con diversas organizaciones y fuerzas políticas, y por la gestión de los "viajes a votar" que hoy conocemos como "voto Buquebus", sería sencillo decir que la experiencia del FAUA es excepcional o, al menos, sumamente particular. Sin embargo, este libro erudito y ameno, no busca dar cuenta de la excepción. El FAUA es aquí el hilo conductor que permite narrar vínculos y prácticas políticas transnacionales: las agendas cooperativas de las transiciones en los años ochenta, las estrategias frentistas para surcar los ciclos neoliberales en los años noventa y los desafíos que llegaron con los denominados "gobiernos progresistas", agrietados antes de "la grieta".

En diálogo crítico con la sociología y la ciencia política y los marcos interpretativos del Norte Global, combinando el trabajo de archivo y el trabajo de campo de largo aliento, este libro propone una historia de un Frente Amplio reterritorializado, permeado por diálogos, estilos de hacer política y disputar poder en –y a– dos orillas cuyos márgenes no responden a los mapas escolares. El abordaje etnográfico que explora en perspectiva histórica las trayectorias, redes, y desplazamientos que hacen al frenteamplismo uruguayo en Argentina resulta una contribución central a la problematización de la escala, la frontera, los estereotipos y las configuraciones ciudadanas en nuestras sociedades. Silvina Merenson nos brinda aquí un calidoscopio transnacional clave para especialistas y amantes de la política contemporánea.



Pomaire



EDITORIAL GORLA

